

MUNDOS NEUTRALES



EN ÓRBITA

POUL ANDERSON



NOVELA DE CIENCIA - FICCION





Khariel



Gracias a todos los que han colaborado con sus aportaciones a la biblio:

Pepin33, Raton2007, eljosemi, Nigurath, Sentesente, Etriol, Halincito, jerubio, Silverio Zertuche, Lord_Fenix, Figor, trpmaster, el_parlita, meganessus, Superbored, mikamy, Mikon, kuntaloko, Luz Negra, gilgador1978, pinefil, dojioutlaw, amergein, Trycster, Josuto, Samedi, Dramor, Xavi, Sonsoles, tiberius76,kaito kaito, dramor, mianroma, Franco, kain, Krayton, Muermo, FJ, delfix, Rikitaku, Omoicata, lifk94, matapitufos, wiwall, Gator767

Annotation

Los vigilantes de la patrulla percibieron el disparo de la chica antes de que el Jefe hubiese hablado. Se oyeron los primeros gritos de alarma. Bourtai hizo fuego sobre el conjunto. Las descargas de rayos iónicos se estrellaron en ellos y el capitán Sir Dominic Flandry cayó al suelo.

Así fue el inicio de la espeluznante misión de Flandry en Altai, uno de los planetas neutrales existentes entre dos culturas galácticas en guerra. Pero también podría parecer el fin de la aventura, ya que más allá de su posible huída en el planeta, yacían los restos helados, mortales para el hombre de una zona ultrapolar.

POUL ANDERSON

En orbita

Traducción de Francisco Cazorla

Ediciones Cenit

Título Original: *Mayday Orbit*
Traductor: Cazorla, Francisco

Colección: Colección CF nº 28
ISBN: 5705547533428
Generado con: QualityEbook v0.62

Capítulo I

LA visión que ofrecía el planeta Altai, visto al aproximarse en vuelo espacial, desde la oscuridad de los puntos de observación de la nave cósmica y mezclado con los enjambres de estrellas de lejanas constelaciones, resultaba, ciertamente, de una gran belleza.

Una buena parte de cada hemisferio se hallaba recubierta por los casquetes polares.

En ellos, las inmensas superficies heladas se hallaban teñidas por una suave luz rosada procedente del sol de aquel sistema planetario, en los espacios cubiertos por las nieves, mientras que los hielos eternos de los polos, irisaban con luces verdes y azuladas. El cinturón tropical de estepas, e inmensas llanuras, estaba coloreado desde el matiz bronceado hasta el oro pálido, salpicado por brillantes lagos plateados. A tres radios planetarios de distancia, brillaba, circundando el planeta, un doble anillo de polvo meteórico, reflejando sobre el ecuador su luz iridiscente. Más allá, en el espacio exterior, dos lunas giraban alrededor del planeta, como dos relucientes monedas de cobre entre las estrellas.

El capitán Sir Dominic Flandry, agente superior del Cuerpo de Inteligencia Naval del Imperio Terrestre, se aproximó al puente de mando de la nave espacial para contemplar, interesado, aquel extraordinario panorama.

—Ahora comprendo el origen del nombre de este planeta —murmuró.

En la lengua hablada por los colonizadores humanos del planeta y que él había aprendido por un procedimiento electrónico de un comerciante del sistema de Betelgeuse Altai significaba «dorado».

—Pero Krasna no es un nombre apropiado para el sol de este sistema —siguió Sir Dominic—. No es realmente rojo, para el ojo humano, en modo alguno. Ni tampoco aproximadamente como lo es Betelgeuse. Yo diría, más bien que es de color amarillo-naranja.

El rostro azul de Zalat, que pilotaba aquella nave comercial armada, se retorció en una mueca, que era el equivalente, entre los de su raza, a un encogimiento de hombros. Era un tipo moderadamente humanoide, aunque de talla inferior en la mitad a la de un hombre. Tipo vigoroso, desprovisto de cabello, estaba vestido con una túnica de redecilla metálica.

—Creo que tiene usted razón —replicó Zalat.

Hablaba el inglés con un terrible acento, quizá para remarcar su independencia como perteneciente al sistema de la estrella Betelgeuse —organización que servía de transición entre la de la Tierra y Merseia —, lo que hacía pensar que no habían hecho nada para contribuir a la

corriente principal de la cultura interestelar.

Flandry hubiese querido más bien practicar su conocimiento del idioma altaiano, especialmente desde que el reducido vocabulario inglés de Zalat aparecía tan difícil, sólo apto para conversaciones elementales. Pero prefirió olvidarlo. Como único pasajero de raza extraña, con especiales necesidades vitales, dependía de la buena voluntad del capitán de aquella nave. Y por otra parte, deseaba ser grato a las gentes de Betelgeuse.

Oficialmente, su misión consistía en reestablecer contacto entre Altai y el resto de la raza humana. La misión no era fundamental y en consecuencia la Tierra no le había provisto de una nave especial en aquella ocasión, dejándole en libertad de realizar aquel viaje espacial a su arbitrio. Así pues, dejó hacer a Zalat.

—Después de todo —continuó el capitán—, Altai ser primero colonizada hacer más setecientos años de Tierra en pasado, cuando empezar viajes por espacio. No descubrir mucho. Krasna deber parecer sol rojo y frío, después de Sol. Ahora tener más presunción astronáutica.

Flandry dirigió una mirada al universo poblado de estrellas, las había por miríadas, más de las que pudieran contarse, más de las que pudo imaginar nadie. Una estimación de cuatro millones, incluida la vaga esfera de influencia del llamado Imperio Terrestre, no era más que una insignificante porción de un brazo espiral de aquella Galaxia común. Aún añadiendo los imperios no humanos, los sistemas soberanos como Betelgeuse y los informes de los pocos exploradores del espacio que se habían alejado al máximo desde los antiguos tiempos de la exploración cósmica, aquella parte del universo conocido por el hombre, era aterradoramente pequeña. Y por mucho que se esforzaran, siempre permanecería así.

—¿Con qué frecuencia viene usted por aquí? —preguntó Flandry alterando el denso silencio del interior de la nave.

—Una vez cada año-Tierra —repuso Zalat con su media lengua inglesa—. Pero haber otros comerciantes además de mí. Yo hacer comercio de pieles, pero Altai también producir minerales, gemas, productos orgánicos y otros que tener demanda en mi sistema. Así, haber naves de Betelgeuse frecuente camino para Ulan Baligh.

—¿Permanecerá usted mucho tiempo?

—Esperar que no. Esto ser molesto sitio para gente no humana. Haber establecida una casa para recrear nosotros, pero —y Zalat cambió de aspecto su azulada faz— haber muchas complicaciones. Última vez ya esperar un mes entero para completar cargo. Esta vez ser peor seguramente.

—Ya, ya —pensó Flandry. Y añadió en tono perceptible para Zalat —: Si los metales y maquinaria que usted trae como trueque comercial

tienen el valor que usted afirma, me sorprende que los altaianos no adquieran naves espaciales para emprender tal comercio por su cuenta.

—Ellos no tener ninguna civilización comercial —repuso Zalat—. Recuerde, nosotros betelgeusianos venir aquí hacer menos de cien años. Antes Altai estar aislado. Naves espaciales primitivas que traer colonos hacer tiempo que estar muy usadas. Colonos tampoco tener interés después por otros contactos galácticos. Recordar usted que planeta ser tan pobre en metales pesados que construcción de naves nuevas sería muy costoso para ellos. Ahora puede ser que muchos jóvenes de Altai tratar de esa empresa. Pero últimamente el Kha Khan haber prohibido cualquiera de tales proyectos para salir del planeta, sólo hacerlo para muy poco de nosotros betelgeusianos que ser muy conocidos, todos de gran confianza y gente representativa del sistema de Betelgeuse. Esa prohibición es una razón para insurrecciones contra él.

—Ya comprendo —Flandry dirigió una hosca mirada a los vastos campos helados del planeta—. Cualquiera que quiera largarse de esta bola congelada y no pueda, cuenta, desde luego, con toda mis simpatías. Si éste fuera mi planeta, creo que me dedicaría a buscar un enemigo que quisiera comprarlo.

«Y sin embargo allí me dirijo —reflexionó Flandry—. Cuanto más se agrieta y se desmigaja el Imperio, con mas frenesí unos pocos de nosotros los espacianos buscando siempre mayor espacio vital… De no ser así la Larga Noche puede caer sobre el curso sacrosanto de nuestras propias vidas. Y con respecto a este particular —su mente continuó pensando— tengo buenas razones para creer que un enemigo está tratando de quedarse con el planeta».

Capítulo II

DESDE las nieves polares del planeta Altai, diversos ríos de gran anchura y poca profundidad se extendían en dirección Sur sobre las estepas. En el lugar donde se encuentran dos de ellos, el Zeya y el Talyma, en el lugar denominado Osero Rurik, había sido fundada la ciudad de Ulan Baligh por los primeros colonizadores. Nunca había sido realmente una gran población; entonces era la sola permanencia como asiento de los habitantes humanos en el planeta, que no alcanzarían los veinte mil residentes. Pero el número de personas en sus alrededores era mucho mayor que esta cifra. Había sido el lugar de cita de los hombres de las tribus que venían a la ciudad para comerciar, reunirse o realizar ritos religiosos en la Torre del Profeta. Habían vallado la parte sur de la ciudad, que les servía de campamento, próximo al primitivo aeropuerto espacial, encendiendo sus fogatas a lo largo de varios kilómetros, siguiendo la orilla del lago.

Cuando el navío espacial hubo tomado tierra, el capitán Flandry estuvo más interesado en algo menos pintoresco. Había sobornado a un ingeniero para permitirle disfrutar de una maravillosa vista desde la torre de control del aeropuerto. Desde allí pudo observar la línea de monorraíl que circundaba la ciudad, por la que discurrían a enormes velocidades vagones especiales que viajaban como proyectiles. Observó el movimiento de transporte de modernos ingenios militares, así como muchos tanques y otros pertrechos. Vio igualmente los acuartelamientos y pabellones de tipo militar en construcción al oeste de la ciudad, propios de un ejército en armas y un edificio cerca de la plaza del mercado central con todas las características de una gran central generadora de energía apropiada para toda la zona urbana, todo aquello era nuevo. Nada de aquello había sido construido en cualquier factoría controlada por el Imperio Terrestre.

«A pesar de todo, este material bien puede haber sido suministrado por mis pequeños camaradas verdes —murmuró para si —. Si los merseianos consiguen una base aquí en la región neutral y nos rodean como en Cata Wrayanis... bien, ello no sería decisivo por sí mismo, aunque les permitiría extender su garra un poco más. Y si eventualmente, la mano se extiende lo suficiente, irán sin duda al principio de una gran guerra.»

No era la primera vez que sufría alguna decepción amarga procedente de su propio pueblo, demasiado rico para gastar fortunas en un ataque abierto bajo la excusa —muchos de ellos aun negándola — que existiese una amenaza que pusiera en desequilibrio la gloriosa paz terrestre. «Después de todo —pensó sombríamente— era para alegrarse de estas locuras de su propio hogar, ya que la Tierra estaba

en franca decadencia.»

Pero en aquel momento, la Tierra se encontraba a trescientos años luz de distancia y él tenía un trabajo que realizar.

Por su mente discurrieron rápidamente los diversos hechos que la Inteligencia había captado en la región de Betelgeuse. Los comerciantes espaciales habían mencionado curiosas idas y venidas en un lugar denominado Altai. Disponían de poca información específica que suministrar, y sólo les importaba de aquel lugar cuanto se relacionaba con sus negocios. La información pudo revelar finalmente, cuando los hombres de la Tierra la provocaron con oportunas copas de licor, y pasó al lugar correspondiente en los archivos secretos, dónde se hallaba el planeta, identificándolo por fin, como una vieja colonia humana, alejada de los usuales caminos del espacio, aunque no tan extraviada como para no poder ser vigilada.

Una investigación a fondo hubiese requerido varios meses y unos cuantos cientos de agentes. En aquella tremenda dispersión del espacio entre tantas estrellas, la Inteligencia decidió enviar a un solo hombre. En la Embajada Terrestre en Betelgeuse VI, Flandry recibió un grueso expediente sobre Altai, con un avance de su labor y la orden de enterarse de cuanto allí pudiera ocurrir. Después de lo cual, los componentes de la Inteligencia, sobrecargados de trabajo, le dejaron con su misión. Ya volverían a recordarle cuando volviese a informar de su misión, o al tener noticias de que hubiese muerto de alguna manera fuera de lo corriente. Pero si ninguna de aquellas cosas ocurría, Altai podría permanecer en la oscuridad por otra década.

«Lo cual sería una pérdida de tiempo demasiado larga», pensó Flandry.

Con aire despreocupado, Flandry volvió a su cabina, desde la alta torre de control. Los altaianos no sospecharían de que él hubiese visto sus nuevas instalaciones militares, o en todo caso, de sospechar algo, debían ignorar que su opinión sobre aquel equipo no era otra que la de suponer simplemente que se trataba de prevenir cualquier rebelión de tipo local. El Khan debía haber descuidado este extremo, al no esconder tal evidencia a los ojos del mundo exterior, sin duda alguna porque no esperaba ningún investigador terrestre que pudiese husmear sobre el particular. No habría procedido así, seguramente, de sospechar que tal investigador pudiese volver con tan importante informes al Imperio Terrestre.

En la cabina, Flandry se vistió con su habitual cuidado. De acuerdo con los informes que poseía, las gentes de Altai gustaban de los colores llamativos en sus ropas, de forma ostensible. Escogió una blusa resplandeciente de color verde, una especie de chaleco bordado, unos pantalones púrpura con medias botas de cuero en las que lucía una banda dorada, un cinturón rojo y una pequeña capa de igual

color, tocándose con un casquete negro, que contorneaba apretadamente su cabeza, de cabellos castaños. Flandry era un tipo magnífico de hombre: alto y musculoso, denotaba una gran energía en su armónico rostro, agraciado con una nariz recta y unos grandes ojos grises y un pequeño y bien cuidado bigote.

El navío espacial tomó tierra finalmente a un extremo del aeropuerto. Frente al que acababa de rendir viaje, otro navío espacial de Betelgeuse se hallaba aparcado, confirmando lo referido por Zalat en relación con la frecuencia del comercio interestelar. No era precisamente una relación acelerada, sino continua, quizás una docena de naves estelares en un año-standard, y que constituía sin duda una razón de gran importancia económica local.

Al detenerse en el punto de desembarque, Flandry sintió el alivio de la gravedad del planeta, que era sólo de tres cuartas partes de la terrestre. Se acomodó inmediatamente a aquellas nuevas condiciones. La ciudad de Ulan Baligh estaba situada a los 11 grados de latitud Norte. Con una inclinación axial de rotación parecida a la de la Tierra y alumbrado por una estrella enana y pálida y sin océanos que modificaran el clima, Altai conocía unas estaciones casi iguales a las del ecuador. El hemisferio norte, acababa de pasar por el equinoccio de otoño y se hallaba en las proximidades del invierno. Una corriente constante de viento, procedente del polo y que Flandry encontraba fría, azotaba su rostro agradablemente.

Hizo su aparición pública con la dignidad que había imaginado, hallándose frente a la autoridad que le recibía.

—Saludos —dijo Flandry en el idioma altaiano que había aprendido—. Que la paz reine en vuestro espíritu. Esta persona se llama Dominic Flandry y representa al Imperio de la Tierra.

El altaiano parpadeó muy ligeramente sus ojos negros. Por lo demás su rostro permaneció impasible como una máscara. Era un tipo de nariz ganchuda y de espesa barba, su tez clara denotaba una mezcla caucasoide en su origen racial, como asimismo el lenguaje un tanto híbrido que hablaba. Era de constitución fuerte, maciza y talla más bien reducida. Vestía un gorro de piel, una chaqueta de cuero de complicada manufactura, unos pantalones de espeso fieltro y unas botas de graciosa línea. Llevaba al cinto una pistola automática de viejo estilo, a la izquierda y a la derecha un potente cuchillo.

—No habíamos tenido tal clase de visitantes… —repuso, y tras una pausa y concentrándose en sí mismo, se inclinó respetuosamente —. Sean bienvenidos todos aquellos huéspedes que vienen con honestas palabras —añadió con un acento ritual—. Esta persona se llama Pyotr Gutchluk, de la escolta del Kha Khan.

Se volvió hacia Zalat.

—Capitán, usted y su tripulación pueden proceder como de

costumbre. Le veré a usted más tarde, después de las formalidades legales. En primer término, debo acompañar a un huésped tan distinguido como éste al palacio del Kha Khan.

Dio una rápida palmada. Aparecieron dos sirvientes, similares en vestimenta y apariencia a él. Miraban con atención marcada al terrestre, al que no quitaban ojo de encima. A pesar del aspecto impasible de sus rostros, aquello era sensacional en sus vidas. El equipaje de Flandry fue cargado en un pequeño vehículo eléctrico de transporte de viejo diseño.

—Sin duda —dijo Pyotr Gutchluk— un gran orluk como usted, preferiría un varyak a un tulyak.

—Sin duda —repuso Flandry, comprobando que su idioma altaiano acababa de ser enriquecido con estas dos nuevas palabras.

Un varyak era localmente como una especie de motocicleta. Era un compacto vehículo de dos ruedas impulsado suavemente por un motor adecuado que disponía de un lugar atrás para los equipajes, yendo equipado en la parte delantera por una ametralladora, aunque Flandry supuso que no se trataba de un arma actual. La conducción se efectuaba por medio de una barra cruzada para ser guiada con las rodillas. Disponía de otros aparatos, entre ellos una radio emisora-receptora que se controlaba desde un panel en el parabrisas. Cuando el varyak marchaba muy despacio o se detenía, podía bajarse una pequeña rueda auxiliar en la parte izquierda, que le servía de soporte. Pyotr ofreció a Flandry un casco provisto de fuertes lentes, que tomó de una bolsa del sillín del varyak. Se puso al mando de la máquina y salió disparado a 200 kilómetros por hora.

Flandry se sentía golpeado terriblemente por el fuerte viento que al rebotar contra el parabrisas, le golpeaba el rostro y casi le hacía desmontar del vehículo. Pero era preciso conservar el prestigio del Imperio Terrestre y haciendo un tremendo esfuerzo se acomodó lo mejor que pudo a la grupa de la máquina tras Gutchluk.

Cuando irrumpieron en la ciudad, ya había adquirido la destreza suficiente, hasta permitirle volverse y mirar en todos sentidos. Una vista interesante de todo aquello se ofreció a su curiosidad.

La ciudad de Ulan Baligh se extendía a lo largo de las tierras planas de una enorme bahía sobre el lago. Más allá las aguas tenían un color intensamente azulado. Sobre su cabeza observaba un cielo azul profundo y los anillos del planeta. De color pálido durante el día, aparecían como un halo gélido entre la luz de aquel sol anaranjado. Gutchluk tomó un camino elevado, suspendido por enormes pilones en forma de dragones que sujetaban los cables entre los dientes. Parecía sólo para uso oficial. Nadie transitaba por él, salvo alguna patrulla ocasional de varyaks. Por debajo, Flandry podía observar los techos curvados de los edificios de ladrillo rojo, sobresaliendo de las viejas

murallas de piedra, teñidas con un matiz rojizo por el sol. Todos los edificios eran de grandes dimensiones. Los de tipo residencial debían albergar a varias familias, y los dedicados al comercio se hallaban salpicados por pequeños locales al efecto. Las calles eran amplias, limpias y bien conservadas, y aparecían llenas de un público nómada, y de viento que soplaba sin cesar. La mayor parte del tráfico se hacía a pie.

Apareció, frente a Flandry el palacio con sus altas murallas, pudiendo observar en el interior los jardines y en el centro, la residencia real. Era una versión a escala gigante de las residencias de la ciudad; pero ornamentada alegremente y con esplendor. Enormes dragones de madera formaban grandes columnas, rematadas con otros dragones de bronce en el techo. Todo quedaba, sin embargo, empequeñecido frente a la gran Torre del Profeta, que se alzaba majestuosa a cosa de un kilómetro de distancia más allá.

Por las vagas descripciones de los betelgeusianos, Flandry había deducido que la mayor parte de los altaianos profesaban una especie de religión que era como una síntesis del budismo y del islamismo, codificada hacía siglos por el profeta Subotai. La religión contaba solamente con aquel gran templo, que era suficiente para todos. Aquella altísima torre se alzaba orgullosa en el aire tenue del planeta, como si quisiera alcanzar el cielo. Construida básicamente al estilo de una pagoda, pintada de rojo, tenía una gran terraza orientada hacia el Norte. Y en ella, un gran panel, en el que había cinceladas, en una especie de alfabeto sinocirílico, las palabras del profeta, consideradas sagradas para siempre. Incluso el propio Flandry, poco reverente de costumbre, no pudo por menos de sentir un ligero sentimiento de respeto y temor. Una formidable voluntad había conseguido erigir aquella colosal edificación en semejantes terrenos de la gran planicie.

El camino elevado comenzó a descender gradualmente. El varyak conducido por Gutchluk se detuvo finalmente en una puerta de acceso al palacio. Flandry, de talla más alta a la de cualquier otro tipo local, tuvo diversos inconvenientes al traspasar la entrada, estando a punto de golpearse varias veces por la estrechura del pasadizo que recorrían. En una curva final el pasaje era tan estrecho para la estatura de Flandry, que estuvieron a punto de estrellarse ambos. Finalmente soltó la tercera rueda de soporte del varyak, que acortó la velocidad hasta detenerse. Segundos antes, Flandry saltó ágilmente del sillín del varyak describiendo un arco en el aire, quedando rápidamente en pie.

—¡Por el Pueblo Helado! —exclamó Gutchluk, con la faz sudorosa—. ¡La Tierra engendra hombres temerarios a fe mía!

—Oh, no —repuso Flandry—. Una pequeña demostración; pero no temeraria. Nosotros siempre sabemos cómo actuar.

Una vez más agradeció mentalmente la educación recibida en su

preparación atlética entre la que se hallaba la práctica del judo. Una vez abiertas las puertas de palacio, Flandry flanqueó el camino altivamente, ante la asustada mirada de los soldados del Khan.

Los jardines que flanqueaban el acceso que habían seguido estaban poblados por toda clase de arbustos enanos, flores extrañas, puentes arqueados y rocas, y por todas partes líquenes de las más variadas especies. Ninguna especie vegetal que necesitara mucha agua y calor podía cultivarse en Altai. Flandry podía comprobar la tremenda sequedad de su nariz y de la garganta. El aire era demasiado seco y frío, produciéndole una constante molestia. Una vez dentro del palacio, se sintió mucho mejor al comprobar que la atmósfera se asemejaba mucho a la terrestre.

Un sujeto de barba blanca, vestido con un ropaje extravagante de pieles le hizo uña profunda reverencia.

—El propio Kha Khan ofrece a usted su más cálida bienvenida, Orluk Flandry —dijo—. Le recibirá en seguida.

—Pero los obsequios que traigo para él...

—No importa eso ahora, mi señor.

El chambelán de la corte se inclinó nuevamente, se volvió y se adelantó mostrando el camino. Pasaron a través de varios altos corredores embovedados con extraños ornamentos y tapices. En el palacio reinaba un profundo silencio. Los sirvientes se deslizaban sin el menor ruido, los guardianes permanecían inmóviles en sus puestos con su uniforme rematado en cara de dragón con sus túnicas de cuero y sus armas ostensiblemente visibles, mientras que por todas partes grandes trípodes humeaban con incienso. La totalidad de aquella gran residencia palaciega parecía en estado de alerta.

«Me imagino que he venido a trastornar alguna cosa —pensó Flandry con su innata rapidez mental—. Sospecho que aquí se está tramando tranquilamente alguna conspiración y se encuentran tan alejados de la Tierra, que para nada la tienen en cuenta. Y he aquí que, repentinamente, se presente un oficial terrestre, después de quinientos años. ¿Cuál será la reacción de esta gente? Esperemos y veamos.»

Oleg Yesukai, Kha Khan de todas las tribus, era de estatura mayor que la de la generalidad de los altaianos. Su cara alargada, estaba adornada con una barba puntiaguda y rojiza. Grandes anillos de oro y lujosas ropas bordadas, le daban el digno porte de su realeza, mostrando un aire altivo e impaciente, producto de una tediosa costumbre. La mano a la que Flandry, doblando una rodilla, se llevó hasta su frente, en señal de respeto, era musculosa y enérgica. La pistola que lucía el regio personaje parecía haber sido usada con frecuencia.

Aquella cámara de audiencia privada estaba adornada en rojo,

con ornamentos que le parecieron algo grotescos a Flandry; pero estaba dotada de un moderno equipo magnetofónico de los betelgeusianos, y cerca, además, había una mesa en la que se amontonaban los papeles oficiales.

—Tome asiento —le indicó el Khan con un gesto.

El Khan se sentó a su vez en un sillón de patas bajas y abrió una caja de cigarros cincelada en hueso. Una dura sonrisa apareció en su rostro.

—Y ahora que nos hemos desembarazado de la presencia de mis estúpidos cortesanos, no precisaremos mucho tiempo para tratar del asunto que le trae por aquí —dijo fríamente.

Tomó un extraño cigarro rojizo de la caja.

—Le ofrecería con mucho gusto uno de estos cigarros; pero me temo que le pondrían enfermo. A lo largo de tantas generaciones alimentándonos de lo producido por el suelo de Altai, nuestro metabolismo ha debido cambiar de algún modo, sin duda alguna.

—Su Majestad es de lo más gracioso —repuso Flandry, mientras encendía uno de sus propios cigarrillos, poniéndose tan cómodo como se lo permitía el tieso respaldo del butacón que ocupaba.

Oleg Khan repuso con el mayor descaro:

—¡Gracioso! ¡Ja! Escuche esto, terrestre. A los cincuenta años de edad, mi padre se convirtió en un hombre fuera de la ley, en la tundra. (Se refería a años de duración local, un tercio mayores que los de la Tierra. Altai se hallaba a una unidad astronómica de distancia de Krasna; pero esta estrella era de menor masa que el Sol.) Cuando tenía treinta años, ocupó esta ciudad de Ulan Baligh, con 50.000 guerreros y envió al viejo Tuli Khan a las nieves del Ártico. Pero a él nunca le agradó vivir en la ciudad. Sus hijos se criaron en el ordu, esto es, en los campamentos, donde siempre había vivido. Guerreamos todos contra los Tebtengri, tal y como él conocía la guerra; pero no tuvimos profesores para aprender a leer, a escribir, ni a practicar ninguna ciencia, Orluk Flandry. Nunca tuve tiempo de aprender ninguna gracia.

El visitante terrestre aguardó pasivamente. Esto pareció desconcertar a Oleg, que fumaba con furiosas chupadas. Tras algunos segundos, adelantóse hacia Sir Dominic Flandry y continuó:

—Y bien, ¿por qué se digna su Gobierno tomar contacto con nosotros?

—Tengo la impresión, Majestad —repuso Flandry con tranquila voz—, que los colonos originales de Altai vinieron tan lejos del Sol para escapar a nuestra vigilancia y conocimiento.

—Cierto, es verdad. Nuestros antepasados vinieron aquí porque eran débiles, y no a causa de su fuerza. Los planetas en que los hombres pudiesen controlarlo todo absolutamente eran raros.

Alejándose indefinidamente, aquí llegaron unos cuantos navíos espaciales cargados de habitantes del Asia Central, evitándose así tener que seguir luchando por el Imperio Terrestre. No pensaron desde luego en convertirse en un rebaño. Intentaron primeramente explotar la tierra. Pero aquello resultó imposible. Demasiado fría y seca, entre otros inconvenientes. No era posible intentar erigir una industria ni una sociedad productora de alimentos sintéticos, no existían metales pesados, ni carburantes fósiles, ni productos fisionables. Este es un planeta de baja densidad, como usted sabrá. Poco a poco, a lo largo de generaciones enteras, con una vaga tradición que les guiara, se vieron obligados a adoptar una vida nómada. Esto era lo más conveniente en Altai y así fueron creciendo. Por supuesto, las leyendas han alterado los hechos. La mayor parte de mi gente todavía creen en la Tierra como una especie de paraíso perdido y que nuestros antepasados eran unos fantásticos guerreros.

Los ojos turbios de Oleg miraban fijamente a Flandry. Se rascó pensativamente la barba.

—Después he leído mucho y pensado mucho también, para darme una clara idea de lo que su Imperio es realmente y de lo que puede hacer y de lo que no puede. Así, pues, ¿qué objeto tiene esta visita, en este preciso momento?

—Hemos permanecido ausentes, por dos razones principales —repuso Flandry con aplomo—. En primer lugar, no estamos grandemente interesados en la conquista, por la conquista en sí misma. Y en segundo término, nuestros hombres de negocios han evitado todo este sector completamente. Como usted ve, esto queda muy lejos de las estrellas de nuestros sistemas centrales. Los betelgeusianos, estando cerca de su base de partida, pueden competir en términos desiguales. Además, el riesgo de encontrarse con una armada espacial de los merseianos, enemigos nuestros, es poco atractivo. En resumen, no ha habido ocasión ni civil ni militar para volver sobre Altai. Sin embargo, el Emperador, no quiere perder el contacto con ningún miembro de la familia humana. Como portador de su Voluntad, tengo el placer de traerle personalmente sus fraternales saludos. (Esto era subversivo, ya que la palabra a emplear hubiese sido «paternal» pero Oleg Khan no habría apreciado amablemente el ser patrocinado.) Por lo demás —continuó Flandry—, si Altai desea reunirse con nosotros, para una mutua protección y la obtención de otros beneficios, hay muchas posibilidades que nosotros podemos considerar y discutir. Unirse al Imperio no implica necesariamente convertirse en una provincia del mismo. Su Majestad, si lo prefiere, podría considerarse como un residente Imperial, intercambiando ayuda y toda clase de información...

Flandry dejó escapar la proposición con todas sus consecuencias.

El rey altaiano no le repuso, ante la sorpresa de Flandry, con el tono colérico de un soberano a quien se le examina su poder real, por el contrario y ante la sorpresa del terrestre, le respondió:

—Si usted se siente preocupado por las dificultades internas del momento, deje de estarlo. El nomadismo necesariamente significa tribalismo, lo cual fácilmente conduce al régimen feudal y a la guerra. Ya le he referido que mi padre tomó el poder del clan Nuru Bator. A cambio, existen ciertos gurkhans que se rebelan contra nosotros. Cualquiera podrá confirmarle que la alianza denominada Tebtengri Shamanate, nos ha proporcionado muchos disturbios y preocupaciones. Pero eso no es nada nuevo en la historia de Altai. Yo cuento, en todo el planeta, con el apoyo más firme que haya tenido ningún otro Kha Khan, desde los tiempos del Profeta. En poco tiempo meteré en cintura a cada uno de esos rebeldes.

—¿Con la ayuda de armamento importado? —preguntó a quemarropa Flandry elevando las cejas imperceptiblemente.

La pregunta era arriesgada, pero no podía dejar de hacerla, evitando a toda costa, por supuesto, no dejar traslucir la evidencia de cuanto había observado. Ante la aparente impasibilidad del Khan, Flandry añadió:

—Al Imperio le encantaría poder enviar una misión técnica.

—No lo dudo —fue la seca respuesta de Oleg.

—¿Puedo preguntar, respetuosamente, qué planeta suministra la asistencia a Su Majestad está recibiendo ahora?

—Tal pregunta es impertinente, como usted puede comprender —repuso altivamente el Khan—. No lo tomo como ofensa; pero declino mi respuesta. Confidencialmente sí puedo decirle que los antiguos tratados mercantiles entre Altai y las gentes de Betelgeuse, garantizaban a los caras azules el disfrute del monopolio de ciertos productos nuestros de exportación. Esta otra raza, la única que nos vende armas, toma como pago los mismos artículos. No estoy violando con ello ningún compromiso, ya que no me considero ligado a los compromisos asumidos por la dinastía de Nuru Bator. Sin embargo, sería desde luego inoportuno que las gentes de Betelgeuse descubran los hechos en estas circunstancias.

El momento era de lo más propicio para la mentira. Tan bueno lo consideró Flandry que deseó que Oleg creyese que había caído en ella. Asumió una fatua sonrisa afectada para decirle al Kha Khan:

—Comprendo perfectamente, Majestad. Puede estar seguro de la discreción terrestre.

—Así lo espero —dijo Oleg humorísticamente—. Nuestro tradicional castigo para los espías implica un método que los conserva vivos varios días antes de ser ejecutados.

El golpe de Flandry estaba bien calculado; pero no había encajado

del todo.

—Puedo recordar a Su Majestad, Gran Khan, con todo respeto, que en caso de que alguno de sus menos educados sujetos quisiera actuar impulsivamente, la Armada Imperial tiene órdenes de reprimir cualquier ataque sufrido por un terrestre nacional, en cualquier parte que ocurra del Universo.

—Muy cierto, amigo mío.

El tono de Oleg era tan sardónico, que bien se manifestaba a las claras que la famosa ley universal constituía para él una letra muerta, excepto como una excusa ocasional para bombardear cualquier mundo que se saliese de la raya, sin estar en condiciones de volverse contra el agresor. Entre los comerciantes, sus propios agentes, en el sistema Betelgeusiano estaban vendiéndole armas, y el Kha Khan se había convertido en un tipo sin piedad, bien informado sobre la política galáctica, como cualquier aristócrata terrestre. O de Marseia.

La realidad era escalofriante. Flandry había ido forzando ciegamente la búsqueda de su propósito. Y ahora se daba cuenta, paso a paso, cuan peligrosa y tremenda era aquella evidencia.

—Una sana política —continuó Oleg—. Pero hablemos con franqueza, Orluk. Si usted sufriera, digamos, cualquier daño ocasional en mis dominios y si sus superiores interpretan mal las circunstancias, aunque creo que no lo harán, me vería forzado a solicitar la ayuda conveniente, que desde luego está dispuesta en todo momento.

«Merseia no está lejos —pensó Flandry— y la Inteligencia conoce que ahora disponen de una flota cósmica masiva en su base más próxima. Si quiero enarbolar los derechos terrestres de nuevo, deberé empezar a actuar asumiendo todos los riesgos, que nunca anteriormente he corrido, en una vida estúpidamente malgastada.»

Y añadió en voz alta, con una sugerencia fanfarrona:

—Betelgeuse tiene tratados con el Imperio, Majestad. Ellos no intervendrán en una disputa puramente humana.

Y como si se hallase aterrado de su propia osadía, continuó:

—Pero no habrá, ciertamente, ninguna disputa. Ciertamente nadie las desea ni veo el motivo. Nuestra conversación ha ido tomando un giro poco agradable y ¡bah! de lo más desafortunado. No hay porqué hablar de ofensa alguna... Yo estoy interesado en las colonias humanas alejadas del Imperio. Uno de los funcionarios de los archivos mencionó su hermoso planeta. Y mientras me dirigía hacia acá, fue sugerida la idea de que fuese portador oficial de los mejores saludos del Imperio...

Y así continuó Flandry durante un largo rato.

Oleg Yesukai sonreía burlonamente.

Capítulo III

EL planeta Altai giraba sobre su eje en una rotación diurna de 35 horas. Flandry adaptó su vida al tiempo de aquel mundo, como todos sus habitantes, dejando para el final de la jornada las horas de descanso. Empleó toda la tarde recorriendo Ulan Baligh, haciendo constantes preguntas intranscendentes a los guías, sabiendo que todo ello sería conocido por el Khan. Había que realizar cuatro o cinco comidas en el largo día del planeta y así fue invitado a comer en casa de varios personajes principales del Clan Yesukai. Todo aquello fue siendo aprovechado para la realización de su misión. También realizó una comida en una de las alegres casas destinadas a los transeúntes nómadas, reforzándole en sus opiniones sobre lo que sucedía.

En el crepúsculo, observó la Torre del Profeta emergiendo como una colosal estatua, iluminada a la sazón, dirigida hacia el ciclo como una lanza sangrienta por encima de la ciudad y de sus abigarradas calles, en dirección al infinito poblado de estrellas. El muro sagrado del templo aparecía blanco, con la Escritura sagrada esculpida a lo largo de aquella gigantesca tabla de dos kilómetros llena de preceptos religiosos conducentes a un camino austero y amargo por la vida presente.

—Ya veo —exclamó para sí Flandry—. Todavía no lo hemos hecho.

El jefe de los guías, un corpulento guerrero, endurecido como el cuero por décadas de viento y de frío en aquel mundo, aparecía inquieto.

—Debemos regresar a palacio, Orluk. El Kha Khan ha ordenado un banquete en su honor.

—¡Oh, excelente, magnífico! —repuso Flandry.

Y dirigiéndose hacia el guía mostró de pronto un exagerado interés por cuanto se refería a la Gran Torre del Profeta.

—Un momento todavía. Es increíble, ese rascacielos es una maravilla. ¿Han pensado ustedes que podría ser la mayor atracción turística de la Galaxia?

—Necesitamos purificarnos con abluciones antes de entrar, Orluk.

Un joven añadió bruscamente:

—En ningún caso le está permitida la entrada. Usted no es un iniciado. Y no hay otro lugar más santo entre todas las estrellas del cielo.

—¡Oh! Bien... en tal caso... Lo siento, espero no haberles ofendido. ¿No importaría que pudiese tomar fotografías mañana?

—Sí —repuso el joven—. No hay ninguna ley en contra; pero no podemos hacernos responsables de la actitud de los hombres de las

tribus que viesen a usted hacerlo con su cámara. Nadie, excepto los tebtengri, mirarían a la Torre si no es con la mayor reverencia en sus ojos y en su espíritu.

—¿Tebtengri?

—Sí, rebeldes y paganos, allá lejos, en el Norte.

El mayor de los guías se llevó la mano a los labios y a la frente, como un exorcismo contra las fuerzas ocultas del diablo.

—Son mala gente, culpables de todos los males de Trengri Nor y traficantes del Pueblo Helado. Mucho peores, si cabe, que los salvajes voiskoye, para los tebtengri, el mal substituye a la justicia. No debe hablarse de ellos sino para exterminarlos. Y ahora, debemos darnos prisa, Orluk.

—Ah, sí, desde luego.

Flandry saltó al tulyak a su servicio, carruaje abierto de motor, con un dragón en la parte delantera.

Mientras era conducido a palacio, fue sopesando su conocimiento en un resultado desfavorable para la situación. Algo se tramaba, algo superior a una guerra civil. Era evidente que el Oleg Khan no tenía la menor intención de que la Tierra tuviese el menor conocimiento de ello. Un agente de la Tierra que se mezclase en el asunto y dispusiese del menor conocimiento, tenía pocas posibilidades de retornar vivo a su patria. Sólo se lo permitirían a un completo idiota. Si Flandry convencía a los altaianos de que lo era, todavía estaba por ver. La cosa no sería fácil, pero no había otro remedio que intentarlo a costa de lo que fuera. Si, jugándose la vida de algún modo, avisaba a la fuerza de choque de la Armada del Imperio Terrestre, Oleg se precipitaría a avisar a sus amigos, que, sin duda alguna, no estaban precisamente interesados en un negocio privado de venta de armamento, como se le quería hacer creer. Altai no producía en todo el planeta lo suficiente para pagar aquel armamento. Si esta gente se adelantaba a la Armada Imperial, para proteger sus inversiones militares, se provocaría una guerra en el acto. Y como era lógico, por su mayor proximidad tendrían una ventaja de tiempo a su favor, dado el espacio a recorrer. Y la Armada no tendría que agradecerle precisamente el tomar parte en una campaña perdida de antemano.

Un cigarrillo ayudó a calmar su inquietud y recordó que muy bien pudo haber manifestado al Cuartel General, antes de aceptar aquella misión, que estaba afectado gravemente de cualquier enfermedad.

En el departamento que se le había reservado en el palacio como huésped distinguido, encontró a su servicio un ayuda de cámara especial. Pero el hombrecito estaba hecho un lío acerca de la vestimenta del hombre terrestre. Empleó media hora en elegir una presentación adecuada. Finalmente hizo su aparición en el gran salón. Una guardia de honor le esperaba. Fue escoltado hacia una inmensa

cámara especial para las fiestas y banquetes reales, y se le colocó a la derecha del Khan.

No había mesa. Un centenar de personas se sentaban con las piernas cruzadas a ambos lados de una gran piedra de la longitud de la cámara real. Le sirvieron de principio un caldo, que recordaba vagamente, aunque con un sabor más picante, una sopa de la cocina del hogar, y que le vertieron de una olla circulante. Después y siempre a una señal del Khan, fueron servidos otros platos diferentes con carnes y alimentos grasos, que aunque diferentes a los de la Tierra, no tenían mal sabor. Y constantemente se les servía una especie de té verde con cierto contenido alcohólico. Una pequeña orquesta amenizaba el banquete, compuesta de extraños instrumentos de viento, mientras que ininterrumpidamente actuaban grupos de bailarines, acróbatas, y otras diversas atracciones. Al final del banquete, se entonó una vieja canción tribal, mientras que un trovador contaba las leyendas tradicionales. Fueron repartidos los regalos del Khan a todos los presentes y el festín terminó. No se pronunció una sola palabra que supusiera cualquier tipo de conversación.

Flandry, ligeramente embriagado por el festín, siguió a su guardia de honor hasta sus habitaciones. Su sirviente le deseó buenas noches y corrió las cortinas de pieles que servían como puertas en el interior del palacio.

Un espléndido globo radiante iluminaba la habitación; pero quedaba apagado por la luz que procedía del exterior y que penetraba a través de los balcones. Flandry se dirigió hacia uno de ellos, lo abrió y miró al exterior atraído por aquel extraño y fascinante espectáculo.

A sus pies yacía la ciudad sumida en la sombra. Podía apreciar los redondos tejados de las edificaciones y las calles daban el aspecto de negros fríos. Más lejos, parpadeaban las luces intermitentes de los campamentos. Ozero Rurik se extendía hasta perderse de vista en el horizonte lejano, como una gigantesca sábana de ébano pulimentado, alterado solamente por el temblor luminoso de las dos lunas de Altai. A su izquierda, se erguía, fabulosa, la Torre del Profeta, como una llama perpetua, que parecía tener por corona las constelaciones celestes. Los dos satélites, que estaban en aquel momento próximos al plenilunio, iluminaban el ambiente con su luz rojiza, apareciendo, a simple vista, algo mayores que la Luna de la lejana Tierra. La luz de los satélites inundaba la inmensa llanura y tanto Zeya como Talyma impregnaban la atmósfera de una extraña fosforescencia. Pero los anillos de Altai, dominaban todo el conjunto. Describiendo un arco en el cielo meridional, iluminaban a su vez el firmamento, como un conjunto de arco iris. Casi constantemente, estrellas fugaces pasaban veloces, trazando chorros de luz vivísima, consecuencia de los

pequeños meteoritos procedentes de aquella doble banda, que irrumpían en la atmósfera de Altai.

Flandry tuvo que suspender su admiración por aquel bello espectáculo, al comprobar la frialdad del aire nocturno. Volvió a la temperatura más grata de su estancia. Cuando cerró el balcón, una mujer entró, procedente del dormitorio. Esperaba en cierto modo aquella clase de hospitalidad. Era una mujer de elevada estatura en comparación con la generalidad de las mujeres altaianas. Una hermosa cabellera negro-azulada le caía por los hombros. Unos bellos ojos brillantes de vitalidad con un ligero tinte verdoso, raro en el planeta, le miraban sin parpadear. Por lo demás estaba velada en el resto de las facciones y se cubría con un manto finísimo bordado de oro. Avanzó hasta hallarse muy cerca de Flandry y aguardó sumisamente la primera señal del oficial terrestre.

Así permanecieron observándose casi un minuto. El silencio era tan denso que podía advertirse el murmullo del viento en el exterior. Los dragones y guerreros de los tapices que alhajaban la estancia parecían moverse en aquella quietud.

Finalmente, en voz baja y aterciopelada, ella preguntó:

—Orluk, ¿eres un espía de la Madre de los Hombres?

—¿Espía? —repuso Flandry atónito, pensando aterrado en los agentes provocadores—. No, ni nada que se parezca a semejante cosa.

Ella le puso una mano sobre el brazo. Tenía los dedos fríos y le atenazaban con una fuerza frenética. Con la otra se despojó del velo que la cubría, apareciendo a los ojos de Flandry, con un bello rostro de piel clara y satinada y de delicadas facciones. Una mujer bellísima. Comenzó a hablar en su susurro tan rápido, que Flandry apenas pudo seguir el curso de sus confidencias.

—Quienquiera que seas, tienes que oírme. Si eres un guerrero, cuenta lo que voy a decirte, cuando vuelvas a tu patria, a los que lo sean. Yo soy Bourtai Ivanskaya, del pueblo Tumurji, que pertenecía al Tebtengri Shamanate. Seguramente habrás oído hablar de ellos, enemigos irreconciliables de Oleg, expulsados en el Norte; pero siempre en guerra contra él. Mi padre era un noyon, un jefe de división, bien conocido por Juchi Ilyak. Cayó en la batalla del Encuentro de los Ríos, el año pasado, donde los Yesukai ocuparon por completo nuestro ordu. A mí me trajeron viva al palacio, en parte especialmente como un rehén. ¡Como si ello pudiese influenciar a mi pueblo! Y en parte también, como componente del harén de Yesukai. Desde entonces he ido ganando alguna confianza en palacio. Esto me ha servido grandemente, ya que el harén es siempre un centro permanente de intrigas. Nada queda escondido mucho tiempo allí, y allí empieza generalmente el descubrimiento de los mayores secretos palaciegos.

—Ya veo —murmuró Flandry—. Ya he conocido otras culturas poligámicas antes de ahora. La verdad es que los políticos aficionados a compartir su cama con mujeres extrañas realizan un mal negocio.

Ella le miró intrigada, sin comprender bien y añadió:

—He oído que vendrá un convoy terrestre. Supongo que será para contrarrestar lo que Oleg está tramando contra la Madre de los Hombres. Es preciso que esto sea conocido. He hallado la forma de ser substituida por otra mujer. No me preguntes cómo lo he conseguido. Durante este año me he valido para conseguir muchos secretos del harén, por medio de sus guardianes y gente de confianza de ese monstruo de Oleg. Tengo el derecho de hacerlo, no importa el medio que emplee. Ningún método es deshonroso para mí. Oleg Khan es mi mortal enemigo, porque lo era de mi padre muerto. Cualquier medio de venganza contra él es legítimo. Pero lo peor de todo es que la Santa Tierra está en peligro. Escucha, hombre de la Tierra...

Flandry aguardó vigilante y en tensión contenida. Durante aquellos instantes la situación había tomado un giro tan fantástico, que le tenía paralizado de asombro. Le pareció asistir a un mal estereodrama en el que se empleaba a una hermosa chica en lugar de un tipo desagradable, que farfullaba dramáticamente su autobiografía como prólogo de una improbable revelación. Ahora comprendía repentinamente que aquello era una cosa real: aquel melodrama estaba en marcha y debía asumir el papel de héroe, dejando a un lado la parte cómica, o estaba perdido.

Flandry se irguió frente a Bourtai, diciendo con prisa mal contenida:

—Mi querida joven señora: no tengo la menor competencia en estas cuestiones. Además, he oído muchas y más plausibles historias de chicas coloniales que esperan volver libremente a la Tierra. En ella, puedo asegurarle, aparte de no ser un lugar delicioso, ni mucho menos, no hay sitio para una joven de las colonias cósmicas, si no dispone de fondos propios. No quisiera ofender el orgullo local; pero la idea de que un simple planeta pueda ofrecer cualquier amenaza para el Imperio, sería de lo más divertido, aparte de no tener fundamento de valor alguno. Se lo ruego, olvídeme.

Bourtai dio un paso atrás. Echó a un lado el manto que la cubría. Vestía un atuendo traslúcido que revelaba una figura en cierto modo fuera de los cánones del gusto terrestre por una bella mujer; pero atractiva de todos modos. Hubiera disfrutado de aquella observación, de no ser por el doloroso aturdimiento del rostro de la joven.

—Pero, mi señor Orluk —balbució Bourtai—. ¡Se lo juro a usted por nuestra Madre común!

«¡Pobre romántica! —pensó Flandry para sí—, ¿quién crees que soy, un dios visitante de Altai? Si eres tan estúpida, que no has oído

hablar nunca de micrófonos secretos en la habitación de un huésped, es que Oleg Khan no existe. Deberás callarte o nos matarán.»

Y en voz alta añadió adoptando un aire cínico:

—Bien, por Sirio, debo reconocer que esto es magnífico. Suministrarme una bella espía; es algo estupendo. Pero ahora deberás dejar a un lado el disimulo, querida. Vamos a jugar una partida de personas adultas, ¿eh, qué tal?

Flandry se dirigió hacia ella. Bourtai saltó ágilmente desasiéndose del abrazo de Flandry, para separarse más lejos, donde le suplicó con los ojos llenos de lágrimas:

—¡No, estás loco, estúpido, estás ciego, parlanchín sin cerebro, tienes que escucharme! Tendrás que escucharme, aunque tenga que golpearte la cabeza contra el suelo. Y díselo a ellos, díselo a ellos, cuando vuelvas a la Madre Tierra, diles que envíen un verdadero agente secreto y que compruebe lo que está ocurriendo.

Flandry la arrinconó. La sujetó fuertemente por las muñecas y trató de hacerla callar con un beso. Ella le golpeó fuertemente la nariz de un cabezazo. Flandry se echó hacia atrás, aturdido por el dolor, mientras oía la desesperada protesta de Bourtai:

—¡Son los merseianos! ¡Sí, tipos enormes de piel verde, son monstruos, son los merseianos, te lo digo yo. Vienen aquí en secreto, desde una escondida base de aterrizaje. Yo misma les he visto caminar por estos salones, en la oscuridad de la noche. También lo sé por otras mujeres a quienes algún orkhon borracho lo ha chismorreado. Yo misma me he arrastrado como una rata por estos muros y les he oído personalmente. Son los llamados merseianos, el más terrible enemigo que jamás haya tenido tu raza y la mía.

Flandry se sentó en un diván, limpiándose la sangre del bigote.

—No importa eso, por ahora —dijo con voz apagada—. ¿Cómo podremos salir de aquí? Quiero decir, antes de que los guardianes vengan y nos maten.

Bourtai permaneció silenciosa y Flandry comprobó que se había expresado en lengua ánglica. Imaginó que no serían muertos a menos que su captura resultara imposible. Flandry no podía saber si existían micrófonos o lentes escondidas en las paredes y si cualquier información recogida pasaría como informe para ser estudiado a la mañana siguiente.

Se puso en pie rápidamente y tomó a Bourtai en un simple abrazo. Ella reaccionó con velocidad felina lanzándole un puñetazo terrible a la garganta. Flandry había ya agachado la cabeza, recibiendo el impacto en el cráneo. Con ambas manos se agarró al borde del velo de Bourtai y cruzó los antebrazos en la garganta de la joven. Antes de que pudiese reaccionar de otro modo, Flandry la tenía presa muy de cerca. Ella trató de atacarle con los dedos en los globos

oculares. El volvió rápidamente la cabeza, siendo alcanzado nuevamente en la nariz. Herido nuevamente, como después del beso, sintió un agudo dolor; pero no la soltó. Ella empezó a respirar fatigosamente y Flandry dio media vuelta alrededor y la inmovilizó con una llave de judo en la garganta. Por un momento pareció que Bourtai se desvanecía inconsciente por falta de respiración. Flandry aproximó la boca al oído de la joven y le susurró calladamente:

—Cabeza de chorlito ¿no has pensado que el Khan sospecha de mí? ¿Y que tiene escuchas por todas partes? Ahora nuestra única y desesperada oportunidad consiste en salir de aquí, sea como sea. Y robar una nave de los betelgeusianos seguramente, si podemos. Primeramente, debo aparentar que te he arrestado. Esto puede apartar las sospechas y hacer que no vengan demasiado pronto a detenernos. ¿Comprendido? ¿Quieres jugar tu papel en la comedia?

Ella se irguió rígida y Flandry percibió su casi imperceptible movimiento de cabeza. El cuerpo de la joven apoyado contra el suyo parecía controlar todos sus nervios y sus músculos. Nunca había visto una mujer que tuviese tanta competencia en un caso de emergencia física. Sin la menor duda, Bourtai Ivanskaya había recibido un gran entrenamiento militar.

Bourtai tenía que necesitarlo.

En voz alta, Flandry comenzó a fanfarronear:

—Bien, en mi vida he oído nada más ridículo. No existen tales merseianos en esta vecindad estelar. He comprobado meticulosamente todo antes de llegar a esa conclusión y no voy a creerme semejante patraña. ¿Qué te parece? Realmente no has hecho más que condenarte con esas palabras venenosas y creo que es lo mejor que te encierre, señora. ¡Vamos, y nada de trucos!

La sacó a rastras fuera de la habitación, al corredor sostenido por una larga serie de columnas. Un extremo se abría con una ventana, bajo la cual había más de veinte metros de profundidad sobre la fría y obscura noche del exterior. Por el otro, se tenía acceso a la oscuridad del exterior del palacio, alumbrada aquella parte del largo corredor por lámparas de brazos, de trecho en trecho. Flandry arrastró a Bourtai en aquella dirección, que descendía con amplitud hacia abajo en una larga escalera. A poco tropezó con un par de centinelas estirados en sus puestos de guardia, con sus cascos, sus chaquetas de cuero, sus pistolas y cuchillos al cinto. Uno de ellos se dirigió bruscamente a Flandry:

—¡Alto! ¿Qué hacen ustedes?

—Es esta chica —repuso Flandry tratando despectivamente a aquel fardo viviente—. Ha empezado a contarme toda clase de estupideces. ¿Quién es el jefe? Ha pensado la insensata que yo iría a ayudarla a destronar al Kha Khan. ¡Imagine!

La joven, mientras tanto, gesticulaba como víctima conducida al matadero.

—¿Qué? —repuso el soldado acercándose a ellos.

—Los tebtengri me vengarán —gritó furiosamente Bourtai—. ¡El Pueblo Helado reducirá a cenizas este palacio y pisoteará vuestros huesos, bajo sus pies, raza de malditos!

Flandry comprendió que se aproximaba el momento de actuar rápidamente; pero ambos guardianes seguían mirando atónitos lo que sucedía. El más próximo desenfundó su pistola.

—Yo la conduciré, Orluk —dijo—. Boris, corre y avisa al comandante.

Al aproximarse el guardián, Flandry dejó a la chica en libertad. Protegido por una chapa de acero en la pechera y de rígido cuero en el torso, el centinela era poco vulnerable.

Flandry lanzó un puñetazo como un proyectil a la nariz del guardián, que se tambaleó como un borracho, cogido por sorpresa, reculó hacia la balaustrada y se desplomó sin vida en la escalera. El otro, que había dado media vuelta para avisar al jefe de la guardia, se revolvió y echó mano para desenfundar la pistola. Bourtai le puso una zancadilla y le empujó, cayendo al suelo como un fardo. Flandry se abalanzó contra él en una lucha a muerte. Ambos comenzaron a rodar por el suelo como dos fieras prestas a despedazarse.

Bourtai había cogido el cuchillo del primer centinela y esperaba la primera oportunidad entre aquellos dos hombres cogidos en un abrazo mortal. Flandry se soltó en un instante, dejando a su enemigo al descubierto. Bourtai sujetó la cabeza del individuo, por la barbilla, y rápida como un rayo, le acuchilló mortalmente.

Flandry se incorporó.

—¡Coge sus armas! ¡Pronto!

Desarmaron rápidamente a los dos hombres.

—Hemos conseguido por el momento más de lo que imaginaba. ¿Conoces la mejor salida? ¡Guíame, vamos!

Bourtai se lanzó escaleras abajo, flotando tras ella el velo finísimo bordado de oro y la capa de seda transparente y Flandry la seguía como un loco, pasando una luz y otra. Los zapatos resonaban sobre el mármol en el silencio nocturno. Dando la vuelta a una espiral de la gran escalera, Flandry se apercibió de la presencia de una escuadra de soldados que subían rápidamente. El Jefe de la patrulla le preguntó:

—¿Tiene usted al prisionero en seguridad, Orluk?

No había duda de que existía un operador humano en el sistema secreto de intercomunicaciones electrónicas del palacio. Por supuesto, aun en el caso de que hubiese entregado a Bourtai, Flandry no hubiese podido salvar la piel. Por estúpido que fuese el operador, tenía que haber oído demasiado. Pero ellos no se imaginaban sus propósitos

actuales.

Los avanzados de la patrulla recibieron el disparo de la joven, antes de que su jefe hubiera vuelto a hablar. Se oyeron gritos de dolor. Bourtai había hecho fuego contra el pelotón, se oyó el impacto de los rayos iónicos estrellándose en el blanco. Flandry se desplomó al suelo. Una descarga de fuego chirriante cayó sobre el lugar que acababa de ocupar. Flandry disparó a su vez, en un amplio círculo; pero con la energía muy diluida para matar a corta distancia, aunque alcanzó con el fuego a cuatro hombres. Al producirse el griterío del enemigo, saltó ágilmente y se lanzó por el boquete abierto momentáneamente. Desde allí, en el rellano, una amplia rampa de mármol bruñido, descendía en espiral hasta el piso inferior, a la planta baja del palacio. Flandry se lanzó como un rayo, deslizándose como por un tobogán. En el fondo, existía una especie de pasadizo de corta distancia, donde por unas puertas de cristal, se tenía acceso a los jardines. Los satélites de Altai y los anillos eran tan brillantes en el cielo nocturno, que no se precisaba de luz artificial en la media docena de varyaks que se dirigían a plena marcha hacia aquella entrada. La guardia existente en los jardines ya estaba alertada por el ruido procedente de la lucha.

Flandry se echó hacia un lado de la puerta de cristal. A dos metros de altura la puerta estaba flanqueada por ventanas arqueadas. Hizo una señal a Bourtai, acurrucada contra una de ellas, haciendo un estribo con sus manos. La chica saltó sobre el marco, rompió el cristal de la ventana con la empuñadura de la pistola y disparó de nuevo sobre la tropa. Flandry se refugió tras una columna. El resto de los soldados se precipitaron por la rampa de mármol en su persecución. Flandry disparó de nuevo. En aquella posición descubierta, los soldados reculaban hacia atrás, quitándose de la vista de su atacante.

Un varyak irrumpió por la puerta del pasadizo. El soldado que iba a bordo trató de refugiar la cabeza tras los cristales, con los brazos. Flandry le disparó antes de que pudiera ponerse a cubierto. El varyak perdió la dirección yendo a estrellarse contra el umbral, quedando volcado, atravesado en la entrada. El conductor se levantó tambaleándose e intentó disparar al terrestre. Pero Bourtai le alcanzó desde arriba.

Bourtai saltó.

—He tumbado a dos más —dijo—. Otros dos han escapado y andarán por ahí pidiendo ayuda.

—Tendremos suerte, Bourtai —repuso enérgicamente Flandry—. ¿Dónde están las próximas puertas?

—Estarán cerradas. No podremos franquearlas sin destruir antes la cerradura.

—Encontraremos un medio. ¡Pronto! Ayúdame, nos serviremos de esos dos varyaks. ¿Puedes guiar el otro? Sígueme despacio.

Utilizaremos el fuego de las armas delanteras y veremos qué pasa.

Flandry se precipitó sobre las máquinas, sin sentir el frío intenso del jardín. Quitó de las máquinas los cadáveres de sus ocupantes, puso los varyaks en posición de arranque y ocupó uno de ellos. Bourtai le seguía en el otro a corta distancia. Se dirigieron acelerando hacia el paso por el carril de acceso. Hasta entonces el empleo de las armas había resuelto la patética situación en que se hallaban; pero aquello tenía un límite. Dos personas no podrían por mucho tiempo hacer frente a cientos de enemigos. Debían darse mucha prisa por escapar.

Una llamarada alcanzó a Flandry. Instantáneamente se encogió sobre el sillín del varyak para hurtar la cabeza. Se sintió herido en la pierna con un dolor desesperado. Lanzó la máquina a más velocidad y echó un rápido vistazo hacia atrás. Desde ambos lados del paso, la pareja superviviente de los hombres de la patrulla se lanzaban en su persecución.

Hacia adelante, apareció un pequeño puente muy arqueado. Su máquina lo sorteó rápidamente y en el momento de pasar la joroba del puente, de un salto abandonó la máquina, con el estilo de un buen judoka, con los músculos relajados y protegiéndose la cara con un brazo. A pesar de todo, se dio un fuerte golpe en la nariz, ya dañada anteriormente. Por un momento le cegaron las lágrimas que no pudo retener, dejando escapar unas cuantas maldiciones que le sirvieron de expansión. Rápidamente, se ocultó en la oscuridad a lo largo del tendido de la línea de los varyaks.

El varyak quedó tumbado de costado, al abandonarlo. En la confusa luz del ambiente, pasaron los dos guardianes a gran velocidad, sin sospechar la emboscada, y Flandry les abatió, uno tras otro, en el momento de cruzarse a su altura.

Un ruido y un movimiento inusitado se elevaba en toda la zona de los jardines y las murallas del palacio. Las ventanas aparecían iluminadas, encendiéndose hasta los ojos de los dragones de las altas columnas, que brillaban siniestramente en la noche. Flandry se precipitó a despejar el camino, de los tres varyaks sin movimiento, que ocultó cerca de un seto.

—¡Trae las restantes! —gritó a Bourtai.

La joven se aproximaba, trayendo a remolque otras dos máquinas.

—¡Vamos, pronto! Ocuparemos uno cada uno.

Ocultos bajo una roca saliente, parecían un par de sombras. La luz de las lunas de Altai esparcían por el área de los jardines como una niebla de luz cobriza. La gran muralla exterior cortaba brutalmente aquel nimbo de luz, que se transformaba en una completa oscuridad más allá.

—Usaremos los varyaks restantes para hacer saltar las puertas —dijo Flandry—. ¿Podrá ser?

—Tiene que ser —repuso Bourtai.

Con dedos ágiles, la joven dispuso los paneles de control de los varyaks y extrajo de los mismos diversos utensilios y ropas.

—Aquí siempre hay guardadas ropas y cascos de repuesto. Cuando es preciso conducir a larga distancia por la llanura, sin cambiarse de ropas, el peligro de morir por congelación es seguro. Pongámonos el casco por el momento. Más tarde nos vestiremos de forma apropiada.

—No necesitaremos ropas en ningún caso —repuso Flandry— todo lo que tenemos que hacer es llegar al aeropuerto espacial.

—¿Crees que el aeropuerto no estará lleno de gentes de Oleg Yesukai? —observó la joven.

—Es cierto. ¡Por todos los diablos!

Dispusieron rápidamente los cuatro varyaks en fila, uno tras otro, lanzados a toda velocidad hacia la puerta de entrada al recinto real. Ellos ocuparon el suyo correspondiente y siguieron a las máquinas sin piloto por el carril. Tres guerreros bajaban corriendo a través de un sendero, apareciendo un momento iluminados por la luz de los satélites, para desaparecer nuevamente en la oscuridad. No parecieron darse cuenta de la presencia de los evadidos. Las tropas de la guarnición real deberían hallarse en una formidable confusión pensó Flandry. Deberían escapar a toda marcha antes de que aquella histeria se desvaneciera y se organizase una persecución sistemática.

Las grandes puertas de acceso aparecieron a su vista. Estaban protegidas con gruesas barras, destacándose con un blanco mortecino, entre la luz difusa de la noche. Flandry podía observar a los varyaks lanzados como rayos contra las puertas, como resplandecientes meteoros. Los centinelas de lo alto de la muralla, disponían de una excelente puntería y abrieron un rápido fuego contra las máquinas; pero no existían en ellas conductores a quienes abatir.

El primer varyak, se estrelló contra la puerta como una bomba, saltando en pedazos. Flandry creyó oír pasar cerca de su cabeza trozos de metal al rojo vivo, zumbando como proyectiles. El segundo varyak produjo otro terrible impacto y las barras cedieron un tanto. El tercero, al estrellarse abrió una pequeña rendija y el cuarto las abrió de par en par.

—¡Ahora!

A 200 kilómetros por hora, Bourtai y Flandry escaparon como exhalaciones a través de las puertas destrozadas. Aprovecharon los pocos segundos de estupor de la guardia, antes de que siguieran disparando. La máquina de Bourtai estuvo a punto de estrellarse contra los restos de los varyaks amontonados; pero con una increíble rapidez de reflejos, salvó el obstáculo y desapareció por una avenida, una vez cruzada la gran plaza exterior del palacio. Flandry sorteó a su

vez milagrosamente todos aquellos inconvenientes y estuvo a punto de caer fulminado por una descarga que fue a aplastarse unos pasos delante de su varyak. Siguió en la dirección de Bourtai a toda máquina.

Dirigió un vistazo hacia el Norte, pasada la Torre del Profeta, hacia el aeropuerto espacial. Pudo observar sobre él, en la altura, una serie de aparatos que evolucionaban como un enjambre de avispas. Era inútil toda esperanza de alcanzar el acceso a cualquier navío espacial de los betelgeusianos. Igualmente imposible pensar en localizar a Kalak en aquellas circunstancias. ¿Dónde ir, pues, bajo aquel cielo despiadado cuajado de estrellas otoñales?

Bourtai marchaba a medio kilómetro delante de Flandry a toda velocidad, descendiendo por una calle estrecha e iluminada. La dejó servir de guía, concentrándose sombríamente en evitar cualquier accidente. Parecía un faro lejano a quien había que seguir ciegamente, hasta que se hallaran lejos de la ciudad y libres, en la inmensa llanura.

Capítulo IV

EL viento silbaba entre la alta hierba y el susurro se extendía como las olas de un mar a través de kilómetros sin cuento, como si fuera a morir al fin del mundo. Aquel mar de hierba sin fin mostraba los más variados matices. Aquí y allá aparecían de vez en cuando extraños arbustos con sus frutos helados como rojas espigas.

Por encima de sus cabezas, el cielo aparecía como una fría bóveda, muda y despiadada. La estrella Krasna lucía muy baja en el Oeste, casi pegada al horizonte, con su color naranja pálido, sembrando la llanura de luz rojiza y fugitivas sombras. Los anillos del planeta parecían un puente helado, hacia el sur de Altai. Hacia el Norte, el cielo mostraba un tinte verdoso, que Bourtai conocía muy bien como el anuncio de próximas tempestades de nieve.

Flandry estaba agachado en medio de una masa de hierba, tan alta como él. Se puso en pie por un momento y pudo distinguir un navío aéreo despachado, sin duda alguna, en su captura. Se desplazaba por el aire en suaves espirales y Flandry estaba seguro de que los técnicos que lo dirigían trazaban para tal aparato y otros más una sistemática red por todo el planeta. Echó mano de unos binoculares del equipo del varyak y se le apareció todavía muy lejano, apenas como un relámpago metálico. Pero estaba convencido de que emplearían en su búsqueda telescopios, detectores férricos, amplificadores de rayos infrarrojos y todos los medios conocidos por la tecnología altaiana.

Flandry no se hizo muchas ilusiones para escapar por mucho tiempo de la persecución ordenada contra él por el Khan. ¿Dos días planetarios, a lo sumo? Su memoria estaba debilitada. Sólo estaba poseído por un deseo febril: escapar hacia el Norte, siempre al Norte, corriendo en jornadas agotadoras, con la piel destrozada por el viento frío, durmiendo sólo escasos minutos sobre la máquina, alimentándose, mientras rodaba, de la comida del equipo del varyak y deteniéndose el tiempo justo para llenar sus botellas de agua, que Bourtai sabía encontrar, por señales invisibles para él. Se sentía invadido de un dolor atroz, tanto físico como moral.

La llanura era increíblemente vasta. Entre los dos casquetes polares del planeta, la fabulosa planicie cubría casi dos veces el área del terreno firme de la madre Tierra, ya que en Altai no existían mares ni océanos. La hierba no siempre era tan alta como en aquella inmediata vecindad, aunque si lo suficiente para velarles de la vigilancia aérea. Los fugitivos habían rodados por caminos poblados por diversos rebaños de animales, que borraban después las trazas dejadas a su paso. Seguían siempre la ruta trazada por Bourtai, que

tenía el seguro instinto del cazador para saber cómo confundir a sus perseguidores.

Ahora, parecía que la caza estaba próxima a su fin.

Flandry miró a la joven. Permanecía sentada en el suelo, con las piernas cruzadas, con aire impasible. Se veía su tremendo agotamiento en las ojeras que se marcaban en sus bellos ojos. Con las ropas destrozadas, el cabello recogido dentro del casco, podía confundirse con un muchacho. Pero la grasa esparcida en su rostro para protegerse de la dureza del clima hacía que su buen aspecto general no hubiese sufrido gran alteración.

—¿Crees que ese individuo nos habrá descubierto? —preguntó Flandry.

—Todavía no —repuso Bourtai—. Nos hallamos todavía al extremo del alcance de sus detectores. No le resultará tan fácil comprobar cualquier objeto visible bajo su aparato, de los millones existentes por la llanura.

—Entonces... ¿pasaremos desapercibidos y se marcharán?

—Me temo que no —repuso Bourtai turbada—. Las tropas del Khan no son tontas. Tengo idea del sistema que emplean para sus búsquedas. El piloto de ese aparato y sus camaradas seguirán trazando círculos hasta que caiga la noche. La red que están tejiendo hasta ahora es ciertamente para pescarnos en ella. Saben muy bien que si seguimos conduciendo durante la noche, debemos servirnos de los calentadores de nuestros varyaks o moriremos helados. Pero esos calentadores son el mejor punto de referencia para sus detectores de rayos infrarrojos.

Flandry se rascó la barba desesperado.

—¿Qué crees que debemos hacer?

—Debemos quedarnos aquí —repuso la joven sombríamente—. Tenemos sacos para dormir en el equipo de los varyaks. Son suficientes para guardarnos con vida. La radiación de nuestros cuerpos no es suficiente como para delatarnos, a menos que la temperatura baje demasiado, en cuyo caso moriríamos de frío.

—¿A qué distancia crees que nos encontramos de nuestros amigos?

Bourtai hizo un gesto de cansancio y una triste mirada se advertía en sus hermosos ojos.

—No puedo decirlo con seguridad. Se van desplazando bajo el Khrebet a lo largo de la franja del Kara Gobi. En esta época del año, se dirigen normalmente hacia el Sur y creo que no estaremos demasiado lejos de algún ordu de los tebtengri. Pero las distancias nunca son pequeñas en la llanura.

Tras un momento de silencio, añadió:

—La gente del Khan conoce, como nosotros, que la energía que

mueve nuestros varyaks se halla casi agotada. Si sobrevivimos a esta noche, mañana deberemos marchar a pie. En tal situación, pereceremos seguramente por alguna tormenta antes de encontrar ayuda.

Flandry echó un vistazo a los vehículos, sucios de polvo y abollados por aquel terrible viaje. Le parecieron, sin embargo, maravillosamente construidos y resistentes, fabricados con inteligente cuidado y con buenos materiales, especialmente sorprendente en una economía no mercantil. Los aparatos de radio podrían, sin duda alguna, llamar a varios centenares de kilómetros de distancia. Pero a la primera señal, atraerían sobre ellos a los vigilantes aéreos como halcones hambrientos.

Se tumbó sobre la espalda, dejando relajar sus músculos agotados. El suelo estaba helado. Un momento después Bourtai hizo lo mismo, acercándose hacia Flandry hasta juntar su cuerpo en un gesto de completa confianza.

—Si no podemos escapar, bueno, tal es el destino marcado en la eterna pauta del espacio-tiempo —dijo la joven, con más calma de la que había imaginado—; pero si tenemos suerte ¿cuál es tu plan, Orluk?

—Informar a la Tierra, supongo. No, me preguntes cómo.

—¿No vendrán tus amigos a vengarte, si no vuelves?

—No. El Khan sólo tiene que decir a los betelgeusianos que yo, desgraciadamente, he muerto a causa de cualquier accidente, de alguna rebelión, o cualquier otra causa y que he sido incinerado con todos los honores. No le será difícil fingir tal evidencia. Cualquier cadáver mutilado serviría para tal propósito, siendo de mi tamaño aproximado, un humano se parece mucho a otro, especialmente a los ojos de los no humanos. Los betelgeusianos darían esa información a mi organización. Naturalmente, algunos de mis colegas sospecharían algún juego sucio; pero tienen demasiadas cosas en qué ocuparse y la sospecha no llegaría hasta el extremo de disponerse a actuar. Lo más que harían sería enviar, en mi lugar, a otro agente como yo. Y en semejantes circunstancias, el Khan, mientras esperaba la nueva visita, camuflaría muy bien sus instalaciones militares y nada ocurriría. ¿Qué puede hacer, en cualquier caso, un solo hombre contra todo un planeta?

—Tú has hecho ya bastante.

—Pero ya te he dicho que cogí a Oleg por sorpresa.

—Tú podrás hacer mucho más —continuó Bourtai calmosamente —. Por ejemplo, ¿por qué no podrías enviar una carta secreta por medio de los betelgeusianos? Nosotros, los tebtengri, podemos conseguir algún enlace en la ciudad de Ulan Baligh que se ponga en contacto con la aeronave espacial.

—Creo que eso debe estar muy bien previsto por el Khan, para asegurarse que no exista el menor contacto con gentes del mundo exterior. Deberá estar muy seguro y examinar con todo cuidado los géneros que se exportan, antes de abandonar Altai.

—Escribe una carta en el idioma de la Tierra. Nadie podrá entender su contenido.

—Seguramente conseguiría que la tradujeran.

—¡Oh, no! —añadió Bourtai con aire animado—. No existe ningún humano en Altai que conozca, excepto tú mismo, la lengua ánglica. Quizá haya algún betelgeusiano, pero no gente del planeta. El lenguaje de Altai ha evolucionado muchísimo después del último contacto de la principal corriente humana, y no ha existido después ninguna razón para que alguno aprenda el lenguaje original de la Madre Tierra. El propio Oleg lee solamente el altaiano y el principal idioma de Betelgeuse. Lo sé perfectamente porque él mismo lo mencionó delante de mí una noche, recientemente.

Bourtai hablaba del asunto en un tono natural. Flandry comprobó que en aquella cultura no significaba ninguna desgracia haber sido una esclava en un harén.

—Todavía peor —repuso Flandry—. Los agentes de Oleg no permitirían circular ninguna carta que no pudiera ser traducida y tampoco tendrían fe en el betelgeusiano que lo hiciese. No, desde ahora, hasta que supieran que he muerto, no confío en que se permitan la más mínima comunicación con ningún comerciante espacial, ni con ninguna nave cósmica.

Bourtai pareció desfallecer en su ánimo. Repentinamente rompió a llorar desconsoladamente.

—¡Pero tú no puedes quedar sin ayuda! ¡Tú eres de la Madre Tierra!

Flandry no quiso desilusionarla.

—Veremos. Por el momento, vamos a comer alguna cosa.

Sacó del equipaje un trozo de alimento en conserva, que masticó con apetito.

—Esto tiene un gusto parecido al alimento terrestre. Tiene un notable parecido, realmente.

—Pero es que tiene un origen terrestre, Orluk —comentó Bourtai—. Los primeros colonos terrestres hallaron la llanura, virtualmente, como un enorme desierto. Crecían algunas formas vegetales, que resultaban venenosas para los humanos. Todas las demás formas de vida estaban circunscritas a las zonas próximas a los polos. Nuestros antepasados utilizaron procedimientos científicos de genética para las semillas y animales que trajeron con ellos. Se crearon formas adaptadas a las condiciones locales, que se expandieron rápidamente. La ecología terrestre pronto se difundió por el cinturón de los trópicos.

Flandry comprobó con satisfacción que la joven no era precisamente un miembro de una raza bárbara. Realmente allí había una cultura digna de estudiarse… si sobrevivía, lo cual, por el momento, era bastante dudoso.

Krasna, era sin duda, una vieja estrella, derivada del núcleo galáctico hacia un brazo de la espiral de la Galaxia. Después de que los elementos pesados se forman en el interior de las estrellas y se esparcen a través del espacio por el estallido de las «novas» y son acumulados en la próxima generación estelar, las estrellas más viejas carecen, en general, de planetas. Krasna debía contarse entre las más antiguas que los tenían, sin embargo, la vieja estrella y sus planetas eran muy pobres en substancias de mediano y alto peso atómico, lo que incluía también metales de uso industrial.

Siendo más pequeña que el Sol, Krasna había envejecido muy lentamente. En los primeros mil millones de años aproximadamente, su calor interno debió haber proporcionado a Altai una temperatura superficial más o menos como la de la Tierra. La vida protoplasmática habría ido evolucionando en la superficie de los mares. Probablemente las primitivas formas terrestres habrían surgido. La radiactividad entraría en funciones y más tarde el calor residual se perdió en el espacio. Finalmente, sólo el rojizo sol suministraba calor. Altai se fue enfriando. El proceso sería lento, como para que las formas vivientes no se extinguieran, sino que se adaptasen a las nuevas condiciones. Eventualmente se produjo el equilibrio necesario. Altai permanecía helado de polo a polo. Un mundo viejo, ya tan viejo, que una de sus lunas, cayendo en el límite de Roche, saltó en pedazos formando los anillos del planeta, tan viejo, que ya habría superado el estadio de las reacciones atómicas del hidrógeno, pasando a otro estadio de reacciones nucleares. Entonces surgió una época de mayor actividad. Krasna creció en calor y en luminosidad. En los próximos varios millones de años, continuó creciendo en tales gradientes de temperatura y luminosidad que al final de tal período, los mares de Altai, licuados una vez más, llegarían hasta la temperatura de ebullición en razón del camino seguido por Krasna para transformarse en una «nova», permaneciendo en un estadio posterior en la condición de una enana blanca, a partir del cual, la estrella regresaría poco a poco hasta caer en la oscuridad progresiva que marca el final de una estrella.

En aquel momento se encontraba Krasna y Altai. El enfriamiento progresivo de la estrella había escasamente comenzado. Sólo en los trópicos existía la temperatura suficiente para que los hombres —niños realmente de un sistema solar más brillante— pudiesen vivir en duras condiciones. La mayor parte de las aguas del planeta fluyeron hacia el cinturón ecuatorial, para caer en forma de nieve en los polos,

zonas frígidas todavía, abandonando las secas planicies dónde unas pocas plantas luchaban por readaptarse, para ser destruidas más tarde por la invasión de la hierba.

La mente de Flandry, divagando así, recordó el futuro de la Tierra, para abandonar el curso de sus ideas, despertando a la realidad. A su alrededor una brisa helada lo envolvía todo. Pudo darse cuenta, en un momento, de qué forma se sentía helado por aquel terrible ambiente. ¡Y la noche no había llegado aún!

Volvió a sentarse, mascullando su desesperada indignación. Bourtai permanecía sentada en calma. Y tuvo envidia de su fatalismo. Pero Flandry no aceptaba la idea de helarse mientras permanecía encerrado en un saco de dormir, o bien la marcha a pie, centenares de kilómetros, si sobrevivía a las horas de la noche a través de aquella interminable llanura, aterido de frío hasta la muerte por congelación, frío espantoso que iba en aumento, día a día, por la estación otoñal.

Torturó su mente, hasta que en ella tomó cuerpo una idea: el fuego, sí, el fuego. ¡Allí estaba la salvación!

Se puso en pie y volvió a agacharse rápidamente, recordando a sus perseguidores aéreos. Bourtai seguía, con los ojos dilatados por el asombro, el largo monólogo que había sostenido en lengua ánglica. Cuando hubo terminado, ella hizo un signo de religiosa reverencia.

—Yo también he rogado al Espíritu de la Madre, para que Ella nos guíe —dijo la joven.

Flandry sonrió con una extraña mueca.

—Yo no estaba rezando precisamente, querida. No, creo que tengo un plan que poner en práctica. Es una idea alocada; pero... Ahora, escucha.

—¡No! —exclamó Bourtai, cuando él hubo terminado su relato.

La vehemencia de la exclamación, sorprendió a Flandry.

—¿No? ¿Aunque ello sea la salvación de nuestras vidas?

—¿Y lo sería? Yo no veo cómo.

—Bien, no puedo garantizar nada, por supuesto. Aunque en realidad, sí puedo garantizarte, con tal plan, todo un mundo para sobrevivir y un par de patines para seguir deslizándonos por él. Porque si fracasa, no tendré más proyectos que poner en práctica jamás. No hay opción, Bourtai. En cuanto caiga la noche utilizaré mi varyak para prender fuego en un área de varios kilómetros. La hierba está tan seca, que toda la pradera arderá como una cesta de mimbre. Tendremos así una enorme fuente de energía para cubrirnos y para la energía de los varyaks.

—Pero ¿no lo comprendes, Orluk? Precisamente porque la hierba arde con tanta facilidad, un fuego en la estepa es la cosa más temible en Altai. Cualquier trabajo, incluso cualquier lucha, cesa cuando se apercibe cualquier fuego. Cualquier persona está obligada por la ley a

dejarlo todo y a combatirlo. ¿Y tú quieres provocar un incendio deliberadamente?

—Sí, justamente porque me he figurado que esa costumbre, esa ley, es como la has descrito. ¿No lo ves? Los perseguidores del Khan, abandonarán toda búsqueda para dedicarse a apagar el incendio. Supongo que el método usual será el de bombardear el incendio con bombas de espuma desde el aire.

Bourtai afirmó con la cabeza.

—Y bien. Si alguno de los de tu pueblo se halla en las proximidades, lo cual significaría un radio de algunos centenares de kilómetros, teniendo como deben tener aparatos en vuelo permanente, por temor a un raid de las gentes del Khan, al sentirse obligados por la ley común de contribuir a la extinción del incendio, es seguro que enviarían algunos de tales aparatos ¿no es así? Es seguro. Cuando se aproximen, romperemos el silencio de la radio y les llamaremos para que vengan a recogernos. He pensado, que dando tu nombre, lo harán sin duda alguna. Creo que podrían recogernos y escapar ¿no estás de acuerdo? Si se dan prisa. Mientras aparecen, nos escabulliremos al amparo del fuego que utilizaremos para cubrirnos. Una vez rescatados nos alejaremos hacia el Norte, en seguridad temporal, al menos. ¿De acuerdo? Ya sé que la idea depende de diversas circunstancias favorables; pero el éxito no es del todo improbable, ¿no es cierto?

—No, no, porque la Ley de Altai...

—¡Al diablo con la ley! Sólo podremos quemar unos cuantos cientos de hectáreas. En el peor caso un par de miles. A cambio de lo cual el planeta Altai tiene una oportunidad de llamar a la Santa Madre Tierra para su liberación.

Como ella dudaba todavía, Flandry se sonrió. Un rubor subió a las mejillas de Bourtai y sus bellos ojos miraron expresando sus recónditos sentimientos.

Flandry tomó las manos de la chica entre las suyas.

—Yo nunca he despreciado ninguna suerte agradable que se haya cruzado en mi camino. ¿Y quién ha tenido jamás la buena suerte de encontrarse con Bourtai Ivanskaya?

—Pero... no, tú eres un orluk de la Tierra, yo solamente soy...

El resto de sus palabras murieron sin ser pronunciadas, porque Flandry la atrajo hacia sí y la besó apasionadamente.

Momentos después de haberse olvidado de todo, Bourtai murmuraba:

—Como tú veas mejor, Dominic...

Krasna casi tocaba el horizonte, se balanceó como una bola rojiza y temblorosa durante algunos minutos y desapareció. La noche cayó de pronto, cambiando el ambiente con la rapidez de un fuego de artificio. Las estrellas brillaban por doquier, los anillos expandían su

frío resplandor y el viento extendía sus despiadadas garras por la infinita planicie.

Flandry montó en su varyak. Bourtai había construido un largo haz de pajas retorcidas, convertido en una antorcha ardiente que puso en las manos de Flandry. Este arrancó el motor y puso la máquina en marcha. Algunos metros más allá, se inclinó y tocó el suelo. Una lengua de fuego brotó del lugar, elevándose inmediatamente ayudada por el constante viento de la llanura. Flandry conducía en espiral, sembrando el terreno de puntos de fuego. Volvió a buscar a Bourtai que montó a horcajadas en su máquina, silenciosa y entristecida. El fuego se propagaba furiosamente y crecía a una fantástica velocidad. Una gigantesca cortina de luz se elevaba al cielo, ondulante, estallando en millones de chispas de luz como estrellas fugaces. El humo pronto cubrió una enorme área que ocultaba a medias el cielo y los anillos de Altai.

Pronto se aproximó el primer navío aéreo.

Momentáneamente su forma ovoidal se dibujó en el aire coloreado del gigantesco incendio. Flandry creyó llegado el momento de recibir una lluvia de disparos. El aparato pasó zumbando, sin reparar en la pareja. No habrían sido vistos, sin duda. Ellos no resultaban de interés… por el momento.

Bourtai empezó a manipular en el receptor de la radio. Diversas voces se entrecruzaban en la misma longitud de onda, haciéndose audibles a pesar del ruido del incendio.

—…Alló, Ulan Baligh… Nuestra posición es… Unidades de Jagatai… Atención, preparados… Atención… Peligro…

Bourtai continuó buscando en el receptor. El tiempo transcurría demasiado lento, mientras sintonizaba en otra longitud de onda.

—Alló, Noyon, sí, hay un formidable incendio. He visto un aparato kanista sobrevolando… Sí, una flota entera de ellos ha sido registrada en mi pantalla de radar. Un escuadrón demasiado pequeño para detener el fuego. Ellos están pidiendo refuerzos. Creo que podrán contenerlo…

La respuesta llegó desvanecida por la lejanía, mezclada con ruidos de interferencias estáticas; pero llena de orgullo.

—Nadie podrá decir que los Mangu Tuman niega su ayuda contra el enemigo mi mando personal. Habla Arghun Tiliksky.

—¿Debo decir eso, Noyon? Podrían decidir quizá disparar sobre usted por violar la Yassa.

—No lo harán. Cualquier habitante de Altai procedería así. —Y la voz distante añadió—: Además, dudo de que cualquier oficial de un orden en el Tebtengri Shamanate, dejado de hacerlo. Espérenos dentro de media hora. Corto.

«Media hora», pensó Flandry, repitiéndose mentalmente estas

palabras cien veces. Le había impresionado el intercambio entre el rebelde y el piloto khanista. Su acuerdo de tregua había sido breve, formal y frío. Se concentró para permanecer no lejos del fuego, para aprovechar sus radiaciones infrarrojas, sin estar demasiado cerca para ser visto.

El incendio crecía con espantosa velocidad. Toda la llanura estaba iluminada. Pequeños animales pasaban enloquecidos chillando entre las ruedas del varyak. El primer escuadrón para combatir el incendio desde el aire, llegó y sobrevoló la zona, bajo el humo, en una primera pasada. El tremendo ruido reverberó como un cañonazo en la cabeza de Flandry. Se alejaron de su vista y las bombas comenzaron a caer. Donde caía una de ellas, surgía una fuente de espuma blanquecina y el fuego parecía detenerse y desaparecer en un amplio círculo. De una bomba próxima, cayó sobre Flandry un chorro de espuma pegajosa, obligándole a perder unos cuantos minutos en limpiarse las manos especialmente, impulsada por un fuerte viento, aquella inmensa hoguera ígnea parecía inmune a los extintores aéreos.

El escuadrón dejó tras de sí una barrera de espuma. El fuego se detuvo, chisporroteó, se fue debilitando; finalmente destruyó la barrera de espuma y acabó flanqueando el obstáculo. La mano de Bourtai buscó la suya y la apretó fuertemente, mientras se dirigían a través de la vasta extensión reducida a cenizas y ardientes escorias.

—¿No lo decía? ¿No lo decía? —repetía la joven desolada.

Flandry murmuró algo para consolarla.

Las ardientes cenizas saltaban golpeándoles la cara y tapándoles la respiración.

Apareció otro escuadrón procedente de otra lejana estación de socorro. Por el momento, el fuego parecía contenido hacia el Sur y Norte. Pero en dirección Este habían dejado una débil línea de espuma. El primer escuadrón una vez descargadas todas sus bombas, se alejó seguramente para cargar de nuevo. Su lejano zumbido apenas era ya audible por encima del estruendo del gigantesco incendio de la estepa.

Bourtai se irguió en su asiento. Dirigió su mirada hacia el cielo.

—¡Escucha!

Pasados unos instantes Flandry oyó también el ruido. Era el sonido de un aparato a gran velocidad que se aproximaba desde el Norte. Sintió cómo le latía el corazón. La joven, más fría que él, cuando una acción era inminente, operó en el receptor.

—¿Conoces a esa gente de Mangu Turnan? —fue la tonta pregunta de Flandry.

—Sí, algo. Sus gentes y las mías, como todas las tribus tebtengrianas, suelen encontrarse en la feria de Kievska y a veces en otras ocasiones.

Del altavoz surgían órdenes concisas.

—Esta es la frecuencia para llamarles —comentó atenta Bourtai.

Flandry estuvo seguro de apreciar unas extrañas formas pasar rápidamente a través del muro de llamas algunos kilómetros más lejos. Los tebtengri no parecían actuar con la precaución de les hombres de Oleg, sobrevolando desde gran altura. Aquellos tebtengrianos se zambullían valientemente para arrojar sus bombas de espuma. Llevaban a cabo su operación de socorro desviándose desde aquella dirección al horizonte opuesto. La pauta a seguir por Flandry fue formándose poco a poco en su cerebro, por las diversas impresiones recogidas a través del humo envolvente.

—Se dedican a sofocar el frente Este, dejando a las unidades del Khan trabajar en la dirección Norte-Sur —dijo—. Eso significa que para aproximarnos suficientemente y tener la rápida oportunidad de ser rescatados, habremos de aproximarnos al fuego por la parte Este, cuanto antes mejor. No creo que con la fuerza de que disponen ahora necesiten mucho tiempo para acabar su tarea.

Una breve sonrisa apareció en los labios de Bourtai. Se lanzó con su máquina a toda velocidad en aquella dirección. Flandry recibió el impacto de una tufarada de polvo sobre los ojos y la cara. Reaccionó súbitamente escupiendo aquella porquería y trató de seguir con su varyak a Bourtai. Pero la joven marchaba demasiado rápidamente. Apenas podía distinguirla a lo lejos donde se destacaba su silueta contra el resplandor del incendio como un meteoro radiante. Flandry aceleró la máquina que saltaba como un caballo salvaje sobre toda suerte de obstáculos y siguió en la dirección marcada por Bourtai, a través del límite Sur.

Torciendo nuevamente hacia el Norte, se reunieron, conduciendo juntos para cambiar impresiones. La totalidad de aquel horno gigantesco ardía a su alrededor, nubes de polvo y de humo se enroscaban formando fantásticas figuras que se elevaban al cielo en remolinos empujados por el viento, chispas ardientes que saltaban de la hierba que se deshacía en un ruido infernal, lenguas de fuego danzando un ritmo endemoniado, todo aquello formaba un cuadro de pesadilla. La tierra, bajo la acción del fuego, aparecía blancuzca. El bombardeo comenzó de nuevo, una bomba próxima lanzó un chorro de espuma que resultaba pálida en medio de las chispas ardientes del incendio. La rueda delantera del varyak de Flandry tropezó con un obstáculo y estuvo a punto de estrellarse, éste reaccionó rápidamente sacando la tercera rueda de emergencia. Arrancó nuevamente la máquina y elevó la rueda auxiliar; pero en aquellos segundos perdidos, Bourtai se había perdido de su vista. Siguió casi a ciegas. ¿No sería llegado el momento para Bourtai de avisar a sus amigos? Flandry manipuló en los instrumentos del panel del varyak, oyendo

una confusa mezcla de órdenes e informes.

—¡Vamos, chica! —gritó—. No seas tímida. ¡Adelante!

Inmediatamente la voz de Bourtai surgió del receptor.

—¡Atención, hombres del Mangu Turnan! ¡Atención! Llamo a los hombres del Tebtengri en auxilio, ya-u-la, ruego a los hombres libres ayuden a un hombre libre. Yo, Bourtai, hija del noyon Ivan Ogotai, que cayó con los Tumurji en el Encuentro de los Ríos. ¡Ya-u-la! Yo, escapada del cautiverio de Ulan Baligh, me dirijo ahora a lo largo de la parte oriental del incendio de la llanura. Detrás de mí se halla un hombre que procede de la Sagrada Madre Tierra. Os declaro la verdad: él es de la Tierra realmente, es perseguido por el Khan como yo lo soy igualmente. Este Orluk me ayudó a evadirme y él ha venido a liberar a Altai. Enviadnos un aparato y recogednos antes de que lo hagan las hombres de Oleg. Mantendré una señal en esta banda para vuestra guía. ¡Ya-u-la! Ha hablado Bourtai Ivanskaya de los Tumurji.

Flandry lanzó un vistazo sobre su hombro. Si el enemigo había captado la emisión en aquella frecuencia, empleada por los tebtengri, la cosa iba a ponerse divertida.

Un aparato rugió entro la zona invisible por encima de su cabeza y Flandry permaneció atento escuchando con la antena dirigida en aquella posición. El aparato picó hacia abajo hasta volar casi a ras del suelo y de un vistazo Flandry observó el emblema de Oleg en los flancos del navío aéreo. El aparato se dirigía en la dirección de Bourtai.

Flandry aceleró al máximo su varyak y torció hacia la zona más oscura. El navío aéreo tronó disparando una llamarada contra el suelo en la línea que seguía Bourtai; el piloto khanista la había visto. La joven intentó lanzarse en un loco sprint con su máquina, mientras la lanza incandescente volvía a la caza. Flandry convergió hacia ella. Bourtai le vio y trató de hacerle señales con la mano para que se apartase de su camino. Flandry le hizo una rápida señal:

—¡Por aquí! ¡Sígueme!

Otro navío aéreo, más pequeño y con una extraña insignia apareció en escena. Disparó una línea de fuego que se cruzaba con la disparada por el aparato del Khan. En la radio de Flandry surgió una voz irritada:

—¡Lacayo del usurpador! ¿Es así como observas la sagrada tregua?

Ambos cesaron el fuego. Los aparatos giraron uno alrededor del otro, como mastines rabiosos prestos a la lucha o pocos metros de altura sobre el terreno.

—Nada he hecho contra ti ni contra los tuyos —repuso el piloto khanista—. Yo sólo me dirijo contra dos personas fuera de la ley. Permanece quieto o tú mismo habrás roto la paz.

Flandry y Bourtai continuaron rodando velozmente lejos de la escena que acababa de producirse. Sobre ellos descendía un velo de humo que les ocultó de cualquier observación.

—Si esta gente continúa discutiendo —gritó Flandry a la joven—, y mientras los tebtengri pueden oír nuestra señal…

—¡Yeaaah! —gritó salvajemente Bourtai animada por el espíritu guerrero de los de su raza.

Ambos continuaron el sinuoso camino que llevaban entre aquel mundo infernal de humo, fuego y sombras alternadas que les rodeaba. De pronto observó que el varyak de Bourtai se precipitó contra una nube de cenizas ardientes, chocó con algún obstáculo imprevisto, saltó la joven de la máquina hecha un ovillo y rodó por el suelo sobre la hierba chamuscada.

Aquello que había detenido el vehículo, pareció lanzarse contra ella y un rápido vistazo a través del humo, mostró a la vista de Flandry un cuerpo monstruoso, una cabeza gigantesca y unas piernas enormes proporcionadas a semejante talla de gigante. Echó mano de su pistola y acercó su máquina en aquella dirección. La figura diabólica que se inclinaba hacia el suelo buscaba el cuerpo de Bourtai, que yacía sin sentido. ¿Estaba muerta por el golpe o inconsciente?

Flandry hizo bajar la tercera rueda, se detuvo saltó del varyak y se lanzó en ayuda de la joven.

Una mano tan grande como su cabeza le arrebató el arma de las manos.

Flandry intentó defenderse inútilmente. Se sintió cogido brutalmente e inerme como un niño frente a aquel gigantesco monstruo. Rasgando la niebla que les envolvía, dos monstruos más aparecieron y con la facilidad con que se toma un juguete infantil, cada uno de ellos levantó en vilo un varyak sopesándolo mientras se dibujaba en su horrible rostro una mueca espantosa. ¿No aparecería todavía otro navío aéreo de los tebtengrianos?

Dirigió una mirada desesperada en todos sentidos. ¡Sí, por los cielos! Descubrió efectivamente un aparato amigo que permanecía suspendido en el aire, quieto y vigilante. Seguramente el piloto no podría ver bien lo que sucedía allá abajo a través de la cortina de humo casi constante. Flandry se deshizo rápidamente del gigante, en una hábil maniobra de judo y se lanzó en la dirección del aparato de los tebtengri. Pero antes de recorrer unos cuantos metros, se sintió sujeto por el pecho como un muñeco e izado sobre el hombro de la monstruosa criatura. Apareció entonces un cuarto salvaje. Recogió el cuerpo inmóvil de Bourtai con la mayor facilidad y reuniéndose, cambiaron algunas palabras ininteligibles, poniéndose en marcha. Los otros dos salvajes cargaron cada uno con un varyak. Sin duda la radio de la máquina de Bourtai debió romperse y enmudecer, pues

cambiaron algunas palabras, el piloto de los tebtengri no les siguió. Los gigantes se dirigieron hacia el Noreste. Flandry pudo observar, por unos instantes, el navío aéreo amigo sobrevolar inmóvil la zona en que se hallaban y después se elevó rápidamente y desapareció. Unos momentos más tarde, un navío khanista llegó también sobre ellos pero no permaneció tampoco y se alejó.

El humo entorpecía la visión de Flandry. Hasta donde podía ver, observó que estaban siendo conducidos a través de la estepa a buena marcha de los gigantes, a unos diez kilómetros por hora. El fuego ya había quedado atrás difuminándose en la noche.

Los radiadores caloríferos de los varyaks funcionaban todavía, emitiendo constantes ondas de aire caliente que podían mantenerles con vida. Flandry imaginó si aquello tenía ya alguna importancia.

Capítulo V

EN varias ocasiones, los salvajes se detuvieron durante la noche para descansar. A la primera ocasión, procedieron a maniatar a los humanos, atándoles juntos los tobillos y las manos a la espalda. Les dejaron tumbados alrededor de los varyaks contra el suelo helado. Flandry no tuvo otra idea fanática, que poder desatarse las manos; pero a pesar de su entrenamiento en la materia, le resultó imposible. Las ligaduras eran demasiado fuertes. Trató de incorporarse a medias.

—¡Bourtai! —llamó con voz apagada a la joven—. ¿Puedes oírme?

—Sí.

Flandry comprobó con inmensa alegría que la chica se incorporaba a medias también, como él, y medio visible bajo la luz de una de las lunas en fase. La estepa aparecía como un inmenso lago, terriblemente helado y teñido de un leve color rojizo, poblado de misteriosas sombras empujadas por el viento. Bourtai murmuró:

—Dominic… ¿Estás herido?

—Más bien en mi orgullo… Tenía miedo de que te hubieras matado al saltar de la máquina a tal velocidad…

Ella le repuso con buen humor:

—Cualquier chiquillo nómada aprende ese arte.

Trataron de aproximarse uno hacia el otro.

—¿Quiénes son esos gargantúas? —preguntó Flandry.

—Son voiskoye.

Bourtai consiguió aproximarse muy cerca de él, como para que Flandry pudiese observar todos sus gestos.

—Eso no me dice gran cosa, querida, como podrás suponer.

—Son salvajes —continuó Bourtai—. Hace tiempo, en la primera época de Altai, cuando en general todavía prevalecía la confusión y el caos en el planeta, aunque las gentes habían hallado la forma de ir sobreviviendo, una pequeña banda de criminales se dispersó en la estepa, que entonces se hallaba bastante poblada. Encontraron los medios de subsistir. Durante las granjas agrícolas dispersadas y solitarias de la llanura, robando incluso a las mujeres. Los altaianos dejaron el cultivo de la tierra, y los voiskoye se transformaron en cazadores, forma de vida que todavía continúan practicando. No siendo su número muy crecido y siendo la estepa tan grande, los grupos de voiskoye no se molestaban entre sí. Robando o traficando a veces, han ido sobreviviendo y en general no se dejan ver mucho. No podía suponer que existiese una banda por estos alrededores. Seguramente han venido atraídos por el fuego de la estepa, con la esperanza de cazar animales huyendo en estampida en su dirección. Y

así ha sido como nos han visto y…

Bourtai se detuvo emocionada y dejó caer su cabeza contra el pecho de Flandry con abandono.

Flandry olvidó sus preocupaciones y consideró a los gigantes. Había la suficiente luz para observarles detenidamente. Parecían más caucasoides que el resto de los altaianos, probablemente porque sus antepasados eran de aquella raza colonizadora. Se dejaban el negro cabello en una larga melena, cayéndoles sobre el pecho una enorme barba. En sus facciones resaltaba una nariz abultada, unas enormes cejas y en general un aspecto casi acromegálico. Le llamó la atención de nuevo que la mayor parte de su increíble altura —dos metros y cuarto— estaba compuesta por la largura de sus piernas. El torso era más bien rechoncho. Se vestían de túnicas felpudas y ninguna otra cosa, excepto collares de dientes o huesos de animal. Su armamento consistía en hachas de pedernal, boomerangs y cuchillos forjados, sin duda alguna, de los trozos de chatarra que iban encontrando.

Mientras que percibían el aire caliente de los radiadores de los varyaks apenas se daban cuenta del terrible frío de aquellas horas nocturnas en la estepa. Flandry se maravilló de que siguieran viviendo y su mente, a pesar del terrible dolor de cabeza que sufría, comenzó a divagar, intentando representarse la evolución de aquellas extrañas criaturas, en aquel inhóspito planeta. Sí… pudo imaginarse el flujo ancestral de las generaciones de las que procedía la propia Bourtai… Formas animales gigantes debieron aparecer en lejanos períodos de tiempo pasado y desarrollarse, de acuerdo con el medio circundante, hasta invadir, en forma explosiva, grandes áreas de Altai. Este proceso pudo afectar al hombre. No había más que suponer a unas pocas docenas de cazadores de la estepa. Conservando sus descendientes «in situ», para intensificar las características que poseyeran, pero reproduciéndose rápidamente, por ejemplo a ritmo de siete generaciones por siglo y dejándoles a merced de la selección natural. Además del reajuste metabólico de la dieta alimenticia, de la temperatura y demás factores, se obtendría pronto un cuerpo transformado. El tamaño resultaría ventajoso para conservar el calor y para correr ágilmente tras la presa. Bajo tales condiciones, la naturaleza no precisaría de más tiempo, creando una nueva casta de hombres, que el que el hombre necesita para obtener una nueva raza de perros.

La pregunta que bullía en la mente de Flandry tenía que ser hecha:

—¿Para qué crees tú que nos quieren?

—Por el metal de los varyaks, por supuesto.

—Eso es sólo una excusa evasiva, cariño. ¿Para qué «nos» quieren?

Bourtai se refugió contra el cuerpo de Flandry.

—Se dicen que son caníbales.

—Pero raramente encontrados para estar seguro, ¿eh? Bien, todavía no estamos puestos a cocinar. ¡Brrrr! Yo casi daría la bienvenida a una hermosa cacerola calentita… Ven, vamos a calentarnos un poco.

Flandry necesitó animarla para conseguir aproximarla cerca del otro varyak. Aquella pasiva resignación, lo que constituía otro aspecto de una cultura estoica, afectaba directamente a Bourtai. Consiguieron correrse un poco más cerca de la máquina y empezaron a sentir su calor vivificante.

—¡Hum! —murmuró Flandry—. La radio de esta máquina parece útil todavía.

Trató de encontrar la posición conveniente para manipular en ella.

—¡Si pudiese avisar de algún modo a los Mangu Turnan!

Una mano le empujó brutalmente de costado. Una enorme cara de horrible aspecto, le gruñó desde lo alto.

—¡Hey!

Flandry se lamentó:

—No podía suponer que esta gente conociese la radio.

El gigante se puso en cuclillas al lado de Bourtai. Flandry consiguió echarse hacia atrás, hasta alcanzar el dial de la radio, que conectó como en un movimiento casual.

—Esta gente no entiende de máquinas —dijo Bourtai— pero sí saben que las máquinas son peligrosas para ellos. Las pistolas matan, los navíos aéreos vuelan y les persiguen. No tendrás una oportunidad.

—Supongo que no —repuso Flandry con un suspiro de resignación forzada.

Intentó hablar con el salvaje, pero pronto se dio cuenta que el lenguaje voiskoye había derivado demasiado lejos del altaiano. Desesperado y exhausto, pronto cayó en un pesado sueño.

Cuando de nuevo emprendieron la marcha, Flandry convenció por señas al salvaje que les permitiera ir andando, mejor que en forma de un saco de mercancías. Aquello suponía algún descanso. Se cargó con un fardo de comida y agua. Jamás hubo empleado en su vida, tan miserablemente, veinte interminables horas. Llegaron al campamento, poco antes del amanecer. Flandry fue obligado a sentarse en el suelo, donde fue desatado, dejando escapar un suspiro de alivio tras aquella tortura. Apenas podían sostenerle las piernas; pero no dejaba de observar cuanto le rodeaba, con todos sus sentidos bien despiertos.

La hierba había sido arrancada en un gran círculo. Pequeñas tiendas de piel rodeaban aquel círculo, donde emergía un tótem grabado primitivamente con signos cabalísticos, con pigmentos de

arcilla. Varias fogatas ardían en agujeros superficiales y colgadas de palos, se secaban al aire trozos de carne y pieles diversas. Los utensilios eran de barro corriente, para las necesidades de la cocina, habiendo otros fabricados toscamente en madera, piedra y hueso. En general, el campamento tenía todo el aspecto del paleolítico. Sin embargo, dentro de una de aquellas tiendas pudo observar objetos de metal y ropas.

Dos toscas mujeres montaban guardia a los prisioneros. El resto de la tribu, sobre un centenar de adultos y tres veces aquel número de chiquillos casi desnudos, se dedicaron a observar estúpidamente los varyaks. ¡Ah, qué maravilla! Los cuatro cazadores que habían llegado con aquel tesoro fueron largamente vitoreados con el más salvaje entusiasmo, todos danzaron a su alrededor, gritando y gesticulando, haciéndoles obsequios de collares. En el momento cumbre de la fiesta, alguien salió de la tienda principal y pintó los brutales rostros de los héroes de la jornada.

Flandry se dedicó a observarle detenidamente. El médico brujo, o cualquiera que fuese, tenía el aspecto de haber vivido mucho más que sus compañeros de tribu a juzgar por su aspecto y sus arrugas, ya que probablemente los voiskoyes pasaban de los cuarenta años de vida, pues el hambre, los accidentes, la enfermedad y la ventisca helada de la estepa los aniquilaba. Era de tamaño menor y menos fuerte que la generalidad de los voiskoye adultos, aunque sobrepasaba la estatura de un hombre corriente de la Tierra. Se adornaba con abalorios diversos, cuentas de piedras relucientes, tiras de cuero y largas colas de pelo. Mostraba diversas cicatrices en el pecho y la más astuta malicia se reflejaba en sus horribles facciones. Era obvio que había esperado dentro de su tienda y había empezado por recompensar a los héroes, por razones de ritual y de ceremonia. Dirigió una astuta mirada a los cautivos. Cuando finalmente consiguió apartar a la gente de la contemplación de las máquinas para prepararse para el banquete, se aproximó a Flandry con evidente impaciencia.

Mirándole orgullosamente, dijo en un acento de bajo altaiano:

—¿Qué clase de Izgnanniki ser tú?

—¿Qué clase de... qué? —repuso Flandry ya algo recobrado de sus fatigas y volviendo sobre la lengua altaiana. La pobre Bourtai miraba con aire desamparado.

—Tú... dos Izgnanniki. ¿No así? Pastores, gentes de ordu, vosotros llamar así. Nosotros decir lzgnanniki. Ella parecer esa gente. Yo nunca ver gente como tú. ¿Cómo?

—Yo —repuso Flandry con un aire que quiso aparentar impresionante—, yo soy de la Santa Madre Tierra.

El hechicero no aparentó ni aceptar ni desconfiar de aquella respuesta. Una máscara impenetrable parecía extenderse sobre sus

duras facciones.

Por algunos instantes interminables, el gigante miró fijamente a Flandry sin pestañear. Sólo movía una de sus manos a lo largo de su larga barba.

Finalmente y muy despacio dijo:

—Izgnanniki decir sobre Tierra. Decir que hombres venir de estrella con nombre Tierra. ¡Ja! Tú parecer atamoi, extranjero. —Y con un dedo apuntaba a las facciones del extranjero, señalando el cabello, los ojos, la nariz y su piel suave—. ¿Tu nombre?

—Capitán Dominic Flandry, del Cuerpo de Inteligencia de la Armada Imperial Terrestre —repuso, con una entonación de magnífica grandilocuencia.

El voisko se alzó sobre sus pies, y con un hueso raspado que extrajo de un bolsillo, se tocó el pecho y señaló al Sol.

—¡Tú no hacer zaporo! —gritó furiosamente—, ¡Yo matar! ¡Matar ahora! Zaporo para mi. Yo solamente. ¡Nyennekh, nyen nekhs shviska upolyansk!

—¿Qué quiere decir? —preguntó angustiadamente Bourtai.

Flandry sabía que el altaiano, como muchas otras lenguas posteriores a los viajes espaciales, no tenía una palabra para designar el concepto de lo mágico, o expresión parecida.

—Este brujo está en la creencia —explicó a Bourtai— de que ciertas frases y ritos tienen un especial poder para dañar u obtener beneficios. Fíjate, está esperando los hipotéticos efectos de lo que yo he dicho, que debe haber sonado como una potente fórmula para él. Si nos comen, seguramente creerán que ganan con ello las potencias especiales que podamos tener.

Ella pareció volverse más contenta y alegre.

—No zaporo —dijo Flandry dirigiéndose al gigante—. Sólo mi nombre. Vea, nada ha ocurrido. Solamente le he dicho mi nombre.

—Zaporo para mí —repuso el otro, suavizado de cierta manera—. Yo hacer zaporo, buenos para nosotros, malo para enemigos. Yo jefe de tribu. ¿Tú comprender?

De nuevo volvió a su anterior aspecto feroz.

—Si tú no hacer gran zaporo, tú no ser de Tierra.

Flandry se había incorporado, al haberlo hecho poco antes el voisko, sintiendo que había ganado mucha de la fuerza perdida en el agotador viaje hasta la tribu. Se irguió arrogante, apareciendo frente al médico brujo de la tribu sin gran desventaja psicológica.

Se retorció el bigote con parsimonia.

—Bien, yo nunca he dicho que no podía, he dicho solamente que no lo había hecho, en esta ocasión.

—Tú ser cogido como un animal —farfulló el voisko—. ¿Hombres de Tierra ser cogidos como animal? No así.

—Me cogieron por sorpresa —dijo Flandry—. Y naturalmente, sus cazadores estaban llenos de zaporo dado por usted. Yo no estaba entonces lleno de poder, porque habíamos hecho varias cosas de zaporo en el sitio de donde venimos.

Flandry había conseguido, al menos, una interesante demora en los secretos designios del brujo, a quien en cierto modo habían impresionado las palabras del terrestre. Deseaba a toda costa influir en la salvaje mente del voisko la idea de que al mencionar la condición de hombre de la Tierra, tenía que ser manejado con cuidado.

—Mi nombre, Kazar —dijo el jefe—. No verdadero nombre, nombre verdadero ser secreto, para que enemigos no hacer zaporo sobre mí. Kazar ser nombre usar yo. Nombre usar tú, Vlanary, ¿no así? Nosotros hablar.

—¿Y cómo sabe usted lo que dicen los Izgnanniki? —sugirió hábilmente Flandry.

Kazar arrugó el entrecejo.

—Hacer muchos años, cuando yo joven, y ser llamado hombre. Invierno terrible. Muchos morir hambre. Yo ir con padre y otros hombres cazar animales Izgnanniki. Pastores ver nosotros. Disparar escopetas. Muchos voiskoyes muertos. Yo ser capturado. Vivir con pastores tres años. Ellos enseñarme. Llamarse Jahangir.

—Es una tribu que ahora apoya a Oleg Yesukai —comentó rápidamente Bourtai—. He oído hablar de esa gente, que se encuentran en la mayor pobreza que les ha hecho volverse brutales.

Kazar miró sombríamente a Bourtai.

—Jahangir golpear mí. Yo matar y escapar mi tribu. Ahora yo matar Izgnanniki donde poder.

—No a éste —repuso fieramente Flandry, irguiéndose entre él y la joven—. ¿No lo sabe usted? Hay una guerra entre los nómadas. El pueblo de ella está luchando contra la misma gente que capturaron a usted.

—Sí, yo conocer que disparar en la estepa, en cielo. Yo ver Izgnanniki muertos por Izgnanniki armas.

—Entonces, nosotros somos amigos, ¿eh? —aventuró Flandry.

Kazar sacudió la melena como un león.

—No, todos Izgnanniki ser enemigos de voiskoyes.

Flandry comprendió, que sin duda, tenía razón. No valiendo la pena cultivarles como aliados, los salvajes aquellos eran considerados como bichos dañinos y tratados como tales por las dos facciones nómadas.

—¿Conoce usted la radio? —preguntó a Kazar—. Déjeme hablar por radio al pueblo de esta mujer, para que vengan a recogernos. Ellos estarán muy complacidos y les traerán gran cantidad de metal.

Kazar vaciló por un momento. Hasta que, decisivamente, con un

fiero gesto de la mano, rechazó la propuesta.

—No. Izgnanniki oír que nosotros tener aquí vosotros y venir. Nosotros entregar. ¿Ellos dar metal? No así. ¡Ellos disparar!

Bourtai se sintió desesperada y se incorporó repentinamente.

—¿Qué es lo que dice? ¿Quiere usted decir que los tebtengri romperían un juramento? ¿Por qué, rata de piojos, si no sabe lo que significa la palabra juramento?

Kazar se lanzó sobre ella, pasando a Flandry y la empujó brutalmente al suelo. Bourtai rodó como una pelota. Flandry estuvo a punto de intentar estrangular al brujo; pero rápidamente comprendió que aquello no conducía a nada y que cualquier resistencia era inútil y poco inteligente. Acudió en su ayuda incorporándola. La pobre joven se había golpeado en la cabeza, que sacudía dolorosamente. En la sien apareció una mancha que se tornaba azulada por momentos.

—¿Te sientes bien? —le preguntó amorosamente Flandry, sorprendiéndose a sí mismo, en aquel estado de furor mal contenido en que se hallaba, lo ansioso que se sentía por la joven.

Bourtai sacudió la cabeza tristemente. Una o dos mujeres salvajes se acercaron aullando a Bourtai y la rodearon. Kazar las echó hacia atrás con un imperioso gesto de la mano.

—Vosotros, esperar todavía —ordenó autoritariamente.

El terrestre se irguió orgulloso.

—No podrá hacer uso de mi poderío si hace daño a la mujer —rugió—. ¿Comprende?

—Tú ganar quedando quieto y ella quieta. Nosotros dar de comer. O vosotros servir para comer nosotros —añadió como una gracia siniestra en un gesto horrible que trataba de parecer una sonrisa.

—Necesitaremos nuestros sacos de dormir y una tienda.

Kazar movió la cabeza impaciente.

—Mi no engañar. Sacos dormir buenos para niños solamente. Vosotros querer escapar; pero nosotros perseguir pronto. Nosotros buenos para perseguir.

—No tengo la menor duda de eso —dijo Flandry.

El pensamiento de ser rastreado y perseguido por aquella jauría de perros rabiosos y salvajes, le ponía el vello de punta. Si, se hallaban realmente encarcelados.

—Entonces, ¿qué hacer vosotros para voiskoyes? —preguntó impaciente Kazar.

—Gran Dios, déjame pensar, granuja, tengo la cabeza llena de serrín —dijo Flandry en lengua ánglica.

Dirigió una aguda mirada en todas las direcciones del campamento tribal. Si pudiese hacer una llamada de radio, los Mangu Turnan llegarían hasta allí en media hora por vía aérea. Si pudiera llamarles, enviarían, por lo menos, un explorador para investigar. Y

un explorador aéreo con un arma a bordo, tendría a su merced a toda aquella canalla salvaje… ¡Media hora trágica!

—Yo puedo hacer para usted un gran zaporo terrestre —dijo Flandry con empaque—. Buen zaporo. Mucha comida, tiempo calientes, muchos chiquillos y cerveza. Pero me hace falta un equipo terrestre para hacerlo.

La mueca de Kazar mostró unos dientes lobunos, sin duda los voiskoyes evolucionaban hacia una dentadura de caníbales.

—Yo conocer armas que disparar. También radio. Tú venir cerca tus herramientas.

—No he querido decir eso. Pero necesito…

—Tendrás instrumento que necesitar —dijo el jefe—. Pero sólo para cosas yo comprender. Tú nada hacer que yo no entender. Tú decirme qué necesitar y para qué. Si yo comprendo, yo doy.

Flandry le miró hasta el fondo de los ojos. No era la primera vez que constataba que la falta de tecnología en un pueblo no significaba precisamente estupidez. Kazar había ido recogiendo entre los nómadas más astucia de la que pudo figurarse.

—Estoy demasiado cansado para pensar —protestó Flandry—. Déjeme dormir un rato.

—Igual que niño. Izgnanniki ser gusanos. —Kazar ordenó severamente—. Tener comida, después dormir. Después dormir, decirme qué hacer para nosotros.

La idea de convertirse en un almuerzo para los salvajes, si no realizaba algo aceptable para ellos, no le asustaba por el momento. Se hallaba realmente exhausto y agotado hasta lo último. Se enfundó en un saco de dormir, con Bourtai cerca de él en una tienda que le asignaron y cayó en un sueño profundo. Ninguno de los ruidos exteriores le afectaron, Pero su subconsciente estaba muy bien entrenado. Cuando despertó, horas más tarde, lo hizo con un grito. Bourtai le miró con ojos de sorpresa. Flandry la abrazó y la besó.

—¡Nena! ¡Creo que tengo una idea estupenda!

—Y… ¿nos servirá?

—Diabólicamente.

Capítulo VI

KRASNA relucía en las horas del atardecer, como un carbón encendido en un ciclo pálido. El campamento aparecía casi desierto.

Huesos mondados, desperdicios de comida y blancas cenizas esparcidas por todas partes, hablaban de la fiesta celebrada por los salvajes, la mayor parte de los cuales estaban durmiendo bajo sus tiendas de piel. Algunos chiquillos y unas cuantas viejas de la tribu merodeaban recogiendo los restos de la comida y entonando con un murmullo cansino y monótono cantos primitivos. Algunos individuos voiskoyes también estaban despiertos sentados en la tierra con las piernas cruzadas, dedicados a fabricar objetos de pedernal o de madera. Miraban de cuando en cuando a Flandry y a Bourtai con absoluta indiferencia. El porcentaje de inteligencia de aquella gente debía ser muy reducido, sólo Kazar era un tipo excepcional.

Por la puerta abierta de la gran tienda del jefe, Flandry observó en su interior diversos tejidos, objetos de cristal y numerosos restos de pillaje propios de una salvaje civilización. Predominaba el metal, trozos de acero y chatarras cogidas aquí y allá, de armas rotas o abandonadas, utensilios, ornamentos y objetos que deberían ser luego trabajados por los artesanos voiskoyes. Flandry pudo ver a los dos varyaks en lo alto del montón. Uno de ellos estaba ya medio desmantelado.

El jefe apareció en el umbral, haciendo con la cabeza una enérgica señal a Flandry para que entrara en su recinto. Los hombres y los chiquillos habían sido despedidos al exterior.

—Tú venir —dijo invitándole a entrar.

Kazar volvió a su monótona letanía anterior.

—Tú decir ahora qué puedes conseguir para nosotros.

Flandry aceptó. Bourtai se acurrucó a la entrada de la tienda, creciendo su angustia. por momentos. El terrestre sólo tenía una idea fija: hacer lo imposible por devolver la calma, la libertad y la vida a aquella hermosa criatura, encontrada en su vida en tan fantásticas circunstancias. No es que él no deseara seguir viviendo, en cierto modo le resultaría igual de hallarse solo; pero ahora conocía unos sentimientos deliciosos que jamás hubiera sospechado que pudieran existir y que había gustado junto a Bourtai, de la que se sabía profundamente enamorado, por primera vez, en su azarosa vida.

—¿Bien? —gruñó Kazar.

Flandry se dirigió hacia un varyak. Con el panel de control desarmado, todas sus piezas dislocadas, le aparecieron como un enigma desesperado.

—¡No tocar! —chilló Kazar brutalmente, apartándole de un

manotazo de la máquina.

—Mire —repuso Flandry, tan gravemente como le fue posible—, si usted no quiere mi zaporo terrestre, dígalo. Necesito ciertos aparatos. Igual que sus huesos raspados, o las pinturas de su tienda, o las marcas que usted se hace en el pecho. Sólo tendrá que confiarme unos cuantos de esos alambres.

—Primero decir cómo trabajar.

—Muy bien. —Flandry adoptó una postura hierática y dirigió los ojos al cielo—. Nosotros tenemos muchas cosas en la Tierra de gran valor para ustedes. Por ejemplo, ustedes tendrán muchas dificultades para encontrar agua, ¿no es así? ¿Qué hacen ustedes en una estepa seca como ésta, para encontrarla?

—Buscarla en hoyos. Enviar mujeres con sacos.

—¿Por qué no la tienen más cerca del campamento?

—Animales venir a beber. Nosotros acechar cerca cuando animales buscar agua. Mejor estar nosotros lejos en campamento, así enviar hombres para cazar, mujeres traer agua.

—Ya comprendo. Pero sería mucho mejor excavar un gran pozo, un hoyo en el terreno.

Kazar sacudió la cabeza impaciente.

—Nosotros hacer así alguna vez. No poder cavar profundo. No tener herramientas. Cuando creer agua estar cercana, nosotros cavar. Si no estar seguros, no cavar.

—¡Ah! ¡Ajajá! Ya me lo figuraba. Bien, amigos, vuestras penas han terminado. Yo puedo construir una cosa que muestre dónde se encuentra el agua a una profundidad menor que la altura de dos hombres. Agua pura, además, y no la porquería que encontráis por ahí.

Algo parecido al entusiasmo se pintó en el rostro abominable del brujo.

—Si tú no decir verdad, tú morir seguro —prometió Kazar—. ¿Cómo trabajar tu zaporo? Yo tratar zaporo para encontrar agua, hacer mucho tiempo. No conseguir. Tú decir cómo.

—Bien —repuso Flandry tartajeando—. Yo sospecho que usted no conoce la forma correcta de hacerlo. Nosotros, los terrestres, tenemos por anticuada la varilla del zahorí. Tenemos conocimiento de las leyes que gobiernan lo mágico. Así llamamos en la Tierra al zaporo: mágico. Usted sabe que hay diferentes cosas mágicas, las hay para la caza, para la buena suerte, para la salud, para dañar al enemigo y así sucesivamente. Pero realmente sólo hay dos formas, dos clases de magia. Una que consiste en un objeto que ha tocado, o ha sido parte, de otro objeto. Por ejemplo, usted usa un nombre de hombre, parte del mismo, para hacerlo mágico. O mejor todavía, algo de su cabello, sus uñas o su sangre...

—¡No hablar! —exclamó Kazar—. ¡Mujer escuchar!

—No importa. Se lo aseguro, la magia de la Tierra es demasiado fuerte para ser alterada por la presencia de una mujer. En realidad, algunas de las personas mágicas más importantes son mujeres. Bien, esa es una forma de magia, la que llamamos en la Tierra, magia por contacto. Y la otra consiste en trabajar sobre una cosa, usando la apariencia de esa cosa. Por ejemplo, usted ayuda a sus cazadores a capturar las piezas, con lanzas en las que se pinta con arcilla la imagen del animal que se espera cazar después. ¿No es así? Eso es lo que en la Tierra se llama magia por simpatía.

Bastante impresionado, Kazar movía la cabeza con expresivos gestos.

—Tú conocer mucho zaporo. Yo conocer muchos caminos, muchos… ¿cómo ser palabra? Muchos secretos. Pero yo nunca pensar que zaporo siendo dos clases.

—No tiene usted la culpa —repuso Flandry condescendiente—. Usted no ha tenido nunca una educación científica. Muy bien. ¿Cómo podremos encontrar agua? Como no disponemos de parte del manantial de agua que buscamos, tenemos que usar la magia por simpatía. Necesitamos hacer un símbolo, un signo ¿usted comprende? un símbolo del agua y de un hombre que la va buscando. El aparato que necesitaré construir, es el símbolo sobre el cual operaremos. ¿Está claro? Así es cómo trabajaremos. —Flandry se agachó y con un dedo trazó diversos dibujos en el suelo—. Primero construiremos un dibujo del territorio en el cual estamos. Lo haremos con alambres y una plancha de metal, formando aproximadamente un cuadro. Pero en el terreno, en donde exista agua próxima a la superficie, tiene que ser plantado, para que así forme el símbolo buscado. —Y Flandry dibujó una serie de círculos con una flecha a su través—. Esto son brozas y ramitas. —Y señalando a una inductancia variable de la radio del varyak, añadió—: Esto servirá para el modelo que vamos a construir. ¿Ve usted cómo cambia la figura dándole vueltas al dial? Usando este modelo, se ajusta la forma del símbolo que representa al matorral, hasta que esté cerca de la actual forma de cualquier manantial que exista en el área.

—Pero eso pertenece a la radio —dijo Kazar con aire de sospecha.

—Sí, ya lo sé. Pero usted sabe la forma que tiene una radio. ¿Cómo puede una pequeña parte de la radio servir para la función completa de la misma? ¿Puede un hueso ser igual que todo un animal? Use su sentido común.

Flandry dibujó dos pares de líneas paralelas, que se cruzaban en puntos separados.

—Estos dibujos representan las aguas cubiertas por la tierra —continuó—, como son vistas por dos ojos. Así tenemos que proceder

en el modelo que construiremos. —Y señaló a un par de condensadores variables—. Usted mismo puede ver cómo se ajustan a los perfiles locales.

Flandry había procurado detenerse frecuentemente en su explicación, para que Kazar comprendiese tal complicado razonamiento con su reducido vocabulario y probar este o aquel punto a la satisfacción del jefe salvaje. Y en una sinopsis final, continuó:

—¿Qué es, sin embargo, el terreno sin el sol? El omnipotente, el que da la vida, el sol. ¡Ah! Sí, debemos incluirlo en nuestro proyecto. Usted sabe que las pilas del varyak le proporciona su poder, así tomaremos una. No está todavía agotada por completo. Con la ayuda de una bobina, producirá una chispa a través de este agujero, cuando la llave está cerrada. La creación de la chispa es como la salida del sol la vida y la esperanza renacen entonces. Así como el sol hace brotar el agua del suelo, nuestra máquina buscará el agua que hay dentro de la tierra. Y una cosa más. Necesitaremos simbolizar el acto de buscar el agua, por tanto necesitamos la máquina con nosotros. Y haremos correr un alambre corto por la tierra y otro más largo mirando al cielo. El largo, simboliza al hombre vigilando el mundo entero y lo mejor es levantarlo por el aire por medio de una cometa. ¿No sabe usted lo que es una cometa? Bien, dé usted a la mujer algunos palitos y una cuerda larga y fina y algunos trozos de esa ropa y estoy seguro de que ella fabricará una para usted. Por lo que respecta al funcionamiento de la máquina, es cosa bien sencilla. Yo dejaré a la mujer que golpee la llave que controla la chispa. Usted sabe y ve lo que eso significa, por supuesto. Una mujer que maneja los símbolos del sol contribuye al conjunto mágico de las dos fuerzas de la vida. La mujer tiene que controlar precisamente la chispa, ya que deseamos obtener un buen resultado y el agua brotará del terreno, como la leche del pecho de una madre. Yo mismo haré la parte más difícil del trabajo, ajustando las diversas partes de la máquina a la simbólica conformación que necesitamos. Usted podrá volar la cometa. Al cordel de la cometa, hay que añadirle una lámina plana, además del alambre-buscador. Con aquello haremos una. —Flandry indicó un trozo de chapa metálica procedente del panel roto del varyak—. Usted, que estará atento a su función, golpeará fuertemente la chapa, mientras piensa con toda su fuerza en el caudal de agua subterránea que buscamos. Cuando la chapa parezca que está más rígida, entonces es que algo está cerca de ser descubierto y yo puedo leerlo y saber el lugar exacto del manantial, con mis diales.

Después de muchos circunloquios, Kazar captó la idea y convino en que la máquina hidrofílica no era un engaño, sino una construcción maravillosa de los sanos principios del zaporo. Y entonces pareció volverse ansioso para comenzar inmediatamente. Sin embargo, no

dejó de vigilar ni uno solo de los movimientos de Flandry y de inspeccionar cada objeto de los que necesitaba, antes de ser manejados por el terrestre.

La operación tardó pocas horas en ser puesta a punto. Cuando salieron al exterior con aquel chapucero circuito de radio, Bourtai murmuró:

—¿Crees realmente que podremos conseguir algo?

—He supuesto que tú conocerás cualquier código telegráfico empleado por tu pueblo —repuso él quedamente—. Los nómadas tendrán alguno, la voz de la radio no siempre es práctica.

Ella hizo un signo afirmativo con la cabeza, suspiró profundamente y puso la cometa en el aire. Flandry se admiraba de lo graciosa que resultaba Bourtai; pero no disponía de tiempo para su personal admiración por la chica. Tenía que concentrarse en otra cosa, como era la de poner en marcha aquel primitivo aparato telegráfico…

—¡Hacedme sitio aquí! —dijo Flandry con un gesto a los gigantes que le rodeaban. El espectáculo había atraído a la totalidad del campamento, que cuchicheaban entre sí y miraban con la boca abierta de asombro. Ni aun el propio Kazar podía dominarlos, y en un momento dado, Flandry se sintió rodeado de barbas enormes por todas partes.

Bourtai dio el cordel de la cometa al jefe y se echó en el suelo, para manipular el improvisado telégrafo. Cuando la chispa empezó a saltar entre el tableteo originado por el manipulador, poniendo destellos azulados entre las sombras del atardecer, los voiskoyes parecieron afectados de un terror supersticioso. Kazar trazaba signos protectores en el aire.

El manipulador iba marcando con sus golpes, equivalentes a puntos y rayas: «Ya-u-la, hombres libres, ayudad a un hombre libre», con la esperanza de que ningún miembro de la partida del Khan interceptase el mensaje. Tendría que haber algún receptor abierto a la escucha, en cualquier ordu, permanentemente. Pero la energía eléctrica de la batería era débil, casi estaba agotada por el largo viaje del varyak. Y además había los ruidos electrostáticos. Flandry hacia girar el dial en círculos, lentamente. No podía saber las propiedades electrónicas que poseería aquel improvisado y rústico equipo neohertziano. Tenía que ensayar todas las combinaciones posibles, confiando en dar con la frecuencia adecuada.

Un silencio absoluto cayó sobre la tribu. Sólo se oía el repiqueteo del manipulador en manos de Bourtai y el suave chasquido de la chispa y como acompañamiento de fondo, el rumor del aire en la estepa. Kazar sostenía el cordel de la cometa con una mano, mientras que con la otra golpeaba de cuando en cuando la placa metálica añadida. Repentinamente, gritó:

—¡Tulyansk! Mí sentir pinchazo.

—¡Ah, vaya! —aprobó Flandry—. Bien, nunca se esta seguro por la primera vez. Continuemos. Si los diales registran el mismo punto y se repite la sensación da pinchazo en los dedos, entonces es que la máquina está trabajando.

Flandry apuraba todos los recursos de su imaginación, alargando la experiencia, en la confianza desesperada de que las señales emitidas fueran captadas y localizadas. Si es que eran oídas y podían venir…

Todo continuó igual por algunos largos minutos. Pero llegó el momento en que Kazar empegó a cansarse.

—Demasiado largo. Yo sentir lo mismo muchas veces. Tú decir dónde cavar.

—Muy bien —gritó Flandry—. Creo que ya tengo una lectura. Voy a interpretarla.

Y adoptando una cómica apariencia histriónica, para impresionar ni máximo al salvaje auditorio, dijo con voz tenante:

—¡Addissabeba, constantinopla, walla-walla, kalamizo, woomera, saskatún, saskatchewan, topeka! Seguidme —ordenó—, no, mejor es dejar la cometa en el aire. Bourtai la llevará de la mano. Vosotros, acarread el resto de los aparatos.

Kazar dio una orden. Un salvaje entró en su tienda y salió con una enorme pala de largo mango y amplia cuchara de acero.

Flandry les condujo a través de la estepa. La mayor parte de la gente de la tribu les siguió pisándole los talones. Su silencio era más peligroso que los cuchicheos anteriores, Flandry podía virtualmente sentir sus agudas miradas horadándole la espalda. Despacio y haciendo diversas paradas para inspeccionar el terreno, llevó a la tribu un buen trecho hacia el Norte.

Después de un par de kilómetros, Kazar bufó como un toro:

—Tú decir zaporoska encontrar agua cerca. No bueno, si agua lejos.

—No puedo encontrarla donde no está —protestó Flandry con dignidad—. En el futuro, usted podrá escoger sus campamentos cerca del sitio que le indique la máquina. El manantial más próximo está a una pequeña distancia todavía.

Pero ninguno parecía convencido. Tras algunos minutos más, Flandry comprendió que había agotado todos sus recursos y la escasa paciencia de los salvajes. Se detuvo y golpeó el terreno con el pie.

—Aquí.

—¿Aquí? —preguntó desconfiadamente Kazar, inclinándose para recoger un poco de tierra entre los dedos y oliéndola.

—Seco. Mucho seco. Mirar esto, hierba khru crecer en tierra la más seca.

—Usted nunca había pensado en mirar aquí —argumentó el

terrestre—. Lo cual demuestra qué valiosa es mi máquina.

Kazar le miró duramente, se incorporó y dio una orden al hombre de la pala. El gigante empezó a trabajar ardorosamente. Un boquete enorme se abría rápidamente, mientras que los demás bordeaban el sitio excavado. Sus cuerpos descomunales aparecían negros contra el cielo amarillento del crepúsculo, agudizando el olfato en dirección al hoyo. Bourtai mantenía la cometa en el aire, como un estandarte. Después de una considerable espera y de un gran esfuerzo por parte del hombre de la pala, éste habló algo a Kazar.

El jefe dijo con gesto sombrío:

—Terreno muy duro. No señal de agua.

—Todavía no ha llegado a la debida profundidad —dijo Flandry —. Le dije a usted que podía encontrarse a la altura de cuatro hombres, ¿recuerda? De la altura de hombres voiskoyes, naturalmente.

—Tú decir dos —corrigió Kazar. El jefe salvaje aparecía crispado, echando chispas por los ojos cavernosos y las tremendas cejas erizadas —. Yo creer que tu no decir verdad.

—Bueno, existe la posibilidad de que algún mago rival haya contaminado la máquina con un hechizo o pasajero. —Y Flandry procuró tardar algunos minutos más en explicar el sentido de sus palabras—. Necesitaré hacer una nueva invocación mágica para expulsarlo, si ese es el caso.

—Nosotros no encontrar agua pronto, tú morir —conminó Kazar sin rodeos.

Flandry lanzó una mirada desesperada hacia el cielo.

Su piadoso gesto se vio recompensado con la aparición de una chispa brillante hacia la parte norte del cielo. Un brillo metálico aumentaba de tamaño desde lejos. «¡Oh, Señor —pensó— permíteles ver la cometa y que comprendan!»

A los pocos momentos, dominando el propio ruido del grupo, el navío aéreo se hallaba sobrevolando sobre ellos, cuando un volsko gritó salvajemente y avanzó hacia él. Atacados de un loco terror, el grupo de salvajes se dispersó a toda velocidad como una furiosa estampida de bestias por la estepa. Bourtai dejó ir la cometa, comentó a saltar con una loca alegría, se quitó la chaqueta y comenzó a agitaría en el aire.

Kazar tiró por el suelo el circuito transmisor, estregándolo. Se lanzó contra Flandry, rugiendo.

—¡Tú mentir!

El salvaje, trató de agarrar con una de sus manazas a Flandry, que se agachó rápidamente evitándolo. El gigante trató de volverse para atacar de nuevo; pero falló. Bourtai continuaba frenéticamente blandiendo su chaqueta en el aire. Kazar, de un salto, se abalanzó

contra ella, atrapándola fuertemente. La pobre chica se retorció entre las garras del bárbaro y trató de cegarle los ojos con los dedos. Kazar la sacudió brutalmente, dejándola sin sentido. La levantó con una mano tratando de echarle la otra al cuello para estrangularla.

Flandry recoció la pala del hoyo, donde yacía abandonada y corrió hacia el voisko. Le lanzó un golpe con toda su fuerza en pleno vientre y Kazar soltó un bramido de dolor, soltando a Bourtai. El daño sufrido le hizo vacilar un momento; pero se repuso más pronto de lo que pudo imaginarse el terrestre. Lanzó un terrible puñetazo a la herramienta, cuya cuchara saltó volando por los aires, a varios metros de distancia.

Flandry empezó a esquivar la acometida del salvaje, trazando círculos alrededor de Bourtai, para evitar que volviera a atacarla. La joven yacía sentada en el suelo, semiinconsciente. Las pisadas del salvaje se aproximaban peligrosamente tras él. Oyó un bestial bramido. Y casi instantáneamente se oyó un terrible impacto. Oyó desplomarse casi cerca de sus pies aquella mole salvaje que le perseguía a muerte. Se volvió y contempló atónito la colosal figura de Kazar deshecha horriblemente en el suelo. Una terrible quemadura le había hendido el cuerpo, desde el hombro hasta la cintura. El navío aéreo les sobrevolaba entonces a pocos metros de altura. Un nómada estaba asomado a una de las puertas del aparato, blandiendo en una mano un fusil de rayos iónicos.

—¿Le alcancé? —gritó.

Flandry se inclinó sobre Kazar.

—Sí —repuso—. Está muerto. Pobre bastardo, no podía imaginarme que acabara esto así.

—¿Fue usted el que lanzó la llamada de socorro? —preguntó de nuevo el nómada.

—Sí —repuso Flandry, ayudando a Bourtai a levantarse—. Aquí estamos. Pero, ¿quién os usted?

—Pertenezco al Mangu Turnan. Acérquense. Voy a tomar tierra y a recogerles. Lo mejor es que nos demos prisa. Este territorio está lleno de ordus del Khan. Y si nos atrapan… —Y el nómada hizo un gesto bien expresivo, pasándose un dedo alrededor del cuello, mientras emitía con la garganta un chirrido que expresaba, por sí solo, un hecho bien concreto.

Capítulo VII

ARGHUN Tiliksky adelantó la cabeza frente a la concurrencia. Un rayo de sol penetrando por una pequeña ventana de la kibitka, iluminó plenamente sus facciones, contra la penumbra de la habitación. Los otros hombres, que se hallaban sentados en el suelo, con las piernas cruzadas, parecían servirle simplemente de fondo, como en un decorado.

—Su hazaña ha sido cosa del diablo —declaró—. Nada puede justificar el haber pegado fuego a la estepa. Nada bueno resultará de todo esto.

Flandry le estudió profundamente. Este Noyon de los Mangu Turnan era muy joven, aun para aquellos tiempos en que los tebtengri alcanzaban una edad avanzada. Y era además, sin duda, un guerrero galante y arrojado, como cualquiera podía testimoniar, sobre todo en la noche del incendio de la llanura. Pero, en cierto aspecto, era el equivalente local de un mojigato.

—El incendio no causó ningún gran daño, ¿no es verdad? —preguntó el terrestre, con moderación, en la voz.

—Y el motivo bien justificó el acto —afirmó enérgicamente Toghrul Vavilov, GurKhan de la tribu. Se acarició la barba y cambió una inteligente mirada con Flandry—. Yo sólo lamento que falláramos en rescatarles inmediatamente.

Uno de los jefes visitantes, exclamó:

—Su noyon se aproxima a la blasfemia, Toghrul. ¡Sir Dominic es de la Tierra! Si un señor de la Madre Tierra desea provocar un incendio por una u otra razón, ¿quién puede denegárselo?

Flandry se sintió orgulloso hasta enrojecer; pero permaneció impasible y digno.

—No pudo ser de otro modo —dijo—. No tenía otro plan mejor que realizar.

—Así, el Consejo ha sido convocado —añadió Toghrul Vavilov, pomposo y redundante—. Los jefes de todas las tribus aliadas con la nuestra deben oír lo que este distinguido huésped tiene que relatarnos.

—Pero… ¡el fuego! —insistió Arghun.

Todas las miradas se dirigieron entonces hacia un anciano sentado bajo la ventana de la kibitka. El cuerpo frágil y enjunto de Juchi Ilyak, estaba forrado literalmente de gruesas pieles. El Gran Shaman, se acarició unos momentos su blanca barba y con penetrante mirada, se dirigió a la concurrencia:

—No es esta la ocasión para disputar sí los derechos de un hombre de la Santa Tierra se han excedido de la Yassa por la cual vive Altai. La cuestión es más bien esta: ¿cómo deberemos proceder para

enjuiciar tales argucias legales en una próxima ocasión? ¿Qué nuevo derecho fijaremos para sobrevivir en el futuro?

Arghun sacudió su cabellera negro-rojiza.

—El padre de Oleg —dijo— y la totalidad de la dinastía de Nur Bator, antes que él, trató de conquistar el Tebtengri. Pero todavía seguimos dominando las tierras del Norte. Y no creo que esto pueda cambiar de la noche a la mañana.

—¡Oh! Pero sí puede ocurrir —repuso Flandry suavemente—. A menos que se haga algo pronto, sí que puede ocurrir.

Echó mano de uno de los cigarrillos que le quedaban y se adelantó para que la luz iluminara sus propias facciones. Sus grandes ojos grises y la larga y afilada nariz, eran algo por demás exótico en el planeta y causaban una cierta impresión.

—Déjenme resumir su situación tal y como yo la entiendo —continuó Flandry—. A lo largo de toda su historia, los altaianos han usado el poder de la química y han almacenado la energía solar. Los únicos generadores nucleares que existen han estado emplazados en Ulan Baligh. Las guerras intestinas que ha sufrido Altai han confinado también las armas de energía eléctrica y química a su mínima expresión. La economía del planeta no podrá sostener una guerra atómica aun en el caso de que los feudos y las disputas fronterizas que comenzaron tales disturbios, valieran la pena de tal destrucción. Hasta aquí, ustedes los Tebtengri, siempre han sido lo suficiente fuertes militarmente, para conservar y mantener las tierras del Norte. Aunque el resto del planeta se aliara contra ustedes, no serían capaces de aportar bastante fuerza para arrojarles de esta zona de pastos subárticos ¿estoy en lo cierto?

Todos convinieron con Flandry afirmativamente, con diversos gestos. Flandry continuó:

—Pero tal situación ha sido ahora alterada. Oleg Khan está consiguiendo ayuda desde el exterior de este planeta. Yo he visto con mis propios ojos muchas de sus nuevas armas. Aparatos potentes y modernos que pueden alcanzar a ustedes aquí mismo, o que pueden subir más allá de la atmósfera para caer como un rayo en cualquier parte, carros de combate, cuya armadura no pueden perforar sus mejores explosivos químicos, proyectiles que pueden devastar un área tan vasta, que ninguna forma de dispersión podría salvar a ustedes. Por el momento, la ayuda conseguida de equipo moderno de tales características no es muy grande. Pero llegará mucho más, dentro de los próximos meses. Cuando Oleg tenga lo suficiente para aplastarles, lo hará. Y lo que es peor, desde mi punto de vista, es que tendrá aliados que no son humanos.

El consejo se estremeció impresionado. Sólo Juchi, el Gran Shaman, permaneció en calma, observando a Flandry con mirada

impasible. Una pipa de arcilla entre sus manos enviaba un humo acre hacia el techo.

—Nosotros también tenemos amigos que no son humanos —dijo serenamente—. ¿Quiénes son esas criaturas que Oleg ha invocado?

—Merseianos —repuso Flandry—. Son gentes de otra raza imperial, de un mundo lejano y los humanos se encuentran también en el sendero de sus ambiciones fabulosas de dominio. Desde algún tiempo a esta parte, hemos ido coexistiendo, con una paz nominal, al menos; pero actualmente están asesinando, cometiendo toda clase de brutalidades, subvirtiéndolo todo. Tratan de hallar un punto débil para su conquista. Han decidido que Altai resultaría una base extremadamente útil para sus designios. Una invasión abierta sería costosa, especialmente si la Tierra tuviese noticias de una operación tan masiva y se interfiriese probablemente. Pero hay una sutil aproximación, de la cual Altai desea a toda costa que la Tierra no tenga la menor noticia. Los merseianos abastecerán a Oleg con suficiente ayuda para que pueda conquistar la totalidad del planeta. A cambio, una vez conseguido, dejarán sus técnicos tranquilos. Los altaianos se verán obligados a servir como esclavos y a morir reventados de trabajo forzado para construir sus fortalezas militares. Todo este mundo se convertirá en una gigantesca red de instalaciones militares, y entonces, sólo entonces, los merseianos vendrán, porque ya será demasiado tarde para la Tierra.

—¿Conoce el propio Oleg todos esos planes? —preguntó Toghrul con aire preocupado.

Flandry se encogió de hombros.

—No del todo bien, supongo. Oleg Yesukai confía en que va a realizar un buen negocio. Como otros tiranos marionetas, se despertará una mañana y verá que las riendas que maneja le habrán amordazado a él también. Ya he visto ocurrir eso otras veces en muchos otros sitios.

Toghrul se retorció nerviosamente los dedos.

—Le creo a usted —dijo—. Nosotros tenemos indicios, hemos oído algunos rumores, conseguido retazos de informes procedentes de viajeros y espías. Lo que usted nos dice ahora viene a añadirse y a aclarar algo este secreto rompecabezas. Pero, ¿qué podemos hacer? ¿Podremos avisar a los terrestres?

—¡Sí, sí, llamar a los terrestres, avisar a la Madre de los Hombres! —gritó a coro el Consejo.

Flandry sintió cómo la pasión surgía en aquellos guerreros veteranos que tenía a su alrededor. Sabía también que los tebtengri menospreciaban la religión de Subotai el Profeta, una de las razones principales por las que las tribus del Sur les eran hostiles. Este pueblo se había formado su propia religión, como una especie de panteísmo

humanístico. Flandry no quiso explicarles lo que la Tierra era a tal respecto en aquella ocasión. Más valía que creyesen que todos los terrestres eran héroes o santos, con su idea retrospectiva e idealizada de la Santa Madre Tierra. Y desde luego, no se atrevió a hablarles de sus emperadores imbéciles y megalómanos, de aristócratas sin escrúpulos, de las ciudades desleales, de tanta gente servil y deshonesta y de los vicios tradicionales del Imperio. Era infinitamente mejor que aquellos bravos guerreros conservasen su santo amor por la Madre de los Hombres.

—La Tierra está de aquí mucho más lejos que Merseia —explicó Flandry—. Aun la base más cercana nuestra está más distante que la más próxima suya. No creo que haya muchos merseianos en Altai en este momento; pero seguramente Oleg dispone de un rápido navío espacial para informarles si algo va mal. Supongamos que pudiésemos informar de tales hechos a la Tierra y Oleg tiene conocimiento de ello. ¿Qué imaginan ustedes que haría? Todos lo sabemos. Oleg enviaría inmediatamente un aviso a la base más cercana de los merseianos. Yo sé que hay una gran fuerza militar estacionada allí permanentemente y dudo mucho de que los merseianos abandonen tontamente sus inversiones realizadas en Altai. Desde luego, despacharían rápidamente su flota interplanetaria hacia Altai, barrerían los territorios de los tebtengri con bombas nucleares y los exterminarían para siempre. Y cuando otra flota terrestre pudiese llegar a Altai, los merseianos se habrían hecho los amos absolutos del planeta. La más dura tarea en una guerra espacial es desalojar un frente enemigo bien atrincherado en un planeta. Bajo las presentes circunstancias logísticas, ello puede resultar imposible. Pero aunque pudiese venir rápidamente, alterando el horario de operaciones de los merseianos y los terrestres atacaran con terribles bombas nucleares, Altai se convertiría en un desierto radiactivo, como fatal consecuencia de semejante proceso.

Un silencio absoluto reinaba en el Consejo. Los componentes de la reunión se hallaban profundamente afectados y miraban hacia Flandry con el horror que él había visto ya antes y que se le comunicaba a sí mismo. Flandry continuó imperturbable.

—Así pues, el único objetivo racional, para nosotros, por el momento, es enviar un mensaje secreto. Si Oleg y los merseianos, no sospechan que la Tierra conoce sus proyectos, no se darán prisa. En lugar de Merseia, debe ser la Tierra quien llegue repentinamente, fuertemente armada, ocupe a Ulan Baligh y establezca emplazamientos subterráneos y puentes de defensa orbitales alrededor del planeta. Bajo tales condiciones. Marseia no pensará en luchar, en absoluto. Descartaría, desde luego, a Altai de sus propósitos. Yo conozco su estrategia básica, lo bastante para predecir que esto

ocurrirá con absoluta certidumbre. Y como ustedes comprenderán, no volverán a encontrarse en condiciones de hacer de Altai una base ofensiva contra la Tierra, ni la Madre Tierra la usará tampoco como base de agresión contra ellos.

Arghun se levantó. Entusiasmado y radiante, gritó:

—¡Entonces la Tierra nos poseerá! ¡Volveremos de nuevo a la gran familia humana!

Mientras que los tebtengri exteriorizaban su satisfacción con tal esperanza, Flandry fumaba otro cigarrillo pensativo. «Después de todo —pensó— un estado provincial no tenía porqué alterar demasiado las vidas de los altaianos. Habría una base militar, un Gobernador imperial, una paz forzada entre las tribus y unos impuestos razonables. Y podrían vivir mejor. El tener prosélitos en otro sentido, no era de gran valor para el Imperio Terrestre.»

Juchi, el Gran Shaman, habló con tono reposado y penetrante:

—Guardaremos silencio. Necesitamos sopesar qué es lo que debemos hacer.

Flandry aguardó unos momentos, hasta que después de un prolongado silencio, pudo continuar el examen de la situación.

—Esta es la gran cuestión. ¿Tienen ustedes algo más que preguntarme? —inquirió.

—¿Qué hay de los betelgeusianos? —preguntó Toghrul sordamente.

—Dudo que podamos conseguir enviar nuestro mensaje por su mediación —repuso uno de los gurkhans. Si yo fuera Oleg, el Maldito, pondría una guardia alrededor de cada individuo betelgeusiano, así como en cada navío espacial de esa gente, hasta que el artículo que sale del planeta, cada piel, cada peligro, desapareciera. Inspeccionaría cada objeto, en fin cada uno de los artículos que se exportan, antes de ser cargados.

—Yo, en su lugar, creo que avisaría en el acto a Merseia —sugirió otro de los jefes.

—No hay que temer eso —continuó Flandry—. Estoy seguro de que los merseianos no desean acometer por sí mismos tan azarosa tarea, como sería la ocupación inmediata de Altai, a menos que estén seguros de que la Tierra tiene conocimiento de sus proyectos. Tienen demasiados asuntos que resolver en otros lugares de su Imperio.

—Además —apuntó Juchi—, Oleg tiene orgullo. No cometerá la tontería de ponerse en ridículo ante sus amos, pidiendo socorro urgente, simplemente porque un fugitivo se ha extraviado en el Khrebet.

—De todos modos —intervino Toghrul— él sabe cuan imposible es para el Orluk Flandry deslizar un informe al exterior. Aquellas tribus que no pertenecen a nuestro Shamanate podrán estar

disconformes con Oleg; pero nos aborrecen mucho más a nosotros, que traficamos con los Habitantes del Hielo y nos burlamos de su estúpido Profeta. No conseguiremos ayuda alguna de ningún meridional. Pero aun suponiendo que alguno consiguiera pasar nuestro mensaje en una piel, o deslizando una misiva escrita en un fardo, o microescribirlo en una gema y consiguiese burlar a los inspectores de Oleg, el cargo, con el mensaje, bien podría quedarse esperando meses enteros en un almacén cualquiera de los betelgeusianos antes de que casualmente se reparase en él.

—No disponemos de muchos meses antes de que Oleg arrase este país y lleguen los merseianos —concluyó Flandry sombríamente.

Esperó todavía un poco más observando las más diversas opiniones de los jefes del Tebtengri, planeando proyectos impracticables todos ellos. Cansado, se levantó.

—Necesito un poco de aire fresco y una oportunidad para pensar algo interesante —dijo.

Juchi movió gravemente la cabeza. Arghun se levantó también.

—Yo también me voy.

—Si es que el terrestre desea tu compañía —dijo Toghrul— puedes mostrarle nuestro ordu, ya que vino desde su lecho directamente a esta conferencia.

—Gracias —repuso Flandry con aire ausente.

Salió al exterior bajando una pequeña escalera. La kibitka en donde habían estado reunidos, era un enorme vagón rodante. El espacio estaba distribuido austeramente, como un cuartel. En el techo, como en el de los demás vehículos grandes y pequeños, tenían instalados unos colectores de energía solar, dirigidos permanentemente hacia Krasna. Con grandes acumuladores, así cargados, disponían de la reserva de fuerza eléctrica necesaria para su vida nómada. Tales hechos daban a aquel pueblo errante el aspecto de una inmensa manada de tortugas esparcidas por las colinas.

El Khrebet no tenía una gran extensión. Estaba formado por una serie de laderas pobladas de matojos espinosos gris-verdosos y de hierbas secas, que ascendían hacia el Norte, donde quedaban sepultadas en alguna parte más allá de aquel horizonte, bajo la capa glacial de los hielos eternos. Un viento helado silbaba casi constantemente hacia el Sur, haciendo temblar de frío a Flandry, a pesar de su pesada ropa de buenas pieles que le habían confeccionado a su medida. El cielo estaba aquel día muy pálido, casi blanco. Los anillos del planeta aparecían muy bajos y se desvanecían en el Sur, por donde las colinas iban a morir en la estepa.

Hasta donde Flandry pudo alcanzar con la vista, los escuchas del Mangu Turnan montaban una guardia permanente, servicio encomendado a chicos jóvenes montados en varyaks. No había ganado

mayor. Los grandes mamíferos de la Tierra no habían podido ser fácilmente llevados a otros planetas, los roedores eran más resistentes y más adaptables. Los primeros colonizadores llevaron conejos, que cruzaron y mutaron con el empleo de los usuales métodos de la genética de la época.

Aquel antepasado lejano, difícilmente lo habría reconocido en aquella enorme bestia casi del tamaño de una vaca. Parecían más bien gigantescos conejos de Indias de color castaño. Por separado, también pudo observar Flandry grandes manadas de avestruces transformadas.

Arghun señaló con un gesto de orgullo:

—He ahí la kibitka con las escuelas y la biblioteca del ordu —dijo —. Esos chiquillos sentados en el suelo, cerca de ella, están aprendiendo el alfabeto.

Aquello no sorprendió a Flandry, pues ya se imaginaba que no podrían ser iletrados todos aquellos que conducían los vehículos mecanizados, ni los pilotos que gobernaban los aparatos voladores negagrav (basados en la antigravitación) y que constantemente patrullaban sobre sus cabezas. El nomadismo era perfectamente compatible con una elevada educación. Con microimpresiones, se podían llevar miles de volúmenes a lo largo de sus viajes.

Arghun señaló hacia los grandes vagones rodantes, muchas veces organizados en trenes y que les servían de arsenales, clínicas, almacenes de maquinaria y pequeñas factorías textiles y de cerámica. Las familias pobres no tenían kibitka; pero se acogían en los yurts, tiendas de grueso fieltro en forma de cúpula montadas sobre plataformas motorizadas. Pero nadie parecía enfermo ni hambriento. No era una nación empobrecida que arrastraba sus ruinas en una caravana rodante, sino su necesaria forma de vivir adaptada al medio. Y todos los componentes de la gran tribu, hembras o varones, constituían cada uno de ellos una unidad militar, civil y económica, y para ello eran debidamente entrenados. Todo el mundo tenía que trabajar y combatir. Aunque existiese un tipo desigual de riqueza, nadie iba sin lo necesario.

—¿De dónde proceden los metales que emplean? —preguntó Flandry.

—Los terrenos de pastoreo de cada tribu incluyen también algunas minas —repuso Arghun—. En nuestro ciclo anual con los rebaños, empleamos en ellas algún tiempo, excavando y fundiendo los minerales. En muchos sitios del circuito, recolectamos grano semisalvaje sembrado el año anterior. También extraemos petróleo de pozos, que se trata y refina en plantas robots. Lo que no producimos nosotros, lo cambiamos o adquirimos de otros que lo tienen. La principal razón de que el Tebtengri haya sobrevivido tanto tiempo, a despecho de la oposición que ha sufrido, es que entre sus variadas

tribus cuenta con todos los recursos naturales en sus tierras circunpolares. De hecho, en el Khrebet radica uno de los pocos yacimientos, realmente ricos, de mineral de hierro de todo Altai.

—Parece una vida virtuosa la que llevan ustedes —sugirió Flandry.

El ligero humor de su observación no escapó a Arghun que se apresuró a responderle:

—¡Oh! También tenemos nuestras diversiones, Orluk. Fiestas, deportes, partidas diversas, las artes y la Gran Feria de Kivka, donde se reúnen las tribus y… —Arghun se detuvo súbitamente.

Bourtai se aproximaba paseando. Flandry pareció sentir el aislamiento de la joven. Las mujeres, en aquella cultura, no eran muy inferiores al hombre. Bourtai podía ir donde quisiera, siendo además considerada como una heroína por haber traído hasta ellos al terrestre. Pero su clan había sido exterminado y aún no se le había asignado ningún trabajo a realizar.

Bourtai vio a los dos hombres y corrió hacia su encuentro.

—¿Qué ha sido decidido? —preguntó ansiosamente.

—Nada todavía. —Flandry tomó sus manos entre las suyas. Ahora que se hallaba en calma, apreció el gran atractivo de Bourtai. Sonrió con abierta simpatía—. Desde hace muchos años he vagado por el mundo, esperando encontrar lo que tú representas para mí. Ahora que lo he hallado, mis esperanzas están bien recompensadas.

Una fuerte emoción se reflejó en las bellas facciones de Bourtai. Ella no era locuaz por naturaleza. Bajó la mirada y murmuró:

—No sé qué decir…

—No necesitas decir nada. Sólo ser como eres.

—Yo no soy nadie. La hija de un hombre muerto, mi dote perdida hace tiempo y tú eres un Orluk de la Madre Tierra… ¡No está bien, no es justo!

—¿Crees que importa tu dote? —intervino Arghun. Y en su voz se delataba un violento esfuerzo.

—¿Han hablado ustedes dos? —inquirió Flandry.

—Sí. Estuvimos hablando un buen rato esta mañana —repuso Arghun con rigidez.

Arghun procuró esconder su gesto de dignidad tras una máscara impasible. Flandry le miró largamente y se encogió de hombros.

—Vamos; será mejor que volvamos al Kurultai.

Flandry no soltó a la joven, sino que puso su brazo bajo el de Bourtai. Ella anduvo silenciosamente y a través de sus atavíos Flandry comprobó que la chica temblaba ligeramente. El viento, silbante, revolvía su negra cabellera.

Cuando estuvieron cerca de la kibitka del Consejo, se abrieron sus puertas y apareció Juchi Ilyak en pie, inmóvil y majestuoso.

—Orluk —dijo a Flandry—, quizá exista una buena solución para todos nosotros. Al menos, buscaremos otro sabio consejo. ¿Se atrevería usted a venir conmigo al Pueblo Helado?

Capítulo VIII

TENGRI Nor, el Espíritu del Lago, estaba situado muy lejos hacia el Norte. Cuando Flandry y Juchi descendieron de su aparato aún era de día, aunque los anillos del planeta eran invisibles desde allí. En la noche, según dijo el Shaman, se notaría como un débil resplandor apreciable a medias sobre el horizonte meridional. Krasna aparecía como el ascua rojiza de un rescoldo ardiente y los campos nevados aparecían teñidos de rojo. A medida que el sol se ocultaba hacia las sombras, un velo púrpura se deslizaba de un ventisquero a otro.

Flandry no había jamás conocido semejante quietud, ni aun en el espacio, en los vuelos siderales en que siempre se nota, al menos, el leve zumbido de la maquinaria, que sirve como referencia para saber que se está vivo. Allí el aire parecía helar hasta los sonidos. Las bocanadas de viento procedentes del polo soplaban suavemente arrastrando con ellas finísimos cristales de hielo que resplandecían y se deslizaban sobre los bancos de nieve, tan calladamente que no podía oírlo. Forrado hasta la exageración de buenas pieles, y con la cara embadurnada de una capa grasienta para protegerse de aquella fría atmósfera, sentía que su propia respiración se le helaba en el rostro. Le pareció extrañamente que podía oler el lago; pero sin estar seguro. A ninguno de sus sentidos terrestres podría darle mucho crédito en este terrible lugar invernal.

Con un inesperado vozarrón, que sonó como un disparo, dijo:

—¿Saben que estamos aquí?

—¡Oh, si! Desde luego. Conocen nuestra ruta y muy pronto se reunirán con nosotros —repuso Juchi.

El Gran Shaman miró hacia el Norte, a las ruinas que se hallaban en pie en las márgenes del lago. La nieve escondía a medias unos enormes muros de mármol, blanco sobre blanco, donde la luz crepuscular parecía sangrar a través de las destrozadas columnatas. El aliento del Shaman empezaba a quedársele helado en la barba.

—Supongo que reconocerán las insignias de nuestro aparato —dijo Flandry—. Porque ¿qué pasaría si el Kha Khan enviara un aparato disfrazado?

—Eso ya ha ocurrido un par de veces, en tiempos del padre de Oleg. Sus aparatos fueron detenidos mucho antes de llegar hasta aquí, en el Sur, por algún medio desconocido. Los Habitantes del Hielo están siempre alerta.

Juchi levantó los brazos y empezó a hacer extraños aspavientos con la cabeza echada hacia atrás y los ojos cerrados, mientras una misteriosa letanía brotaba de sus labios, como un suave canto.

Flandry no tenía idea sobre si el anciano invocaba algún rito

supersticioso, practicaba alguna cortesía ritual o hacía señales a las gentes del glaciar. Había visto demasiadas cosas raras en su vida. Esperó, mientras abarcaba con la mirada aquel fantástico panorama.

Más allá de las nieves, hacia el Oeste, a lo largo de la ribera del lago, crecía un bosque. Un bosque de árboles blancos y endebles, con un intrincado ramaje de singular disposición geométrica, que brillaba con luminosos destellos, como si fueran joyas. Sus tenues hojas vibraban continuamente, dando la sensación de que toda la floresta fuese de cristal. Flandry nunca había visto un paisaje en la Naturaleza en semejante quietud. La nieve, entre aquellos fulgurantes troncos, estaba tapizada por otras plantas grises y achaparradas. Las rocas que surgían aquí y allí estaban casi borradas bajo tal vegetación de líquenes. Si el lugar no fuese tan frío, aquello hubiese sugerido una rica vegetación tropical. El lago se perdía de vista con su color azul pálido entre los bancos de nieve. Conforme la tarde se cernía sobre las aguas, la neblina que flotaba sobre el lago se volvía blancuzca.

Juchi le había explicado la base químico-biológica de la vida polar en Altai. Originalmente protoplasmáticas y terrestroides, las formas originales se vieron obligadas a adaptarse en edades pretéritas a la temperatura progresivamente decreciente. Lo habían hecho así mediante la sintetización del metanol. Una mezcla a partes iguales de agua y metanol permanecía fluida por bajo de los cuarenta grados bajo cero. Cuando finalmente se heló, las células no explotaron y se desintegraron en formas de cristales de hielo, sino que simple y gradualmente cambiaron hacia una forma fangosa, pero fluida. La vegetación y los animales más primitivos permanecieron vivos funcionalmente hasta alrededor de los 70º C., por debajo de cuya temperatura quedaron en forma de una vida latente, sin morir. Los animales superiores, siendo homeotérmicos, no suspendieron su animación hasta que el ambiente alcanzó a los 100 grades bajo cero.

Los lagos polares y los ríos se cargaron igualmente de alcohol, por acumulación procedentes de residuos orgánicos muertos, de las especies acuáticas. De esta forma permanecían fluidos hasta mediados del invierno. El principal problema de la vida en las regiones glaciares era el de hallar minerales. Las bacterias fueron proporcionándolos. Allí donde las rocas aparecían, los animales viajarían hasta carcomerlas y absorber parte de su constitución mineral, y al volver a sus bosques y morir, se irían formando los átomos pesados. Pero en general, la ecología de Altai se había conformado sin ellos. Ningún animal nativo, por ejemplo, tenía huesos, teniendo en su lugar en la estructura esquelética, cartílagos y quitina, muy diferentes, desde luego, de las de la Tierra.

El relato de Juchi habría resultado plausible e interesante en una confortable kibitka, con microtextos a la mano para consultar detalles

cuantitativos, pero allí, sobre aquellas nieves de un millón de años, observando la caída de la noche como una sombra entre los árboles de cristal, las ciclópeas ruinas y oyendo el canturreo misterioso del Gran Shaman, bajo un vasto cielo, descubrió que las explicaciones científicas eran sólo unas débiles tentativas para aproximarse a la verdad.

Una de las lunas del planeta surgió en el espacio. Flandry vio algo flotar y desplazarse al amparo de su luz cobriza. Los objetos, una inmensa aglomeración de esferas blancas, extendiéndose en diámetros desde unos pocos centímetros hasta el tamaño enorme de su navío aéreo, se aproximaban hacia ellos. Unos grandes tentáculos se desprendían por debajo de aquellos globos flotantes. Juchi interrumpió su letanía.

—¡Ah! Son las aeromedusas. Los Habitantes del Hielo no estarán muy lejos.

—¿Qué? —preguntó Flandry con estupor.

El frío se hacía más intenso cada vez, hasta morderles las carnes a través del cuero y las gruesas pieles.

—Es el nombre que les damos —añadió el Shaman—. Parecen organismos primitivos; pero actualmente están bien evolucionadas, con órganos de los sentidos y con cerebro. Electrolizan el hidrógeno, a partir del agua, para inflarse a si mismas y la propulsión la realizan por aire, que fuerzan hacia atrás. Se alimentan de numerosa caza menor, que va a chocar contra sus tentáculos insensiblemente. El Pueblo Helado las ha domesticado.

El Shaman empezó a sentir también escalofríos.

—Nosotros, los humanos —continuó Juchi— no tenemos idea, realmente, si los Habitantes del Hielo han degenerado o no. Me atrevo a decir que la inteligencia apareció en Altai, en primer término, como respuesta al empeoramiento de las condiciones del planeta, o sea, al recalentamiento de Krasna en el último millón de años, después de que la biosfera se hubo adaptado a las bajas temperaturas. Superficialmente aparecería una nueva civilización que después cayó en colapso. La escasez de metales y el lento encogimiento de los casquetes polares pudo haber sido la causa. Y no obstante, no es lo que afirman los propios habitantes. No demuestran sentir la pérdida de un glorioso pasado. Hasta donde yo puedo imaginar, creo que ellos han abandonado deliberadamente su civilización material antigua, después de haber hallado mejores métodos.

Dos seres se aproximaban desde el bosque.
A primera vista, parecían hombres enanos forrados de pieles blancas. Más cerca, podían observarse otros detalles de su rechoncha conformación. Tenían los pies largos y membranosos, como para adaptarse elásticamente a la superficie nevada, como pequeños

esquíes. Tenían en la mano tres dedos opuestos a un dedo pulgar, insertado en mitad de la muñeca. Las orejas parecían unos penachos circulares forrados de plumas. Tenían los ojos muy negros y una faz simiesca, de triste mirada, emergía de una peluda cabellera. No parecían respirar como los seres humanos, ya que sus cuerpos se hallaban a temperatura inferior a cero grados centígrados. Uno de ellos llevaba una lámpara de piedra en la que flameaba una llama de alcohol. Y en la otra, un bastón blanco, complicadamente cincelado. En cierta forma indefinible, las medusas aéreas parecían ser guiadas por tan extraño instrumento.

Se acercaron, hicieron alto y esperaron. Nada se movía, excepto el viento que agitaba suavemente sus pieles y la llama de la lámpara. Juchi permaneció también inmóvil y Flandry trató de seguir la conducta del Shaman, aunque sus dientes chocaban por el frío agudo del ambiente. Había visto muchas formas de vida en otros mundos; pero todo aquello le resultaba de una extrañeza casi irreal.

El sol se ocultó. Con un aire tan tenue y sin polvo, no existía el crepúsculo apenas. La noche cayó súbitamente y las estrellas brillaban lejanas en el espacio, en aquella repentina negrura. El borde de los anillos de Altai pintaba en el lejano horizonte un arco remoto. La luna esparció un resplandor cobrizo sobre la nieve, poblando el bosque de sombras fantásticas. Un meteoro cruzó fugazmente el cielo, en un relámpago silencioso. Juchi pareció tomar el fenómeno como una señal y empezó a hablar. Su voz parecía helada como si se hubiese congelado y no parecía en absoluto que sus palabras tuviesen la menor entonación humana. Flandry empezó a comprender lo que era el Shaman y porqué presidía todas las tribus aliadas de las tierras del Norte. Pocos hombres, seguramente, hubiesen tenido la inteligencia necesaria para dominar el lenguaje de los Habitantes del Hielo, y tratar con ellos. Una gran parte de la fuerza del Tebtengri residía en sus relaciones con estos seres. El metal era cambiado por el petróleo, objetos curiosos y substancias plásticas procedentes del Tengri Nor y se sostenía mutuamente la defensa contra las incursiones aéreas del Kha Khan.

Un habitante replicó. Juchi se volvió hacia Flandry para ir traduciendo la conversación.

—Les he contado quién es usted y de dónde viene, Orluk. No están sorprendidos por ello. Antes de hablarles de su requerimiento, ellos parecían conocer el asunto. No sé exactamente la palabra apropiada; pero es algo que tiene que ver con las comunicaciones a distancia, y me ha dicho que saben ponerse en contacto con la Tierra, sin importarles la distancia, algo así como si fuese a través de los sueños.

Flandry se quedó atónito. Ello podría, realmente, ser así. ¿Cuánto

tiempo hacía que los hombres se hallaban enlazados en su mente por algo más rápido que la luz, en su interior? Un puñado de siglos. ¿Y qué era aquello comparado con el Universo? Creyó sentir súbitamente, no sólo con su cerebro, sino con todo su ser, lo viejo que era aquel planeta.

—¿Telepatía? —aventuró Flandry—. Nunca he oído hablar de una experiencia telepática de tan tremendo alcance.

—No. No es eso lo que los Habitantes del Hielo quieren significar. Si así fuera, sabrían lo concerniente a la situación de los merseianos y nos habrían avisado. Su concepto no es algo que yo pueda comprender por completo. —Y Juchi añadió con gran cuidado—: De hecho, me han dado a entender que cualquier poder de los que ellos poseen, es inútil para nuestros propósitos.

Flandry suspiró profundamente.

—Yo puedo haberlo comprendido. Un mensaje telepático para la Armada Imperial hubiese sido demasiado sencillo. No hay oportunidades para fáciles heroísmos.

—Los Habitantes dicen —prosiguió Juchi— que ellos se liberaron hace muchísimo tiempo de esos engorrosos edificios y máquinas que los humanos usan todavía. Quedaron así libres para meditar, siguiendo el pensamiento puro, hacia una meta desconocida, mucho más lejana de lo que podemos imaginar. Pero, como consecuencia, han perdido muchos poderes materiales. Pueden hacer frente a cualquier agresión de Ulan Baligh; pero se encuentran desarmados contra las naves del espacio exterior y contra las armas atómicas de los merseianos.

Medio oculto entre la rojiza luz de la luna, habló un aborigen. Y Juchi, tradujo seguidamente.

—Dicen que no sienten temor por la muerte radial. Si Merseia les exterminara, lo aceptarían con calma. Todas las cosas tienen un fin, y con todo, nada se acaba realmente. Sin embargo, preferirían que sus descendientes, las bestias y las plantas de los bosques helados, pudieran vivir todavía unos cuantos millones de años más, para poder aproximarse así hacia la Verdad. Ellos, como nosotros los Tebtengri, no están disconformes con ser clientes del Imperio Terrestre. Para ellos, un estado político cualquiera carece de significado. Nunca han tenido nada en común con los hombres para ser turbados por cualquier Gobernador Imperial. Saben que la Tierra no querrá dañarles gratuitamente y que Merseia sí lo haría, en caso de provocarse esa guerra de flotas espaciales que usted ha descrito. Por lo tanto, el Pueblo Helado está dispuesto a ayudarnos con los medios de que dispongan. Por el momento, no conocen ninguna solución.

—¿Esas dos personas hablan en nombre de toda su raza?

—Y en el de los bosques y las aguas —repuso Juchi con la mayor

solemnidad.

Flandry se imaginó a toda una biosfera constituida en un solo y gran organismo.

—Si usted lo dice así, acepto su palabra. Pero si realmente no pueden ayudarnos...

Juchi dejó escapar un suspiro de hombre anciano, como el viento sobre las acres aguas del lago.

—Yo esperaba que pudiesen hacerlo. Y ahora, ¿no tiene usted un nuevo plan para nosotros mismos?

Flandry permaneció unos momentos callado, sintiendo las terribles punzadas del frío penetrarle el cuerpo. Finalmente, dijo:

—Si las únicas naves del espacio de Altai se encuentran en Ulan Baligh, debemos, evidentemente, penetrar en la ciudad de algún modo y enviar nuestro mensaje. ¿Tiene este pueblo algún medio de contacto secreto con los betelgeusianos?

Juchi trasladó la pregunta.

—No —tradujo en seguida—. No, estando los comerciantes betelgeusianos estrechamente vigilados. Su sentido especial de la premonición les advierte que esto es así.

El portador de la lámpara se adelantó de forma que la llama azulada iluminara su semblante. ¿Podría leer, como humano, cualquier emoción reflejada en aquellos ojos? Habló en su misterioso lenguaje y Juchi escuchó.

—Podrían llevarnos a la ciudad sin ser detectados en una noche muy fría —tradujo nuevamente el Shaman—. Las medusas pueden llevarnos por el aire. Una medusa es demasiado fría para ser registrada por ningún aparato de rayos infrarrojos. Un hombre solo entre sus tentáculos, sería demasiado pequeño para ser registrado por cualquier instrumento desde tierra.

El Shaman hizo una pausa.

—Pero, ¿de qué nos serviría? Si queremos introducirnos en Ulan Baligh, esto puede hacerse sencillamente a pie, por las calles, convenientemente disfrazado. Y un navío aéreo sería detenido en cualquier punto de tráfico fuera de la ciudad e inspeccionado.

Flandry levantó los ojos hacia el cielo refulgente de estrellas, dándole de lleno en los ojos la luz de la luna. Tenía todos sus nervios en tensión. Cuando habló, al final, lo hizo lentamente, como si hiciera una recapitulación.

—¿Recuerda usted, Juchi, cuando hablamos sobre la posibilidad de hablar por radio con cualquier nave espacial de los betelgeusianos, cuando se hallara todavía dentro de la atmósfera? Usted me dijo que el Tebtengri no disponía de equipo suficiente con la potencia necesaria para emitir tan lejos. Y en cualquier caso los khanistas podrían escucharnos. Tampoco podríamos emitir con una escasa fuerza,

porque no alcanzaríamos a la nave espacial, que escaparía a nuestro alcance en cosa de segundos, aunque nuestra emisión pudiera localizarla.

—Sí, ya recuerdo.

—Bien, supongamos una nave espacial, que sea amiga y que se acercase al planeta sin tomar tierra. ¿Podrían los Habitantes del Hielo comunicarse con ella?

Juchi preguntó y respondió después:

—No. No tienen equipo de radio en ninguna parte. Aun en el caso de que lo tuvieran, su emisión sería detectada como la nuestra. El riesgo parece grande, Orluk. Ningún aparato puede pasar sin conocimiento del Khan, porque hay satélites detectores en órbita. Aun la emisión desde un aparato sufre una cierta dispersión al chocar con el suelo. El riesgo de que los khanistas pudiesen recibir nuestro mensaje parece excesivo.

—Sí, creo que sí.

La mirada de Flandry, continuó buscando en dirección al cielo hasta encontrar la estrella Betelgeuse, como una antorcha entre las constelaciones.

—Podríamos saber si tal nave espacial estuviese en la proximidad del planeta? —inquirió Flandry.

Juchi conferenció un momento con los Habitantes del Pueblo Helado.

—Sí —dijo—. Podríamos ser advertidos de tal presencia. Nuestros amigos sugieren que podemos situar hombres, transportados por medusas, que sobrevolasen a Ulan Baligh a gran altura, sin ser advertidos. Estos pasajeros irían provistos de receptores de radio, que podrían interceptar la conversación entre la nave y el control del aeropuerto espacial. ¿Serviría esto?

Flandry hizo un gesto de satisfacción.

—Sí, puede ser útil. —Y de pronto, se puso a reír alegremente.

Quizá un sonido semejante no se hubiera oído jamás con anterioridad a través del Tengri Nor. Los Habitantes recularon temblorosos como pequeños animales asustados. Juchi siguió impasible en las sombras. Solamente Flandry, con la cabeza levantada hacia el cobrizo resplandor de la luna, reía como un chiquillo.

—¡Por los cielos! —gritó—. ¡Vamos a intentarlo!

Capítulo IX

UNA terrible tempestad de otoño se abatió desde el polo, lanzando continuas cortinas de nieve a su paso a través de toda la estepa y alcanzando a Ulan Baligh cerca de la medianoche. En cosa de minutos, los techos rojos de la ciudad se perdieron de vista.

Próximo a una ventana iluminada, un hombre observaba la avalancha blanca de la nieve rugiendo desde una zona obscura a la otra. Pero alejándose unos cuantos metros, empujando el ventisquero ya formado a la altura de las rodillas, volvió a sumirse en la oscuridad. Permaneció como ciego, batido por la tormenta y envuelto por su imponente ruido.

Flandry había descendido desde la alta atmósfera. Aquel frío le había penetrado de tal forma que pensó no volver a sentir más el calor en su vida. A pesar de su equipo de oxígeno, sus pulmones parecían helados. Vio la ventisca desde arriba como un borrón negro moteado. Los primeros copos helados sobre Ozero Rurik, fueron arrastrados hasta el límite meridional. Los tentáculos de la medusa le sustentaron como en una red, viajando como bajo un globo gigantesco que se descolgó del cielo, hacia el oeste de la ciudad. Tras él venían otras medusas, una flota entera de aquellos globos vivientes, que se retorcían a lo largo de las corrientes de aire, para evitar la detección del radar. Delante de él llevaba otra, llevando un habitante del hielo entre la red de sus tentáculos y arrebujado entre un gran bloque de hielo para soportar aquella tormenta tropical. Una vez rodeado por la nieve, Flandry pudo notar cuánto se había recalentado el ambiente, en comparación con las anteriores temperaturas. Descendiendo poco a poco, la roja iluminación de la Torre del Profeta apareció a su vista, aumentando su coloración a medida que se aproximaba.

Flandry buscó a tientas el largo tentáculo inyector de la medusa y se lo echó al hombro, como una enorme manguera de riego. La radiante luz de la Torre apenas le permitía ver algo a través de los copos de nieve. Otra medusa se acercó llevando un enorme tanque de pintura. Flandry se las arregló para encontrar el orificio, donde introdujo rápidamente el tentáculo inyector.

—¡Y ahora, inteligencia ártica, comprende lo que necesito de ti! ¡Vamos, ayúdame!

El viento le respondió con un rugido. Profunda y ampliamente, oyó el sonido de una bomba aspirante-impelente, la respiración de la medusa. Flotando a la altura conveniente, dirigió su navío viviente hacia la gran muralla de mármol donde estaba esculpida la Sagrada Escritura del profeta Subotai. Una letra, grande como una casa, y negra sobre el fondo blanco del mármol, se le apareció de súbito. Allí

estaba su objetivo. Apuntó con el tentáculo y lanzó un chorro potente de pintura. El primer chorro verde, se desvió arrastrado por el viento. Corrigió la puntería y vio por fin la pintura estampada en la colosal muralla marmórea. La pintura parecía permanecer líquida, aún a aquella temperatura; pero no importaba, era suficientemente espesa y estaría seca antes de la mañana siguiente. El primer tanque fue totalmente empleado. Flandry echó mano de otro, transportado por otra medusa, esta vez de color azul. Todos los del Tebtengri habían trabajado en la fabricación de aquella pintura, que reunía todos los matices del arco iris. Flandry esperó que hubiera suficiente. Hubo bastante. Estuvo a punto de caer agotado por el frío y la fatiga, antes de terminar el trabajo. Aun así, cuando el enorme letrero estuvo acabado, no pudo resistir la tentación de añadirle un signo de admiración.

—¡Vámonos! —ordenó por señas al habitante del hielo. Este comprendió el aviso y puso en marcha de nuevo la flota de globos vivientes. Pronto las medusas saltaron hacia las nubes, en vuelo de retorno.

Flandry observó, de un rápido vistazo, un navío aéreo militar. Se habría destacado de un escuadrón que patrullaba por encima del aeropuerto espacial de la ciudad, o quizás el piloto estaría fuera de servicio. Pero cuando las medusas sobrepasaron en altura la tormenta, entrando en la zona iluminada por la luna y los anillos del planeta, el aparato viró rápidamente hacia ellas. Las armas de a bordo empezaron a disparar, ametrallando los componentes de la flota. Flandry echó mano instintivamente a su inútil pistola; pero sus dedos estaban tan entumecidos como la madera y no pudo ni cerrar la mano.

Todas las medusas, excepto la suya y la del habitante, se lanzaron en remolino contra el aparato, rodeándolo y atacándolo, aplastando sus tentáculos como enormes ventosas a la estructura metálica. El aparato fue casi enterrado entre aquel enjambre de medusas. Un chisporroteo de descargas eléctricas surgía por todas partes, como un fuego de artificio. Aquellas criaturas creaban un terrible potencial, suficiente como para desintegrar el hidrógeno a partir del agua, en sus moléculas. Cuando aquellas descargas eléctricas quemaron la coraza del aparato, abriéndole terribles boquetes, esparcido la glasita, fundiéndole los circuitos de control, el navío aéreo se desplomó como una masa de chatarra inerte. Las medusas se separaron, mientras el aparato se estrellaba contra el suelo. Flandry dejó escapar un suspiro de alivio y dejó a su animal conducirle hacia el Norte.

La ciudad hervía como una olla a presión. Había escaramuzas por todas partes y en especial en la calle de los Armeros. Ya la sangre había corrido en la nieve recién caída la noche anterior. Hombres armados patrullaban alrededor del palacio y el aeropuerto espacial.

Desde los campamentos de la orilla del lago llegaban los sonidos de música militar, exaltando los ánimos. Pelotones de jóvenes guerreros conducían sus varyaks, en pie de guerra.

Oleg Khan, miró desde su ventana de la habitación de la torre principal del palacio.

—¡Lo haremos bien! —masculló con rabia—. ¡Oh, sí, pueblo mío! Tendrás una satisfacción adecuada.

Volviéndose hacia el betelgeusiano, que acababa de ser traído a su presencia, le clavó la vista en su rostro azul:

—¿Lo ha visto usted?

—Sí, Majestad. —El idioma altaiano de Zalat, normalmente fluido, aunque con un ligero acento extranjero, brotó de sus labios duro y entrecortado. Había pasado un mal rato. Sólo la rápida intervención de las tropas reales, había salvado su nave espacial de ser destruida por un millar de fanáticos enardecidos.

—Yo le juro que nada tenemos que ver con... nosotros somos inocentes...

—¡Sin duda, por supuesto! —respondió Oleg dando un manotazo al aire, con profunda irritación—. Yo no soy uno de esos ignorantes pastores rumiantes de ahí fuera. Todos los betelgeusianos han estado bajo control riguroso, desde hace tiempo.

—Ya lo sé, Majestad —tartamudeó Zalat—. Pero yo todavía no estoy seguro de sus razones para ello.

—Ya se lo había advertido. Usted sabe que el visitante de la Tierra fue muerto por los agentes del Tebtengri el mismo día que llegó a Altai. Ocurre, como yo venía sospechando hacía tiempo, que las tribus del Norte se han vuelto xenófobas en el aspecto religioso. Dado que, sin duda, tienen agentes operando en la ciudad, tratarán de asesinar también a los betelgeusianos. Por tanto, lo mejor será que usted permanezca cuidadosamente custodiado y no tenga contacto con nadie, excepto con personas leales y de la máxima confianza, hasta que la situación quede bajo control total.

Más calmado por sus propias palabras, Oleg se sentó, se acarició la barba y observó a Zalat con astuta mirada.

—Lamento que estuviese usted tan cerca de ser linchado esta mañana —dijo con suavidad—. Como ustedes pertenecen a otro mundo y los símbolos escritos en la Torre del Profeta no están en el alfabeto altaiano, el populacho llegó a la conclusión de que el escrito sería alguna sucia palabra en su idioma. Yo, por supuesto, tengo otra idea. Del estudio de los restos del aparato abatido en la pasada noche, mis técnicos han deducido que el ultraje es obra del pueblo endiablado del ártico y, sin la menor duda, de acuerdo con los tebtengri. Tan vil hazaña no hubiera preocupado a esas tribus, ya que no son seguidores del Profeta. Pero lo que me confunde es, y admito

con franqueza aunque confidencialmente, ¿por qué? Es un trabajo muy atrevido… ¿sólo para darnos una estúpida broma?

Se volvió hacia la ventana. Desde aquel ángulo, la Torre parecía normal. Había que ponerse a mirar desde el Norte para ver lo que habían hecho: la gran muralla de mármol blanco estaba desfigurada por la pintura en más de un kilómetro. Y desde allí, la fantástica profanación era visible desde todo un inmenso horizonte.

El Kha Khan cerró un puño en un gesto de rabia salvaje.

—Se hará una buena reparación —dijo—. Esto hará que las tribus ortodoxas me sigan y estén dispuestas a todo, como no lo harían por ningún otro motivo. Cuando los niños de los rebeldes sean quemados vivos ante sus ojos, los tebtengri se darán cuenta de lo que han hecho.

Zalat vaciló:

—Su Majestad…

—¿Sí?

—Aquellos símbolos… en la Torre… son letras del alfabeto de la Tierra.

—¿Cómo?

—Yo conozco la lengua ánglica regularmente. Muchos betelgeusianos también la conocen. Pero, ¿cómo han podido esos tebtengri haberla aprendido?

Oleg, que conocía la respuesta a aquel misterio, interrumpió a Zalat y se abalanzó sobre él cogiéndole por la túnica y zarandeándole nerviosamente.

—¿Qué quieren decir? —chilló furioso.

—Eso es lo extraño, Majestad —tartamudeó Zalat nuevamente—. No parecen significar ninguna cosa. La palabra no tiene sentido.

—Bien, ¿qué palabra es? ¿Y cómo está escrita? ¡Hable, antes de que le arranque los dientes!

—MAYDAY —farfulló Zalat—. Precisamente, Mayday, su Majestad.

Oleg le soltó. Por unos momentos permaneció en silencio. Finalmente el Khan dijo:

—¿Es una frase sin sentido o una palabra actual de la Tierra?

—Bueno… yo supongo que podría ser una palabra. No creo conocer íntimamente cada frase o giro de la lengua ánglica, ni sus expresiones técnicas. En fin todo lo que se me ocurre, es que May es el nombre de un mes en el calendario de la Tierra y Day significa «período diurno». —Y Zalat se quedó pensativo con sus ojos amarillentos fijos en algún punto indeterminado, cavilando para encontrar una explicación lógica—. Quizá, May Day, signifique el primer día de mayo.

Oleg agitó la cabeza pausadamente.

—Eso suena razonablemente. El calendario altaiano, que es un

trasunto modificado del de la Tierra, tiene un nombre similar para un mes que corresponde localmente a la época de la primavera, en su comienzo, Mayday… ¿Podría significar nuestro Día del Festival de la Primavera?

Se levantó de nuevo y nuevamente miró por la ventana a través de la ciudad.

—Falta mucho tiempo aún hasta mayo —dijo—. Si eso es un incitamiento para algo que tienen planeado, nosotros destruiremos a los tebtengri este mismo invierno. Y para el Día del Festival de la Primavera… —se aclaró la garganta y continuó—: para entonces habrá otros proyectos puestos en marcha.

—¿Cómo puede ser una incitación, Majestad? —agregó Zalat hecho un lío—. ¿Quién en Ulan Baligh podría leerlo y entenderlo?

—Es cierto. Yo sólo puedo conjurar que es un acto de desafío o de superstición, esperando que cambie nuestra suerte, para lo peor. —El Khan se volvió hacia Zalat—. ¿Saldrá usted pronto, no es cierto?

—Sí, Majestad, tan pronto como sus inspectores hayan acabado de comprobar mi cargamento.

—Llevará usted un mensaje —ordenó secamente el Khan—. Ningún otro comerciante volverá por aquí dentro de un año. Tendremos seguramente bastantes disturbios reprimiendo a los tebtengri y a sus aliados aborígenes, sin que podamos ocuparnos de los extranjeros. —Oleg se encogió de hombros—. Además, no habrá razón para que los comerciantes nos visiten. La próxima guerra interrumpirá las caravanas. Y más tarde, cuando las cosas se arreglen… quizá.

Privadamente, Oleg dudaba que el comercio fuera recomenzado en el futuro. Para el verano, los ingenieros marseianos estarían en Altai y comenzarían los trabajos de la Base Naval. Altai estaría firmemente inscrita en el Imperio Marseiano. Y él, Oleg Yesukai, como Virrey, no tendría tiempo para comerciar. En su lugar, estaría conduciendo a sus guerreros a las batallas en las estrellas, más gloriosas y llenas de ventajas que lo que hubiera podido soñar ningún antiguo héroe.

Capítulo X

EL invierno llegó pronto a las tierras del Norte. La nieve caía y permanecía indefinidamente sobre las estepas, bajo un cielo azul acero. El Mangu Turnan se disponía a emprender su ciclo migratorio. Vagones, rebaños y gentes eran como una masa polvorienta esparcida a través de aquella inmensidad. De tanto en tanto, una fogata enviaba una cinta de humo vertical en una atmósfera de quietud. Krasna aparecía colgada en el bajo cielo del Sudoeste, como un círculo de oro rojizo.

Tres personas se apartaron del ordu principal. Iban equipadas con esquíes y rifles sobre sus parkas, llevando otro equipo diverso en una pequeña unidad negagrav. Se desplazaron velozmente hacia algún lugar de la nevada estepa.

Arghun Tiliksky dijo con una dura entonación en la voz:

—He podido apreciar, Orluk Flandry, que usted y Juchi Ilyak guardan en el mayor secreto su escapada a la Torre de Ulan Baligh, de hace cinco semanas. Como nadie lo sabe, nadie podrá revelarlo, si es capturado. Y con todo, usted parece estar muy contento acerca de sus consecuencias. ¿No ha oído usted lo que cuentan nuestros espías y exploradores? Grandes grupos de guerreros enfurecidos del Oleg Khan, han jurado exterminarnos para el próximo deshielo. Nunca se ha concentrado, contra nosotros, un ejército tan decidido y tan poderoso. Por tanto, toda la alianza del Tebtengri, no puede extenderse alrededor del círculo ártico, como siempre lo ha hecho hasta aquí, sino que precisa ahora permanecer reunida. Y no hay bastante forraje bajo la nieve, para tantos rebaños, en área tan reducida. Yo le digo a usted que el Kha Khan, no necesitará atacarnos. Sólo tiene que esperar. Para la primavera, el hambre habrá hecho, por él, la mitad de ese trabajo.

—Dejemos que el Kha planee a su gusto —repuso Flandry cautamente—. Será menos trabajoso que luchar, ¿no es verdad?

Arghun volvió su juvenil rostro, irritado, hacia Flandry. El Noyon, siguió con tono punzante:

—Yo no comparto el miedo común de los asuntos de la Tierra. Usted es tan humano como yo, pero en este mundo no está usted bien entrenado y aquí es usted más falible. Le aviso abiertamente de que a menos que aquí y ahora no pueda darme una buena razón para actuar de forma distinta, yo requeriré al kurultai. Y allí argumentaré con toda mi fuerza para que cesemos inmediatamente en esta espera y ataquemos ahora a Ulan Baligh, cuando tenemos el vientre bien repleto.

Bourtai gritó:

—¡No! ¡Eso no! Eso sería buscarse la ruina. Los khanistas nos sobrepasan en número, hay tres o cuatro de ellos por uno de nosotros. Yo también he visto algunos de sus nuevos equipos merseianos. Si nosotros invadimos el Sur, sería como las reses que invadieran el corral de un carnicero.

—Así acabaríamos pronto, al menos —Arghun miró fijamente a Flandry—. ¿Y bien?

El terrestre contuvo un gesto de impaciencia. Esperaba esta reacción de Arghun. En las pasadas semanas Bourtai y Arghun siempre permanecían uno junto al otro. El Noyon ya venía dedicándole ásperas palabras, hacía algún tiempo. Pudo haber comprendido que aquella invitación para cazar sataru —avestruces huidas de los rebaños y vueltas al estado salvaje— ocultaba algún propósito. Al menos, Arghun se comportaba decentemente avisándole.

—Si usted no me cree —dijo— aunque todo el cosmos sabe que he luchado y derramado mi sangre y me he roto la crisma por su causa, ¿no puede usted creer a Juchi Ilyak? El le asegurará a usted que nuestro éxito depende de aguantar, esperar y evitar la batalla tanto tiempo como sea posible.

—Juchi se hace viejo —gruñó Arghun—. Su mente se debilita. ¡Yahh! ¡Allí!

De un tirón se desvió hacia un punto de la llanura. El negagrav se detuvo a mitad de altura y a medio camino de un declive. Las ideas políticas se desvanecieron de Arghun. Con un dedo señaló un punto en la nieve con la impaciencia vehemente de un perro de caza.

—¡Huellas! —gritó—. Ahora, iremos a pie y nos acercaremos a hurtadillas. Las aves saldrían corriendo si oyen el motor del negagrav. Siga derecho hacía lo alto de la colina. Bourtai y yo las cercaremos a izquierda y derecha.

Los altaianos desaparecieron esquiando rápidamente, separándose de Flandry antes de que éste comprendiese del todo lo que sucedía. Mirando hacia abajo vio grandes huellas aplastadas en la nieve: eran de un par de sataru. Flandry siguió tras ellas. ¿Cómo diablos podría seguir tales huellas? Tambaleándose a través de la nieve resbaló y cayó de bruces. Soltó una serie de tacos en dieciocho idiomas diferentes.

—¿Y ellos creen esto divertido? —se puso en pie—. ¡Por todos los diablos! Con lo bien que estaría ahora sentado en la Casa del Everest, frente a una botella de champán, contando historias sobre mis hazañas... Pero no. Hagamos la experiencia, ya que estoy aquí. —Lentamente alcanzó la cima de la colina. En la cumbre se agachó y escudriñó a través de unos matojos. No vio ningún ave de dos patas. Solamente un escarpado resbaladizo hacia la llanura en la parte posterior. Se incorporó y por un momento vio a corta distancia la

sangre y los miembros destrozados de un sataru. Y repentinamente se vio atacado por unas bestias extrañas.

Aquellas bestias parecían brotar de los matorrales y los ventisqueros, como si las escupiese la tierra nevada. Eran unos terribles animales blancos, de forma escurridiza, grandes como perros policía, que se lanzaron contra él. Flandry notó de una ojeada los largos hocicos, los vivos y feroces ojos negros mirándole con odio, los blancos lomos y sus rabos peludos. Se echó rápidamente el rifle a la cara y disparó. El balazo destripó al primer animal más próximo, que rodó a medio camino por la pendiente de la colina. Flandry casi no se dio cuenta, pues otra bestia ya estaba sobre él. Tiró e hizo buen blanco. Saltaron trozos de hueso y de carne y uno de sus compañeros se detuvo a comerse aquellos restos esparcidos; pero el pelotón continuó la carga. Flandry hizo puntería sobre un tercero. Un cuerpo pesado se le apoyó por detrás entre los hombros, haciéndole caer de bruces. Unas fuertes mandíbulas atacaban el cuero de su chaqueta. Hizo un esfuerzo sobrehumano y rodó por la nieve; pero el fusil se le escapó de la mano. Una de aquellas bestias se le echó encima poniéndole sobre el pecho unas patas en forma de manos humanas. Sacó rápidamente el cuchillo que llevaba al cinto, en el momento en que otro animal más se hallaba sobre él. Se vio acuchillado por dientes como formones. En un rápido movimiento consiguió apuñalar a uno de los animales en el hocico. Soltó un terrible chillido y escapó. Pero dos más atacaban en su lugar.

Alguien gritó; pero el grito quedó casi apagado por el ruido de la lucha. Flandry clavó de nuevo su cuchillo en el costado de otro animal; pero tan profundo, que al saltar el animal de costado arrastró con él el arma, dejándole indefenso. El resto de la manada se apiló a su alrededor y tuvo en un último esfuerzo desesperado, que luchar a patadas, a puñetazos, con los codos y con todo su cuerpo envuelto en una nube de nieve. Un animal dio un salto y cayó sobre su diafragma. Sintió que el aire se le escapaba de los pulmones. Se cubrió la cara con los brazos en última defensa. Una de aquellas bestias se le tiró a la garganta.

Arghun llegó blandiendo una reluciente hoja de acero en la mano. El altaiano acuchilló a la bestia en el cuello y con un experto movimiento destripó a la fiera de una terrible cuchillada, tirándola a un lado. Varias del grupo dejaron a Flandry y se lanzaron a devorar el cuerpo del recién caído. Arghun dio un terrible puntapié a otro animal por detrás de la oreja, cayendo fulminada girando como un trompo. Todavía otro saltó sobre la espalda de Arghun, pero éste dio media vuelta rápido como un rayo, le echó al cuello una llave de judo con el brazo izquierdo, dejándole la panza al descubierto, mientras que con la mano derecha le asestó una tremenda cuchillada que le abrió casi

en canal.

—¡Arriba, Orluk! —Ayudó a incorporar al terrestre y la manada comenzó a rodearles de nuevo. Pero entonces Bourtai que llegaba, empezó a disparar. Tiroteaba como una ametralladora a derecha e izquierda. La mayor parte de las fieras lanzaron un agudo chillido. A esta señal, las demás supervivientes del ataque volvieron grupas y se perdieron de vista en cosa de segundos. Arghun se detuvo un momento, respirando fatigosamente. Bourtai corrió hacia Flandry.

—¿Estás herido? —le preguntó solícitamente.

—No demasiado. —Miró al Noyon y dijo—: Gracias.

—Es usted nuestro huésped —gruñó Arghun. Y después de un momento, añadió—: Estas bestias se vuelven cada vez más salvajes. Nunca hubiera esperado que atacaran cerca de un ordu. Habrá que tomar medidas contra ellas, si vivimos este invierno.

—¿Qué son? —preguntó Flandry, más calmado.

—Gurchaku. Se extienden por el Khrebet y las estepas del Norte. Se lo comen todo, aunque prefieren la carne. Principalmente matan pequeños animales silvestres, aunque a veces atacan nuestros rebaños e incluso alguna criatura ha perecido entre sus mandíbulas. En tiempos de mi abuelo no eran tan grandes ni tan feroces.

Flandry sugirió:

—Son ratas.

—Yo conozco lo que son las ratas —dijo Bourtai—. Pero los gurchaku...

—Son un nuevo género de ratas. Algo similar ha ocurrido en otros planetas colonizados. —Flandry trató con ansia de encontrar un cigarrillo en sus bolsillos y Bourtai le recordó que continuase su explicación—. ¡Ah, sí! Algunas de las ratas escondidas en las naves espaciales de nuestros antepasados consiguieron escapar hacia el campo o en las ciudades, como hacen en la Tierra. En medios tan diferentes, fueron imitando y así se transformaron, como lo hicieron aquí los voiskoyes; pero mucho más rápidamente por sus generaciones de corto periodo. Sí, una tarea que hay que emprender por cualquier comisionado de la Tierra el Altai será la de exterminar todos los gurchaku. Lástima, en cierto modo. Parece una especie con interesantes posibilidades.

Dirigió una mirada melancólica a Bourtai.

—Después de todo —dijo—, si en un planeta limítrofe del Imperio, existen chicas guapas, la tradición exige que como contraste, haya también monstruos.

Bourtai se sonrojó como una amapola.

Volvieron al ordu en silencio. Flandry procuró curarse las heridas, lavarse y cambiarse de ropas en el yurt que le habían asignado. Después se tumbó en su camastro y se quedó fijamente mirando al

techo. Reflexionó con amargura sobre las románticas y heroicas aventuras que había oído sobre la Alta Frontera en general y las arrojadas hazañas del Cuerpo de Inteligencia en particular. ¿Eran así en la práctica? Unos ratos, a veces repulsivos con hombres o ratas gigantes que le atacaban para matarle, unas rígidas ropas de cuero, los pies entumecidos, los mordiscos constantes de un frío espantoso, una comida absurda, viajar en vehículos estrambóticos, la temperancia, la castidad prolongada, el levantarse temprano, soportar los interminables discursos de los viejos de las tribus, sin un buen libro que gozar o algo divertido que pudiera gustarle… Bostezó, se revolvió en su camastro y trató de dormir. Antes de caer en el sueño procuró olvidar todo aquello y casi deseó que la atrevida opinión de Arghun se pusiese en práctica. ¡Cualquier cosa que rompiera aquella insoportable melancolía!

Alguien llamó a la puerta. Se incorporó rápidamente, y se vistió.

—Pase —dijo—. Una precaución de años le hizo echar mano a la pistola.

Al abrirse la puerta observó que aquel corto día de invierno tocaba a su fin. Una franja rojiza resplandecía débilmente en el lejano horizonte de Altai. La lámpara que lucía en el techo alumbró la figura de Bourtai. La joven entró, cerró la puerta y permaneció silenciosa.

—¡Ah!… ¡Hola! —saludó Flandry pausadamente—. ¿Qué te trae por aquí?

—Vengo a ver si te encuentras bien. —Y la mirada de Bourtai rehuyó la de Flandry.

—¡Oh!… Sí… bueno… Sí, desde luego —repuso Flandry atentadamente—. Eres muy amable. Quiero decir… bueno, ¿puedo hacerte una taza de té?

—¿Estás seguro de que las mordeduras que has sufrido no son peligrosas? ¿Te has puesto algún antiséptico?

—Sí, claro. Conozco unas cuantas cosas para cuidarme de mí mismo. —Automáticamente Flandry añadió con una sonrisa—: Hubiera deseado en esta ocasión no saberlas. Con una enfermera tan encantadora…

Otra vez notó un subido rubor en las mejillas de Bourtai. Súbitamente comprendió. Tenía que haber comprobado antes que los altaianos eran gentes con un diferente sentido del pudor y de la timidez, en comparación con los terrestres.

—Siéntate —invitó Flandry. Bourtai lo hizo en el suelo. Flandry se le aproximó y deslizó un brazo alrededor de los hombros de la chica. Ella no le rehuyó. Resbaló la mano hasta tenerla sujeta por la cintura. Ella apoyó su cabeza contra el pecho de Flandry.

—¿Crees que viviremos para ver otra primavera? —preguntó con acento tranquilo, desprovisto de todo temor. Como si le hiciera la

pregunta más natural de! mundo.

—Yo tengo ahora precisamente a la primavera conmigo —repuso Flandry, rozándole el cabello con los labios.

—Nadie habla así en el ordu —murmuró Bourtai—. Ambos estamos radicalmente separados por nuestra propia raza. Tú por la distancia y yo por la muerte. No permanezcamos abandonados y solitarios más tiempo.

Flandry hizo un esfuerzo para advertirle claramente:

—Yo volveré a la Tierra a la primera ocasión que consiga, y no recomendaría que tú siguieses el mismo camino.

—Ya sé —murmuró Bourtai—. ¡Pero hasta entonces!

Su boca encontró la de Bourtai. Un golpe dado sobre la puerta interrumpió súbitamente la escena amorosa.

—¡Váyase! —gritaron al mismo tiempo. Se miraron sorprendidos a los ojos mutuamente y rompieron a reír.

—¡Mi señor! —gritó una voz de hombre en el exterior—. El GurKhan Toghrul me envía. ¡Se han detectado unos mensajes de una nave de la Madre Tierra!

Flandry chocó contra Bourtai en su prisa por salir. Pero, mientras corría, pensó con una idea de frustración que a su misión le habían puesto el mal de ojo desde el principio.

Capítulo XI

INVISIBLE en la altura, entre las tenues corrientes de aire sobre Ulan Baligh, un guerrero permanecía sentado entre los pacientes tentáculos de una aeromedusa. Respiraba oxígeno de un equipo especial y no soltaba los dedos de un receptor de radio. No obstante hallarse tan bien protegido, no sería relevado hasta pasadas cuatro horas. Seguramente los altaianos eran la única casta de hombres capaces de soportar un servicio semejante. Aquella noche fue premiada su escucha. Los auriculares chasquearon con una voz tenue y distorsionada en un idioma jamás oído antes. La respuesta vino procedente del aeropuerto. El locutor de arriba dejó a otra persona en su lugar, quien se dirigió al jefe del aeropuerto en un altaiano defectuoso, sin duda aprendido de los betelgeusianos. El escucha tebtengriano no se atrevió a intentar ninguna comunicación por su parte. Si era detectada y aquello podía resultar lo más probable, tal llamada podría traerle un proyectil nuclear desde Ulan Baligh. Su equipo radioeléctrico registró y retransmitió lo que había oído. A muchos kilómetros más allá otra medusa flotante portadora de otro equipo pasó el mensaje a otra siguiente. La larga cadena terminaba en el ordu del Mangu Turnan. Si por cualquier accidente los khanistas detectaban la retransmisión, no tendrían motivos de alarmarse, ya que las ondas radioeléctricas tienen siempre derivaciones y surgen rebotes en la ionosfera.

A través de sus binoculares, el vigilante del tebtengri, vio descender la nave espacial de la Madre Tierra. A la suave luz de la luna comprobó su enorme rapidez de maniobra. Sintió un súbito temor. No obstante —pensó— sólo era una nave visitante. Oleg el Maldito, habría camuflado o disfrazado sus modernas instalaciones hacía semanas. Serían recibidos hipócritamente con todos los honores, les agasajarían y les harían ver lo que quisieran y oirían lo que tenía que ser oído. Y volverían a la base de partida para informar de que nada que valiese la pena de lamentar ocurría en Altai.

El explorador suspiró, se golpeó las enguantadas manos una contra la otra, y deseó que le llegase el relevo lo antes posible.

Mientras, cerca del casquete polar, Dominic Flandry se volvía hacia el Toghrul, dejando a un lado el equipo de radio.

—Ya está ahí —dijo—. Es el HMS «Callisto» que ha tomado tierra en Ulan Baligh. Mantendremos nuestros monitores de radio; pero no espero que capten otra cosa hasta el momento en que la nave espacial salga de nuevo, sin duda.

—¿Cuándo ocurrirá eso? —preguntó el GurKhan.

—Dentro de tres o cuatro días, supongo —repuso Flandry—.

¡Tenemos que darnos prisa! ¡Hay que advertir a todos los ordus esta misma noche! Para el amanecer, deseo que todos se muevan a través de la estepa, siguiendo el proyecto que Juchi y yo hemos trazado para todos ustedes.

Toghrul asintió con un movimiento de cabeza. Arghun Tiliksky, que también se hallaba en la kibitka, preguntó:

—¿Qué significa esto? ¿Por qué no he sido advertido e informado convenientemente?

—Usted no necesita conocerlo antes de su momento oportuno —repuso Flandry enérgicamente—. Los guerreros tebtengrianos necesitan estar alerta para entrar en acción, con un preaviso de cinco minutos, bajo cualquier condición que se les ordene. Así lo sugirió usted mismo en un breve discurso la pasada semana. Muy bien, Noyon. ¡Movilícelos!

—¿Dónde? ¿Por qué?

—Usted mandará la división de varyaks del Mangu Turnan —ordenó Toghrul—. Llévelos hacia el Sur hasta 500 kilómetros de distancia y allí guarde órdenes por radio. Las otras fuerzas tribales se estacionarán en otra parte. Probablemente usted verá otras unidades; pero debe mantener un estricto silencio en la radio. Los yurts y las kibitkas, menos móviles, ocuparán posiciones próximas más tarde. Las mujeres y los chicos pueden conducirlos.

—Y los rebaños también —recordó Flandry—. No olvide que los rebaños en masa del Tebtengri pueden cubrir completamente una gran zona.

Arghun echó un vistazo a la formación, bosquejada en una hoja de papel, que la. alianza había adoptado.

—Pero, ¡esto es una locura! —comentó atónito—. Si Oleg sabe que vamos a diseminarnos en una desbandada semejante, por la mitad del mapa, en una forma tan ridícula, podría atacar fácilmente en cuña por…

—Oleg no lo sabrá —interrumpió Flandry—. Y si lo ve no podrá saber porque lo hacemos, que es lo que cuenta. Y ahora, ¡a la tarea!

Por un momento, los ojos de Arghun se cruzaron desafiantes con los de Flandry. El Noyon dio media vuelta, se golpeó un muslo con los guantes y salió rápidamente. Pocos momentos después, se oía el estruendo de los varyaks en marcha hacia su destino y el sonido de las trompas guerreras dando órdenes precisas a la formación.

Cuando el ruido se hubo desvanecido, Toghrul se rascó la barba pensativo.

—Bien —dijo a Flandry—. Y ahora que estamos completamente solos ¿no puede usted, al menos, decirme cómo la nave espacial de la Tierra ha venido hasta aquí?

—Pues, sin duda, para investigar sobre el terreno, el informe

sobre mi supuesta muerte, la de un ciudadano de la Madre Tierra, en Altai. Así procederá el capitán frente a Oleg, estoy seguro. Los terrestres harán pesquisas durante unos cuantos días y dejarán a Oleg. Después de lo cual, ellos se volverán tranquilamente hacia su base.

Toghrul miró a Flandry, se volvió hacia el mapa y de repente se puso a reír como un búfalo. Por un rato, el GurKhan del Mangu.

Turnan y el Agente del Cuerpo de la Inteligencia Naval Terrestre, se cogieron de las manos y bailaron alrededor de la kibitka, cantando como dos locos.

Flandry se marchó pronto. No había mucho tiempo para dormir ni descansar en los próximos días. Y tampoco dormiría aquella noche. Se dirigió de mal humor a su propio yurt. Todo estaba en silencio. Abrió la puerta. Una nota aparecía depositada sobre el camastro:

«Amado mío: las señales de alarma han sonado. Tú ya sabes que Toghrul me ha dado. armas y un varyak. Mi padre me enseñó a conducir y a disparar como un hombre. Conviene así que el último miembro del Clan Tumurji parta a la lucha con los demás guerreros.»

Flandry se quedó mirando aquellos garabatos durante un rato. Finalmente, sin desnudarse, se metió en la cama.

Cuando despertó a la mañana siguiente, su vehículo se hallaba en marcha. Un chico se había hecho cargo del volante. Se asomó para comprobar que la totalidad del campamento, rodaba a través de la inmensa estepa.

Tohgrul se había marchado a tomar una vista aérea del despliegue. Había saludado a Flandry con gesto ceñudo.

—Alcanzaremos mañana nuestra posición asignada —había dicho.

Tenía también que atender y dirigir las incontables emergencias que surgían en un grupo móvil tan enorme, en semejante maniobra. Flandry se quedó aislado por completo.

Hasta aquel momento, procuró no ofrecer a los nómadas su inexperta ayuda. Empleó el día soslayando la atención de los superiores que tenía asignados. La emigración continuaba por aquella interminable ruta obscura. En la mañana siguiente, se impuso la tarea de trabajar en la nieve para arreglar y situar el campamento. Flandry se sintió capaz, al menos, de manejar una pala; pero no fue preciso.

A mediodía, el ordu estaba situado de forma que no ocupara una zona compacta, que normalmente había ofrecido un máximum de seguridad, sino enfilado en enormes líneas ondulantes de kilómetros de largura, hecho que provocaba a cada instante reclamaciones de la gente de las tribus e incluso algún intento de motín. Toghrul suprimió las protestas con su indiscutible autoridad y volvía de vez en cuando a su kibitkta, para dar órdenes por radio. Dos días de insoportable aburrimiento pasaron antes de reunirse con Flandry.

Y entonces, las cosas se sucedieron con rapidez.

—La nave espacial se marcha —dijo el GurKhan—. Acabamos de detectar la señal ordinaria de aviso, en el área del aeropuerto espacial de Ulan Baligh. ¿Habría tiempo, antes de la caída de la noche, para llevar a cabo todas las maniobras planeadas?

—Eso no importa por el momento —le aseguró Flandry—. Nuestro objetivo principal, está ya en marcha. El comandante del «Callisto» podrá localizarnos desde el espacio, si los observadores agudizan su vigilancia, cosa que no dudo tendrán que hacer sobre un planeta sospechoso como éste, y que ahora abandonan. Cuando noten algo, disminuirán la marcha. Si la nave flota en órbita, con las pantallas de radiación al máximo y los generadores reducidos al mínimo, dudo de que en Ulan Baligh se den cuenta de que aún continúan alrededor del planeta.

Flandry dirigió ansiosamente la mirada hacia el mapa de su pupitre. Las diversas unidades del Tebtengri habían confirmado sus posiciones. Los ordus estaban ubicados en una gruesa línea Este-Oeste de 500 kilómetros de largura a través de la blanca estepa invernal. Las divisiones varyaks, más móviles, estaban diseminadas en manojos, formando líneas en las cuales, al final de cada una, se enlazaba en forma recta o curva, con el principio de la otra y que se reunían a veces, tanto en el Norte como muy lejos, hacia el Sur. Flandry se atusó el bigote y esperó:

«¡Nave espacial lista para despegar! ¡Atención! ¡Preparados! ¡Adelante la nave "Callisto"!»

Conforme la voz retransmitida surgía débilmente del receptor, Flandry tomó un lápiz y dibujó otra figura sobre el mapa.

—Esta es la próxima formación —dijo—. Puede empezarse inmediatamente. La nave habrá visto la presente formación dentro de cinco minutos.

Toghrul se dirigió al micrófono y ordenó:

—¡Divisiones de varyaks de los clanes Mulik, Fyodor, Kubilai, Tuli, atención: dirigirse a 100 kilómetros al Oeste de vuestra actual formación! ¡Deteneos allí! ¡Begultai, Bagdarin, Chagutan, Kassar, hacia el Este en 100 kilómetros! ¡Gleb, Tenmujin...!

Flandry rodaba el lápiz entre sus dedos. Cuando los informes llegaran, después de una hora interminable, marcaría la correspondiente posición en el lugar donde se hubiesen detenido todas y cada una de las unidades en movimiento. La totalidad del proyecto empezó a mostrarse patéticamente tosco e imperfecto.

—He estado pensando... —dijo Toghrul después de un prolongado silencio.

—Mala costumbre —respondió Flandry—. Difícil de suprimir. Intente mejor baños fríos y largos paseos.

—¿Qué pasará si Oleg se da cuenta de todo esto?

—Con toda seguridad sabrá que algo está ocurriendo de extraño. Sus exploradores recogen retazos de nuestros mensajes. Pero sólo pequeños retazos, desde estas retransmisiones de corto alcance. Dependemos, en cierta forma, de que la atmósfera que nos cubre no permita al enemigo tomar una buena visión general de lo que hacemos. Todo lo que Oleg sabrá es que nos estamos desplegando en gran escala. Si yo fuera él, creería que los Tebtengri se hallan practicando sus formaciones en espera del día en que él ataque.

—El cual no estará muy lejos —dijo Toghrul golpeando el pupitre con la mano. Flandry dibujó una figura en el papel.

—Esta será la tercera formación. Creo que podemos conseguirlo antes del crepúsculo. Durante la noche, procederemos a crear la cuarta y empezar la quinta al amanecer siguiente.

—Espero que acabaremos todo en dos días.

—No se preocupe por eso. Antes de que la escasez pueda agudizarse, su pueblo estará a salvo con el Imperio Terrestre, que enviará cuanto necesite, o bien habrá muerto, lo cual todavía es más económico.

La noche que siguió, transcurrió lenta e interminable. Flandry, apenas pudo medio dormir algunos momentos. Puso muy poca atención a la salida del sol, había demasiadas cosas por hacer. Algún tiempo después, un guerrero se presentó a él.

—De parte del Juchi el Shaman —informó con rígido saludo militar—. Los exploradores del aire que están a la escucha en el área de Ozero Rurik, informan que las tropas del Khan están siendo formadas masivamente y que tales columnas se dirigen hacia el Norte.

Toghrul dio un tremendo puñetazo sobre la mesa.

—¿Es que van a invadirnos ahora?

—Ese gran empuje no llegará hasta aquí en una semana, al menos —dijo Flandry, aunque un frío desagradable le invadió el estómago—. O más tarde, si les acosamos desde el aire.

—Una semana... ¿Y cuándo podremos recibir ayuda de la Tierra? —preguntó ansiosamente Toghrul.

—Por lo menos en tres o cuatro semanas, como más pronto. El «Callisto» tiene que volver a la base de Catawrayannis, donde el comandante tendrá que reunir una flota de ataque potente para volver a Altai. Digamos cuatro semanas, más o menos. ¿Podremos luchar en forma de acción retardada tanto tiempo, sin sufrir demasiadas pérdidas?

—Tendremos que hacerlo. No nos queda otro remedio.

Capítulo XII

EL capitán Flandry descansaba con el rifle en el hombro. La culata resultaba suave al tacto y no muy fría, hasta donde sus heladas mejillas podían apreciar. Pero las partes metálicas estaban tan terriblemente frías que se hubiese despellejado los dedos de haberlas tocado, a no ser llevándolos fuertemente enguantados.

Era difícil calcular las distancias en aquella media luz rojiza a través de los nevados celajes que le envolvían y engorroso igualmente, calcular las trayectorias de los proyectiles dada la diferencia de gravedad y de atmósfera del planeta. No estando el enemigo todavía lo bastante cerca, decidió esperar y preparó el rifle.

Acurrucado junto a él y al socaire del banco de nieve, el habitante del hielo que le acompañaba, levantó hacia él sus ojos impenetrables.

—¿Yo ir ahora? —preguntó con su extraña voz.

Su altaiano era peor que el de Flandry y el mismo Juchi se había sorprendido al saber que cualquier miembro del Pueblo Helado conocía la lengua humana altaiana.

—No, ya se lo diré en seguida —le respondió Flandry—. El propio acento del terrestre parecía helado, al brotar de sus labios—. Tiene usted que cruzar un centenar de metros de terreno abierto para alcanzar aquellos árboles. Sería usted visto por el enemigo y le matarían a medio camino. Veremos la forma de distraerlos primero.

Escudriñó aquel lóbrego panorama. Krasna casi se desvanecía en aquellas tierras polares en el invierno; pero en aquel momento no se hallaba todavía muy bajo en el horizonte. Un débil resplandor en el Sur proporcionaba bastante claridad para ver a corta distancia. El pelotón atacante había llegado ya tan cerca que Flandry pudo distinguirlos individualmente como manchas borrosas contra el gran lago. Pudo constatar también que rodaban en una especie de varyaks especiales, llevando además remolques y negagravs para deslizarse sobre la helada superficie. Había sido una mala suerte la que tuvieron él y su patrulla al tropezarse con el enemigo. El Tebtengri se había ido retirando poco a poco hacia la zona polar y eventualmente en las profundidades de las Tierras Heladas. Vivían como pobres animales acorralados y muertos de frío, mientras que sus rebaños vagaban por la estepa con la mínima vigilancia. Mientras, los habitantes y los tebtengri, estaban en constante escaramuza, evitando una batalla abierta a toda costa y luchando en una guerra de guerrillas para ir deteniendo y demorando el avance de las fuerzas de Oleg Khan. Esconderse, disparar, correr, ocultarse, procurarse cada uno su pobre alimento, descabezar un sueño en un saco de pieles y vuelta a disparar y hurtar el cuerpo al enemigo.

Por entonces, el resto de la patrulla de Flandry yacía muerta en el Tengri Nor. El había conseguido escapar; pero no lejos. Con aquel único compañero, acabó alcanzado por sus perseguidores, que podían moverse con más rapidez en sus máquinas que ellos a pie.

Calculó lo mejor que pudo la distancia hasta que tuvo un enemigo en la mira del rifle. Hizo una rápida señal al habitante, que salió corriendo, y entonces disparó. El guerrero del Sur, se dobló sobre su asiento del varyak, se echó las manos al vientre y cayó al suelo. A pesar de la escasa luz, se notaba cómo la nieve se teñía de rojo. A través del viento helado, oyó gritar a los compañeros del caído. Se dispersaron en un amplio frente para atacar. Flandry apuntó y disparó nuevamente; pero esta vez falló el tiro. Y para que el habitante del hielo pasara inadvertido necesitaba todavía unos segundos más para poder alcanzar los árboles de cristal, a su espalda.

Flandry dispuso su rifle con el disparador automático y de un salto se echó hacia atrás, abandonando la cresta del banco de nieve en que se hallaba, apartándose de allí. Al zambullirse por la ladera en la nieve, sintió más que oyó, la tormenta de fuego que cayó dirigida al parapeto que acababa de abandonar. Una andanada de potentes proyectiles bombardearon el sitio, silbando y explotando por encima de su cabeza, hallándote en seguida envuelto en una acre atmósfera de humo de las explosiones. Seguramente, aquel condenado habitante ya habría llegado a su destino. Entre aquel infierno de estallidos de humo y nieve recordó lo que el hombrecillo había prometido. Iba a enviar un mensaje a través de las raíces de los árboles. ¡Ridículo!

Pero súbitamente y a través de los estampidos, Flandry creyó oír el primer ruido por encima del frente en los aires, como un zumbido que ya conocía. Levantó los ojos a tiempo de ver el ataque de las medusas.

Se descolgaron desde arriba, cientos y más cientos, con sus tentáculos expeliendo chispas eléctricas. Algunas fueron alcanzadas por los proyectiles de armas pesadas de los del Sur, ardiendo en llamas de hidrógeno y alcanzando al enemigo mientras morían. Otras, atrapaban a los guerreros khanistas arrancándolos de sus monturas, elevándolos por los aires, para zambullirles en las mortales aguas del Tengri Nor. La mayor parte de los atacados, cuando el enemigo ya se batía en retirada con terribles pérdidas. Cuando se incorporó a los pocos momentos, la retirada era ya una derrota colosal.

—¡Cielos santos! —refunfuñó con temor—. ¿Y ahora qué haré para encontrar a ese encanijado?

El habitante volvía ya del bosque de cristal impertérrito, pequeñito, forrado de pieles, con sus andares de muñeco de goma. Con un gesto, como siempre impasible, dijo con su típica timidez:

—No haber bastantes medusas para hacer esto muchas veces. Sus

amigos vienen. Nosotros esperar aquí.

—¡Cómo! ¡Ah, ya! Se refiere usted a una patrulla de rescate. Sí, supongo que alguna unidad próxima habrá oído el combate y vendrá en nuestro socorro.

Flandry empezó a golpear los pies fuertemente contra el suelo, para activar un poco la circulación de sus miembros que se quedaban rígidos por el frío.

—Buena redada —dijo Flandry mirando aquel montón de armas, vehículos y hombres destrozados—. Creo que hemos vengado bien a nuestra patrulla.

—Hombres muertos ser igual un lado como otro en la lucha —reprochó el habitante.

Flandry cabeceó tristemente.

—Es cierto. No me lo recuerde.

Y al momento oyó el ruido característico de los motores de los remolques de sus camaradas. La patrulla de esquíes que se acercaba era mayor de lo que podía imaginarse. Reconoció a Arghun y a Bourtai al frente de la formación. Llegaron hasta él con la mayor sorpresa, ya que hacía tiempo que no les veía y solamente había tenido apenas ocasión de decirles adiós, casi desde que empezó la campaña. Estaban demasiado ocupados. Eran los gajes de la guerra. Si se dejaba a un lado la disciplina, la constante tarea, la falta de confort, el sueño escaso, el alimento abominable, la escasez de todo lo agradable, la monotonía, el sufrimiento, el combate y el constante peligro de muerte, la guerra era sin duda una estupenda institución.

Flandry se apresuró a recibirlos con el mejor semblante posible de un hombre que se quedó sin cigarrillos hacía tiempo.

—¡Eh! Os habéis perdido la representación de hace un momento.

—¡Dominic! —Y Bourtai le tomó las manos—. ¡Has podido morir! —dijo casi sollozando.

—Azares profesionales, Bourtai —repuso Flandry—. ¿Supongo que usted vendrá al mando de la división Norte, no es así, Arghun?

—¡Ya no hay más guerra! —contestó el Noyon con un grito de alegría—. Voy ahora con la misión de reunir a todos nuestros combatientes.

—¿Cómo dice?

—Pero, ¿es que no lo sabe? —Los francos ojos de Arghun se dilataron de sorpresa. Por un instante permaneció clavado en la nieve; pero con un cordial impulso, abrazó a Flandry y le golpeó la espalda.

—¡Los terrestres han llegado! —gritó.

—¿Qué? —Flandry no sabía salir de su estupor. Y esperaba todavía la respuesta, sin imaginarla.

—Fue ayer. —El Noyon se apresuró a explicarle lo sucedido—. Supongo que sus receptores de radio no les avisaron del

acontecimiento. La lucha ha cesado por completo y quizá por interferencias atmosféricas en esta zona, ustedes estaban privados de tal noticia. O bien sus enemigos han sido unos fanáticos hasta la muerte. Hay algunos todavía a quienes tenemos que dar caza. Pero eso apenas ofrece dificultad ahora.

Arghun procuró tranquilizarse y con más calma continuó:

—Una gran fuerza Imperial de ataque apareció en el espacio y pidió que se rindieran las tropas de Yesukai, al tener clientes merseianos. El comandante de Ulan Baligh se rindió sin lucha. ¿Qué podía hacer contra una fuerza semejante? Oleg Khan voló al frente y trató de rehacer sus fuerzas. ¡Tenía usted que haber escuchado el éter, con lo animado que estaba en la pasada noche! Hasta que un par de naves espaciales de la Tierra llegaron y lanzaron una bomba enorme en el terreno del cuartel general. Aquello fue el fin de todo. Los hombres de las tribus khanistas, se dispersaron a toda prisa, buscando sus respectivos lugares de origen, en una loca desbandada. Juchi, el Shaman, ha sido entrevistado por el almirante terrestre, en Ulan Baligh, y le ha dado instrucciones de lo que ha de disponer en el futuro y también de que venga a buscarle a usted y a llevarle consigo.

Flandry cerró los ojos y vaciló sobre sus pies, como si fuera a desmayarse. Bourtai le tomó en sus brazos.

—¿Qué te ocurre, Dominic? —inquirió angustiadamente, casi llorando.

—Coñac... —dijo Flandry como en un susurro—, tabaco..., té indio..., buena mayonesa con buen vino de Riesling al lado..., aire acondicionado... —Se sacudió a sí mismo—. Lo siento. Mi mente estaba divagando.

Flandry apenas pudo percibir el ligero temblor de los labios de Bourtai. Arghun lo vio mejor, dirigió una mirada desafiante al terrestre y tomó la mano de la joven con firmeza. Ella se aferró a él, como mía niña, dijo a ambos:

Esta vez, Flandry comprendió bien. Con voz emocionada, mirándoles fijamente, les dijo:

—Que Dios os bendiga, hijos míos.

—¡Qué! —inquirió Arghun, medio irritado y medio aturdido.

—Cuando llegue usted a mis años y esté tan batido por las desventuras de la vida como yo lo estoy, comprobará que nadie muere por tener el corazón destrozado... De hecho, ese órgano se cura con una desagradable rapidez. Si quiere usted poner al primer niño que tengan el nombre de Dominic, seré muy feliz enviándoles una cucharita de plata, convenientemente grabada.

—Pero... —tartamudeó Bourtai—, pero... —Bourtai se rehizo y apretó con más fuerza la mano de Arghun.

La cara del Noyon se sonrojó. Procuró dejar aquello de lado y de

una forma impersonal y tratando de aparentar un aire más natural, se dirigió de nuevo a Flandry con irreprimible curiosidad.

—Y ahora ¿querrá usted explicar su comportamiento, hombre de la Tierra?

—¡Hum! —repuso Flandry—. Sí, pues claro. No faltaba más.

Flandry empezó a andar con la pareja a su lado a lo largo de las orillas del Espíritu del Lago de azules aguas, bajo un dosel de hojas heladas. El rojizo atardecer caminaba hacia la noche. Flandry habló con un alegre tono en la voz:

—Nuestro problema, era el de poder enviar un mensaje secreto a la Tierra. Lo más secreto que se pudiera, naturalmente, como para que nadie, absolutamente nadie, pudiese reconocerlo. Por ejemplo, MAYDAY pintado en la Torre del Profeta. Aquello parecía una chifladura, un estúpido agravio impulsado por el despecho; pero toda la ciudad pudo verlo. Y todo el mundo habló del asunto. ¡Y cómo se habló! Aunque ningún betelgeusiano se hubiese encontrado en Ulan Baligh en aquel momento, aquello constituía algo sensacional como noticia, que nadie hubiera sido capaz de guardar en el secreto. Y los betelgeusianos, al volver a su patria, llevaron la información con ellos, donde los terrestres, conectados con la Embajada, tenían que saberlo inmediatamente. ¡Y los terrestres sí que lo comprenderían! Para que usted sepa, MAY DAY es una llamada de auxilio, de una clave muy antigua entre nosotros. Significa, sencillamente: AYÚDAME.

—¡Oh! Ya... —Arghun se golpeó un muslo y su franca carcajada resonó a lo lejos—. Sí, ahora lo comprendo todo. Gracias, amigo, por esa fantástica broma que podré contar a mis nietos.

—Es lo clásico —añadió Flandry—. Mi Cuerpo de Inteligencia estaba obligado a enviar una nave espacial para investigar. Sabiendo poco del asunto o casi nada, sus hombres permanecerían en una constante alerta. En vista del mensaje de la Torre del Profeta, el cuento de Oleg sobre mi muerte accidental tenía que ser indudablemente desechado. Me figuro a mis camaradas manteniendo la boca cerrada y dejándose embaucar por el Khan. El problema era, entonces, cómo informarles de la situación real, sin que Oleg conociese que ellos ya estaban informados. Ahora puede usted imaginar cómo se hizo todo. Maniobramos con el Tebtengri Shamanate sobre las llanuras de la estepa, formando letras del alfabeto terrestre, lo bastante grandes para ser vistas desde una nave espacial a gran altura. Las demás palabras del mensaje, podían ser algo más pequeñas, ya que la gente del «Callisto» podían hacer uso de telescopios en cuanto tuvieran la menor señal. Escribí, pues, una nota muy breve; pero suficiente, a través de toda la condenada estepa.

Y Flandry llenó sus pulmones de aquel aire tenue. A pesar de todas sus fatigas, el maravilloso sentimiento de estar vivo llenó todo

su ser. Hizo un gesto y finalmente acabó:

—Me atrevo a decir que aquellas letras fueron las más grandes que jamás se hayan escrito. ¡Tan grandes que para leerlas era preciso salir del planeta!